

**Discurso y sujetos políticos**  
**en la propuesta teórica de Ernesto Laclau:**  
**Una indagación de los aportes del psicoanálisis a la**  
**construcción de categorías para el análisis político.**

María Martina Sosa

Director:

Sergio Caletti

Maestría en Ciencia Política y Sociología

FLACSO

Buenos Aires

Marzo 2009

## Índice

Resumen .....	2
Introducción .....	3
Capítulo 1:	
Los aportes de Laclau a una reflexión sobre los sujetos de la política .....	9
Capítulo 2:	
Algunas preguntas althusserianas: significaciones, contingencia y constitución subjetiva .....	17
Capítulo 3:	
Discurso y sujeto en <i>Hegemonía y estrategia socialista</i> .....	36
Capítulo 4:	
La política, el sujeto y lo Real .....	54
Capítulo 5:	
La centralidad del afecto en la política: Entre la identificación y la lógica del <i>objeto a</i> .....	78
Consideraciones finales .....	95
Bibliografía .....	102

## Resumen

El objetivo del presente trabajo es explorar los aportes del psicoanálisis a la filosofía política a través del análisis de la producción teórica de un filósofo político contemporáneo particular: Ernesto Laclau. El especial interés que despierta esta indagación es que en las formulaciones de este autor tanto la preocupación por la relación entre política y sujeto como la puesta en juego del psicoanálisis tienen una importante y creciente presencia.

El trabajo que presentamos es, por tanto, una indagación puramente teórica sobre las huellas de ciertos conceptos del psicoanálisis –Simbólico, Real, significante, *objeto a*, identificación, punto nodal, etc.- en la configuración de las categorías que pone en juego Laclau en torno de dos ejes fundamentales: lo social como totalidad discursiva no suturada y los sujetos políticos que a la vez que se constituyen en este terreno contribuyen a moldearlo. Creemos que una exploración de este tipo resulta valiosa como guía para investigaciones posteriores sobre los potenciales aportes del psicoanálisis para pensar la participación de la subjetividad en los procesos socio-políticos.

## Introducción

*“Es literalmente asombroso, en efecto, que la mayoría de las corrientes contemporáneas en el campo de la filosofía política hayan ignorado casi a Lacan y, de manera más general, los aportes del psicoanálisis.”<sup>1</sup>*

Desde sus primeros momentos de desarrollo en el siglo XIX hasta la actualidad, el tipo de organizaciones políticas que englobamos como democracias representativas han sufrido importantes transformaciones. Hoy en día, desde distintas perspectivas se enfatiza la forma en que los partidos políticos, los sindicatos e, incluso, la representación política misma han entrado en crisis. En palabras de Caletti *“mientras por un lado las democracias- democracias liberales, para ser más precisos- parecen consolidarse como régimen político de gobierno, la relación que las ciudadanías sostienen con los respectivos sistemas, su clase política y las actividades que le son propias, aparece signada por una degradación creciente en su calidad, incluso hasta el límite de lo que permite el propio marco definicional de democracia.”<sup>2</sup>* Al mismo tiempo, cada vez más insistentemente se señala la aparición de nuevos movimientos sociales, de tipos originales de identidades políticas y de formas de participación o de protesta inéditas.

Tal como se señala a la vez desde cierto sentido común mediático como en cada vez más ricos e interesantes análisis políticos, en las democracias contemporáneas desde las últimas décadas del siglo XX se vienen haciendo visibles importantes

---

<sup>1</sup> Zarka, Yves Charles “Punto sensible del psicoanálisis” en *Jacques Lacan. Psicoanálisis y política*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004, p. 12.

<sup>2</sup> Caletti, S. “¿Ciudadanía Global o Ciudadanía Precarizada?” en Reigadas, María Cristina y Cullen, Carlos A. (comp.) *Globalización y Nuevas Ciudadanías*, Ediciones Suárez, Buenos Aires, 2003, p.85.

transformaciones en las formas de hacer política. La distancia progresiva de los ciudadanos respecto de la discusión de los asuntos públicos acompañada por una cada vez más extendida sensación de falta de representatividad, lo que a tantos preocupa en términos de la “espectacularización” de la política o las nuevas formas de intervención de la ciudadanía en el espacio público que no siguen los canales institucionales tradicionales y llegan, incluso, a reivindicarse como a-políticas, son algunos de los fenómenos más nombrados por los analistas políticos contemporáneos.

Más allá de la especificidad de cada uno de ellos nos interesa resaltar que conforman un escenario frente al cual los límites y la falta de respuestas de aquellas perspectivas que se habían establecido como punto de vista hegemónico desde la ciencia política quedan en evidencia<sup>3</sup>. Tal como lo señala Grüner:

*“... en las teorías que han permanecido hasta hoy como dominantes en la filosofía política, (la democracia) supone un ‘contrato’ implícito entre individuos libres, iguales y autónomos; entre sujetos plenamente constituidos y dotados de razón que acuerdan un régimen de convivencia donde todos se entienden. No es, por supuesto, que no haya dentro de este régimen disidencias por así decir ‘estilísticas’ en cuanto a su mejor administración; pero existe un consenso básico respecto de que el procesamiento de las disidencias se lleva a cabo en los límites de una legalidad establecida por aquel acuerdo: la mutua ‘comprensión’, pues, proviene de que los sujetos comparten una lengua jurídico-normativa común.”<sup>4</sup>*

Desde esta perspectiva los agentes políticos se presentan como sujetos racionales capaces de comparar beneficios y perjuicios. Tal como señala Grüner, esta “racionalidad” opera a la vez como un acuerdo básico respecto de las normas que organizan la interacción y habilitan la comprensión de sus pares. Buena parte de las intervenciones de la ciudadanía en el espacio público son leídas, así, como fenómenos

---

<sup>3</sup> No queremos sostener con esto que los límites de una concepción racional del sujeto político aparezcan exclusivamente a la hora de entender el escenario político contemporáneo. Es así como, por ejemplo, todo tipo de adhesión política más bien basado en lo emocional que en una reflexión sobre los beneficios y los perjuicios que conllevaba fue considerada en otras coyunturas también como enigmática, marginal o irracional. Habría que pensar hasta que punto un tipo de intervención política basada preponderantemente en la reflexión racional lejos de ser una modalidad pasada no es más bien un ideal inalcanzable de las democracias republicanas.

<sup>4</sup> Grüner, E. *La Cosa política o el acecho de lo Real*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 146.

marginales (corrupción o clientelismo<sup>5</sup> ) o como comportamientos irracionales (populismo). Resulta evidente, entonces, que faltan herramientas teóricas para dar cuenta del escenario político que se describe y, sobre todo, para conceptualizar a estos sujetos políticos que claramente desbordan o rompen el molde de la elección racional.

Frente a este panorama consideramos imperiosa la necesidad de avanzar en la construcción de categorías que nos permitan dar cuenta de la participación de la subjetividad en los fenómenos políticos haciendo, asimismo, justicia a su carácter complejo y contradictorio. En este sentido, pretendemos dar con este ensayo unos pasos en la indagación teórica de los aportes que puede brindar a la teoría política una de las perspectivas que elaboró conceptos para pensar los sujetos, su constitución y sus formas de acción que ponen en cuestión sus bases racionales e incorporan la afectividad como elemento central; se trata, evidentemente, del psicoanálisis y más específicamente de la forma que éste tomó a través de la intervención de Jacques Lacan.

El especial interés en la exploración de las potenciales contribuciones de esta perspectiva al análisis político es que en su forma de plantar los interrogantes y configurar las categorías teóricas supone una articulación entre la objetividad social y las subjetividades que en ella se constituyen que pone en cuestión aquellos planteos que piensan esta relación en términos de exterioridad e interioridad o de una oposición tajante entre individuo y sociedad. Sin duda, una de las características más atractivas del psicoanálisis para la teoría social es que parte de una concepción social del sujeto en la medida en que su constitución es efecto de las estructuras objetivas que lo pre-existen y, al mismo tiempo, atiende a las vivencias subjetivas que al otorgarle sentido organizan como tal el mundo social.

Ahora bien, la teoría psicoanalítica es un territorio complejo y, por lo tanto, un examen de las diversas nociones que aportan elementos para pensar la subjetividad puede resultar, en principio, una madeja inextricable desde la mirada de la teoría social. Asimismo, sería ingenuo de nuestra parte pretender que es un territorio virgen en el que damos los primeros pasos. A pesar de la validez de la observación de Zarka con la que comenzamos este trabajo, en los últimos años una gran variedad de pensadores, entre los que podemos nombrar aleatoriamente a Herbert Marcuse, Cornelius Castoriadis,

---

<sup>5</sup> Caletti, S. “Sobre globalidades, democracias y autoritarismos” en *Revista Zigurat*, Año 2 n° 2, Carrera de ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2001, p. 144.

Louis Althusser, Alain Badiou, Jacques Ranciere, etc., se adentraron en el psicoanálisis en busca de herramientas para pensar la cuestión del sujeto.

Es por ello que el objetivo del presente trabajo es explorar los aportes del psicoanálisis a la filosofía política a través del análisis de la producción teórica de un filósofo político contemporáneo particular: Ernesto Laclau. El especial interés que despierta esta indagación es que en sus formulaciones tanto la preocupación por la relación entre política y sujeto como la puesta en juego del psicoanálisis tienen una importante y creciente presencia.

El trabajo que presentamos es, por tanto, una indagación puramente teórica sobre las huellas de ciertos conceptos del psicoanálisis –Simbólico, Real, significante, *objeto a*, identificación, punto nodal, etc.- en la configuración de las categorías que pone en juego Laclau en torno de dos ejes fundamentales: lo social como totalidad discursiva no suturada y los sujetos políticos que a la vez que se constituyen en este terreno contribuyen a moldearlo. Creemos que una exploración de este tipo resulta valiosa como acercamiento preliminar en la medida en que no sólo sirve como guía para investigaciones posteriores sino que ayuda a tomar recaudos respecto de los límites que pueden conllevar el diálogo y la apropiación de conceptos de esta perspectiva fundada por Freud desde la teoría socio-política.

El análisis de la producción teórica de Laclau está estructurado, en las páginas que siguen, en seis acápites distintos. El primer capítulo es una presentación general de las formulaciones de este autor en torno de la relación entre sujetos y política en la que establecimos, al mismo tiempo, las tesis de trabajo que guiaron nuestra indagación. De esta manera, organizamos los textos del filósofo político argentino en torno del reconocimiento de tres “momentos” –la importancia de la lógica significante, la incorporación del registro de lo Real y el reconocimiento de la relevancia de la dimensión afectiva para el análisis político- cuyas características diferenciales respecto de la forma de aproximación al psicoanálisis desplegamos en los capítulos tres, cuatro y cinco, respectivamente. Asimismo, identificamos en ellos las marcas insoslayables de una matriz de lectura althusseriana.

En el segundo capítulo realizamos, entonces, un rastillaje de los textos de Althusser de los años sesenta que nos permitió reconstruir los principales trazos de su

particular articulación entre marxismo y psicoanálisis a la que denominamos “problemática althusseriana”. Así, señalamos que los interrogantes en torno del papel de la contingencia, las significaciones y la constitución de los sujetos en la vida social son los tres ejes de esta problemática que se encuentran operando como matriz de lectura, a la hora de aproximarse al psicoanálisis, en la producción teórica de Laclau.

Nuestra indagación continúa con el análisis, en el tercer capítulo, del libro que se postulan los lineamientos generales del edificio teórico de Laclau. Escrito con Mouffe en 1985, *Hegemonía y estrategia socialista*<sup>6</sup> presenta un conjunto de nociones –lo social como una totalidad no suturada y un terreno de articulación discursiva, las lógicas de equivalencia y de diferencia, etc.- en las que se encuentra operando en sordina la exploración de los alcances de la lógica significativa formulada por Lacan.

En el siguiente capítulo, avanzamos en un examen de los artículos, entrevistas y ponencias del filósofo político argentino publicados entre 1985 y 2005. Su característica común es que si bien no rompen con los lineamientos generales presentados en *Hegemonía...* incorporan nuevos conceptos y problemas del psicoanálisis que complejizan estos planteos iniciales. A través del reconocimiento de la vinculación entre el registro lacaniano de lo Real y su propia noción de antagonismo social y de la incorporación de la noción de identificación, Laclau rehabilita en estos textos la pregunta por la constitución, siempre política, de los sujetos que había dejado de lado en sus primeras formulaciones.

El capítulo cinco tiene como objetivo realizar una exploración de la manera en que el autor subraya la importancia de la dimensión afectiva para el análisis de los fenómenos políticos en *La razón populista*<sup>7</sup>. Nuevamente son algunos conceptos psicoanalíticos –identificación y *objeto a*, principalmente- los que el autor pone en escena para trabajar el carácter siempre libidinal del lazo social y la “adhesión profunda” que opera como motor de cualquier articulación político hegemónica.

El acápite final está dedicado a una evaluación de los alcances y los límites de los planteos de Ernesto Laclau respecto de la utilización del psicoanálisis en la construcción de categorías teóricas para dar cuenta de las modalidades de constitución e intervención de los sujetos en el espacio político a la luz de los interrogantes de la

---

<sup>6</sup> Laclau, E. *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Buenos Aires, 2004.

<sup>7</sup> Laclau, E. *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.

problemática althusseriana. Esta confrontación nos permitió, no sólo realizar una comparación y un examen doble de las formulaciones de ambos autores –Laclau y Althusser- sino que también nos indicó un camino posible para avanzar en nuevas investigaciones. Así, para terminar, presentamos de forma muy breve los primeros trazos de una indagación sobre la noción psicoanalítica de fantasma y sus potenciales aportes como categoría para reflexionar sobre el papel de la dimensión subjetiva en los fenómenos políticos.

## Capítulo 1:

### Los aportes de Laclau a una reflexión sobre los sujetos de la política

Dos son los interrogantes básicos que atraviesan las elaboraciones teóricas de Ernesto Laclau respecto de los sujetos de la política y en torno de los cuales el autor incorpora nociones y problemas provenientes del psicoanálisis. En primer lugar, los conceptos lacanianos son uno de los andamiajes en los que se apoya su particular manera de concebir la estructura de la objetividad social como una totalidad no suturada (necesaria e imposible a la vez), que resulta condición de posibilidad de la emergencia de la política y la constitución de sus sujetos. Este primer eje de preocupaciones – planteado en términos de una reflexión ontológica sobre lo social que permita enfrentarse al esencialismo sin caer en el relativismo- es el que tiene mayor presencia a lo largo de todos sus escritos.

En segundo lugar, consideramos que, aún cuando no se encuentra desplegado y sistematizado su alcance en el análisis social es posible identificar, en los trabajos tomados como objeto en estas páginas, una serie de formulaciones que apuntan a buscar en el psicoanálisis herramientas para pensar más específicamente los sujetos políticos, sus formas de constitución y sus modalidades de intervención.

Así, este ensayo apunta a dar cuenta de la manera en que conceptos provenientes del psicoanálisis, tales como lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real, la lógica significante, el *point de capitón*, la diferencia entre Sujeto e identificación, la decisión, la relación entre el *objeto a* y la *Cosa*, etc., están operando en la configuración de dos nociones clave de la construcción teórica de Laclau: lo social como totalidad discursiva no suturada y los sujetos políticos que a la vez que se constituyen en este terreno contribuyen a moldearlo.

Ahora bien, los conceptos del psicoanálisis que adquieren centralidad para pensar lo social en la perspectiva teórica de Laclau no son exactamente los mismos a lo largo de su obra. Tampoco es similar el peso que cada una de estas categorías tiene en la conceptualización de los sujetos de la política en sus distintos textos. Es indudable que *Hegemonía y estrategia socialista* presenta aquellos lineamientos generales de su perspectiva de análisis político del discurso en el marco de los cuales va a trabajar en sus artículos y libros posteriores. Sin embargo, partimos de la hipótesis de que es posible diferenciar tres momentos<sup>8</sup> en la obra de Laclau que permiten detener para su análisis el recorrido a través del cual realiza una creciente apropiación y articulación de problemas y conceptos provenientes del psicoanálisis:

- el énfasis en la lógica del significante y las posiciones de sujeto en *Hegemonía y estrategia socialista*<sup>9</sup>;
- la importancia de lo Real y la vinculación entre la categoría de sujeto y el espacio de la política en los artículos y entrevistas publicados en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*<sup>10</sup>, *Emancipación y diferencia*<sup>11</sup>, *Contingencia, Hegemonía, Universalidad*<sup>12</sup> y *Misticismo, retórica y política*<sup>13</sup>;
- la preocupación por el investimento afectivo en la constitución de los sujetos políticos y su relación tanto con la noción de identificación como con la lógica del objeto *a* en *La razón populista*<sup>14</sup>.

El análisis de este recorrido parte de la idea de que, más allá de los desplazamientos que ellos operen en este terreno, los planteos de Laclau en torno de los sujetos de la política se inscriben en la matriz de lectura del psicoanálisis que comenzó a

---

<sup>8</sup> Resulta central acentuar el hecho de que se trata de momentos entre los cuales no hay que trazar, bajo ningún punto de vista, una línea de ruptura sino énfasis distintos en aquellos conceptos del psicoanálisis sobre los que se centra la atención en cada caso.

<sup>9</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2004.

<sup>10</sup> Laclau, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

<sup>11</sup> Laclau, E. *Emancipación y diferencia*, Ariel, Buenos Aires, 1996.

<sup>12</sup> Butler, J., Laclau, E., Žižek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, FCE, Buenos Aires, 2000.

<sup>13</sup> Laclau, E. *Misticismo, retórica y política*, FCE, Buenos Aires, 2002.

<sup>14</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005.

moldear Louis Althusser en la década del sesenta<sup>15</sup>. Esta matriz, sin dudas, dejó marcas indelebles en los interrogantes que organizaron sus indagaciones respecto de los sujetos de la política y su propio diálogo con el psicoanálisis. Esto no quiere decir ni que Althusser sea la única fuente de los escritos de Laclau ni que sólo el psicoanálisis opere como enlace entre ambos autores. Simplemente, consideramos que a la hora de reflexionar sobre los sujetos de la política los trazos que unen a Althusser y a Laclau a través del psicoanálisis resultan especialmente fructíferos. Serán, por lo tanto, estos mismos trazos los que guiarán y operarán como marco del análisis que nos proponemos desplegar.

Las huellas de esta matriz de lectura althusseriana resultan evidentes ya en *Política e ideología en la teoría marxista*<sup>16</sup>. Este libro publicado originalmente en inglés en 1977 reúne cuatro ensayos, escritos entre los años 1971 y 1977, en los que el Laclau realiza una serie de intervenciones en polémicas respecto de algunos conceptos básicos tanto para el marxismo (modo de producción, autonomía de lo político) como para la teoría política en general (las nociones de fascismo y populismo, por ejemplo).

Desde nuestro punto de vista, resulta interesante resaltar que en todos estos ensayos sobrevuela una suerte de evaluación y recuperación – sin duda, crítica- de algunos de los aportes de Althusser al marxismo contemporáneo y a la teoría social, en general. En ese marco, las nociones de sobredeterminación, ideología e interpelación son señaladas como aportes importantes en la reflexión que despliega Laclau sobre lo

---

<sup>15</sup> Tal como lo señala Sergio Caletti, una porción importante de la producción teórica de la filosofía política contemporánea en torno de los sujetos de la política y sus intervenciones está fuertemente inspirada en los caminos que tomaron las indagaciones althusserianas. De la misma manera que las elaboraciones de Ernesto Laclau, las de Etienne Balibar, Alain Badiou, Jacques Ranciere y Slavoj Zizek, entre otros, llevan también la impronta de los trabajos de Althusser. (Caletti, S. *Marxismo, psicoanálisis, comunicación. Discusiones althusserianas*, Proyecto Ubacyt S813, 2006<sup>a</sup>).

<sup>16</sup> Laclau, E. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI, Madrid, 1978. Es posible encontrar en este libro, y así lo indicamos en el presente capítulo, huellas claras tanto de los posteriores desarrollos de Laclau que tomamos como objeto de análisis como de la problemática althusseriana en la que creemos se inscribe. Sin embargo, lo utilizaremos en este escrito como punto de partida para plantear los ejes de análisis antes que como parte del material o corpus de estudio. El motivo es que, más allá de las modificaciones que se operaron en los distintos textos de Laclau, estos conforman una cierta unidad a partir de *Hegemonía y estrategia socialista*. En este escrito, para decirlo rápido, el autor pasa de una concepción discursiva de lo ideológico a una concepción discursiva de lo social que hace posible pensar la constitución de unos sujetos políticos, en cuanto tales. Este es el marco general que luego se despliega, desarrolla o modifica parcialmente a lo largo de sus otros textos y con él inauguraremos, entonces, el análisis exhaustivo de la producción teórica de Laclau.

social, los sujetos y lo discursivo, y su filiación psicoanalítica es claramente explicitada<sup>17</sup>.

En este libro, las nociones de sobredeterminación e interpelación contribuyen a la configuración de un terreno teórico en el que la contingencia, la dimensión significativa de lo social y la constitución de los sujetos ocupan un papel central.

En primer lugar, el filósofo político argentino subraya que la sobredeterminación y la interpelación suponen una forma compleja de concebir la formación social en la cual resulta difícil sostener una relación fija entre instancias y, por supuesto, una determinación simple o, incluso, definitiva. En la medida en que la formación social comienza a pensarse como una totalidad compleja en la cual contradicciones de distinto origen y nivel de aplicación tienen eficacia y se fusionan en una unidad particular, la contingencia tiene sin duda un lugar relevante en la explicación de lo social.

Pero a la vez, Laclau enfatiza explícitamente otro de los ejes que, como examinaremos con más detalle en el capítulo siguiente, tiene una presencia importante en la producción de Althusser. El señalamiento de la filiación psicoanalítica de las nociones althusserianas que Laclau retoma –sobredeterminación e interpelación– busca poner el acento en el hecho de que lo ideológico es un campo discursivo conformado por un conjunto de estructuras interpelativas que cumplen un papel central en la constitución de las vivencias subjetivas.

Esto nos resulta interesante en dos sentidos. En primer lugar, lo ideológico concebido como un espacio de articulación y condensación de elementos significantes que, lejos de tener un significado aislado, adquieren sentido por la propia operación de fusión es, a la vez, uno de los ejes en el que los planteos de Laclau se inscriben en la

---

<sup>17</sup> Así al referirse a la operación de fusión que Althusser describe como producto de la sobredeterminación Laclau indica: “Condensación es el término usado para definir este proceso de fusión. La expresión es exacta en la medida en que se acepte su sentido literal. En psicoanálisis – de dónde el término proviene– se entiende por condensación el proceso por el cual: ‘una representación única representa por sí sola varias cadenas asociativas en cuya intersección se encuentra. Desde el punto de vista económico está entonces investida de las energías que, ligadas a estas diferentes cadenas, se suman sobre ella’.” (Laclau, E. “Fascismo e ideología” en Ob. Cit., 1978, p.103) Más adelante, señala también que “...la contribución más importante y específica de Althusser al estudio de las ideologías (es) la concepción según la cual la función fundamental de toda ideología consiste en interpelar/constituir a los individuos como sujetos. (...) a este respecto está fuertemente influido por la concepción de Lacan, según la cual la ‘fase del espejo’ juega un papel decisivo como matriz y esbozo en la constitución del yo...” (Laclau, E. Ob. Cit., 1978, p. 112)

matriz de lectura althusseriana y un claro antecedente de la concepción discursiva de lo social de Laclau.

En tercer lugar, en este texto Laclau subraya la centralidad de la interpelación para pensar la unidad del discurso ideológico y la constitución de los sujetos. Sin duda, el autor argentino marca sus distancias con una lectura ortodoxa<sup>18</sup> de Althusser que llevaría a pensar que la ideología tiene como función exclusiva la reproducción simple de la formación social. Así indica que:

*“1) La lucha de clases penetra el campo de la ideología, por lo que junto a las ideologías de las clases dominantes que tienden a la reproducción del sistema, encontramos ideologías de los sectores dominados que tienden a su transformación revolucionaria; 2) que si el mecanismo de la autosujeción del individuo funciona en las ideologías de los sectores dominantes para asegurar el sistema de dominación existente, en las ideologías de las clases dominadas el mismo mecanismo funciona para ligar a los individuos a sus tareas de oposición a dicho sistema. La compulsión ética es así un mecanismo abstracto que puede responder a los más variados intereses objetivos; 3) que el mecanismo de la interpelación como constitutivo de la ideología opera del mismo modo en las ideologías de las clases dominadas y en las ideologías revolucionarias.”<sup>19</sup>*

Pero, más allá de las distancias que el pensador argentino se ocupa de señalar<sup>20</sup>, la inscripción althusseriana de este planteo es insoslayable. Esto resulta interesante ya

---

<sup>18</sup> Decimos lectura ortodoxa porque creemos que es posible realizar otras lecturas de los textos de Althusser que no partan de su encasillamiento prejuicioso en unos supuestos “funcionalismos” y/o “reproductivismos”.

<sup>19</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 1978, p. 114.

<sup>20</sup> Según Esteban Vergalito (Vergalito, E. “Posestructuralismo y sujeto: reflexionando desde Laclau” ponencia presentada en las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto Gino Germani, Buenos Aires, septiembre de 2007), estas diferencias están estrechamente relacionadas con el intento de Laclau de asociar la noción de sujeto como efecto de los planteos clásicos de Althusser con la noción gramsciana de sujeto -articulación hegemónica. Vergalito sostiene que Laclau no logra resolver la tensión entre estas dos concepciones incompatibles en la medida en que la concepción althusseriana de la interpelación/constitución remite a una totalidad fundante, fuente última de sentido. Frente a este planteo, sostenemos en estas páginas que las distancias entre las elaboraciones de este libro de Laclau y la producción teórica de Althusser no son tan insalvables en este punto. En la lectura que realizamos de los textos de Althusser esta relación entre la interpelación y la totalidad fundada no se nos revela ineludible. Es que, aún en tensión con otras categorías teóricas, la contingencia tiene un papel fundamental en los planteos althusserianos.

que, en *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau realiza una suerte de desplazamiento también en este plano y abandona el problema de la constitución subjetiva para centrarse en el carácter de posiciones/significantes en una formación discursiva de los sujetos. Sin embargo, tal como veremos a lo largo de este ensayo, la incorporación que el autor realiza de nuevos conceptos psicoanalíticos en años posteriores vuelve a poner en juego esta preocupación althusseriana por el proceso de constitución de los sujetos que la noción de interpelación revelaba.

Ahora bien, a pesar de inscribirse en este horizonte problemático configurado por el diálogo de Althusser con el psicoanálisis, en los textos de Laclau se ponen en juego un conjunto de desplazamientos que enriquecen los esbozos althusserianos y superan algunos de sus escollos volviendo susceptibles de ser planteadas una nueva serie de preguntas sobre las formas de constitución y las modalidades de intervención de los sujetos de la política que no habían sido plenamente formuladas por el filósofo francés.

El principal de estos desplazamientos es, sin duda, aquel por el cual Laclau abandona definitivamente una concepción de lo social basada en la distinción entre instancias. Según lo entiende el autor, la lógica de la sobredeterminación conlleva que el discurso no es una noción que define la especificidad de lo ideológico sino, más bien, el estatuto de lo social.

En segundo lugar, y en estrecha relación con esta expansión del campo discursivo, a partir de *Hegemonía y estrategia socialista* Laclau acentúa el carácter no suturado de lo social. Esta concepción de lo social como una totalidad discursiva no suturada, que a lo largo de los textos de Laclau va a ir tomando forma y enriqueciéndose en su emparentamiento con la articulación lacaniana entre los registros de lo Simbólico y lo Real, se opone y desplaza definitivamente la metáfora del edificio y la idea de una instancia material –extra discursiva- determinante en última instancia.

Ambos desplazamientos contribuyen a concebir lo político, ya no como una instancia determinada, sino como “*la construcción contingente del vínculo social*”<sup>21</sup>, como el momento instituyente de la sociedad. De esta manera, para Laclau la propia configuración de identidades colectivas, que toman forma en el campo discursivo “*dado*

---

<sup>21</sup> Laclau, E. “¿Por qué construir al pueblo es la principal tarea de una política radical?”, en *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*, FCE, Buenos Aires, 2008, p.51.

*que la sociedad ya no es concebida como unificada por una lógica endógena subyacente*<sup>22</sup>, es siempre política.

Sin duda, la rica exploración de las particularidades de la lógica significativa y la importancia brindada a la articulación entre el registro de lo Simbólico y el de lo Real le permitieron al filósofo político argentino presentar al discurso como una noción central para el análisis político. Así, este concepto que hecha luz, al mismo tiempo, sobre el papel de la contingencia y de las significaciones en la explicación de los fenómenos sociales se configura como el terreno teórico en el que la pregunta por las modalidades de constitución de los sujetos políticos se vuelve susceptible de ser formulada.

Sin embargo, en otros aspectos, el recorrido de Laclau en su lectura del psicoanálisis no parece ser tan productivo. El señalamiento de las preocupaciones althusserianas como matriz de lectura inicial en los acercamientos del filósofo político argentino al psicoanálisis nos permiten reconocer algunas de estas carencias en su apropiación teórica. Es que a través de su reelaboración de la noción de ideología, Althusser, incorporó nociones del psicoanálisis- inconsciente, discurso, Simbólico, Imaginario, identificación- que le permitieron a la vez acentuar la participación de los procesos objetivos en la constitución de los sujetos, y preguntarse por el papel de la dimensión imaginaria propia de la vivencia subjetiva en lo social. Sus elaboraciones teóricas contribuyeron a situar el problema en la relación entre las estructuras ideológicas inconscientes y la manera en que estas organizan la experiencia vivida en el terreno de las significaciones sociales. En buena medida, suponemos, por la necesidad de romper con su propio pasado teórico Laclau deja, en principio, a un lado esta vía de exploración del psicoanálisis. Si bien la constitución de los sujetos políticos es problematizada luego de algunos rodeos a partir de la centralidad que va tomando la noción de identificación en su producción teórica y en sus últimos escritos la importancia de la dimensión afectiva es resaltada enfáticamente, la incorporación del registro Imaginario y el intento de dar cuenta de la intervención de las vivencias subjetivas en el análisis político nunca es retomada sistemáticamente. En este aspecto, entonces, el planteo de Laclau logra apenas acercarse al punto en el que, con sus propios límites y carencias, se detuvo la reflexión sobre las formas de constitución e

---

<sup>22</sup> Laclau, E. “Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía” en Mouffe, C. (comp.) *Deconstrucción y pragmatismo*, Paidós, Buenos Aires, 1998, p. 98.

intervención de los sujetos de la política que, sirviéndose del psicoanálisis, desarrolló Althusser.

Es por ello que, antes de entrar de lleno en el análisis de las huellas del psicoanálisis en la construcción de categorías teóricas que Laclau pone en juego para dar cuenta de los sujetos políticos, consideramos imprescindible explorar algunos aspectos de lo que, parafraseando al propio Louis Althusser, podríamos llamar la “problemática althusseriana”<sup>23</sup> y los términos en los que, dentro de ella, se plantearon una serie de preguntas clave por los sujetos y la política. Así, desarrollar y precisar las preguntas althusserianas por la formación social, el papel de las significaciones sociales y el estatuto de los sujetos nos va a permitir enfocar nuestra atención nuevamente tanto sobre las contribuciones y las carencias de los planteos de Laclau como sobre los potenciales aportes del psicoanálisis para la construcción de categorías para el análisis de la subjetividad en los procesos políticos.

---

<sup>23</sup> Es claro que en ciertos aspectos los autores que podemos llamar post althusserianos –y entre ellos es posible situar al propio Laclau– plantearon la pregunta por los sujetos de la política y encaminaron su producción teórica a construir conceptos que puedan dar cuenta de sus modalidades de acción de forma más explícita y directa que el propio Althusser. Es que la ruptura con el intento de combinar la autonomía de lo ideológico-político con la determinación en última instancia por lo económico les permitió plantearse como problema la constitución propiamente política de estos sujetos. Sin embargo, en nuestro planteo partimos de una premisa epistemológica con la que Althusser, sin duda, coincidiría. Más allá de las limitaciones de los conceptos, categorías y articulaciones teóricas que este filósofo francés formuló como respuesta, creemos que buena parte de la producción de conocimiento se juega en las preguntas y los problemas que se plantean. Esta premisa es la que nos lleva a rescatar algunos aspectos claves de la “problemática althusseriana”.

## **Capítulo 2:**

### **Algunas preguntas althusserianas: significaciones, contingencia y constitución subjetiva.**

Althusser no fue el primero en intentar dialogar con el psicoanálisis desde la teoría social. Dentro del marxismo, por ejemplo, lo precedieron los valiosos ensayos de Wilhelm Reich, Herbert Marcuse, Erich Fromm y Theodor Adorno: todos ellos tomaron a Freud como interlocutor en este diálogo y utilizaron algunos de sus conceptos como herramientas teóricas en sus reflexiones y análisis.

¿Cuál es entonces aquella particularidad de la producción althusseriana que la distingue de los anteriores intentos de utilizar conceptos del psicoanálisis para pensar lo social? Althusser se interesó especialmente en la empresa de relectura de la obra de Sigmund Freud que por esos años estaba realizando Jacques Lacan a la luz de los aportes de la lingüística estructural. En buena medida, su “retorno a Marx” como el fundador de una teoría de la que plantó los lineamientos fundamentales pero a la que hay que continuar, completar y corregir, estuvo inspirado en la propuesta lacaniana de “retorno a Freud”. Esta matriz de lectura es la que, desde nuestro punto de vista, distingue la empresa althusseriana de otros intentos de diálogo con el psicoanálisis y vuelve, a nuestros ojos, especialmente atractiva su exploración.

Ahora bien, dos son las dimensiones de esta articulación entre marxismo y psicoanálisis realizada por Althusser que nos resultan particularmente fructíferas a la hora de pensar los sujetos de la política y los aportes del psicoanálisis a esta problemática:

- a) La noción de sobredeterminación y la concepción de las formaciones sociales como totalidades estructuradas complejas que supone;

- b) La noción de ideología y la constitución de los sujetos ideológicos mediante el mecanismo de interpelación.

En una primera mirada estas dos dimensiones parecen apuntar a cuestiones distintas. Sin embargo, en ellas están operando algunos problemas y conceptos comunes. Tanto la noción de sobredeterminación como la de interpelación que, es posible sostener que sintetizan las cuestiones presentadas, están estrechamente relacionadas con la reformulación de la teoría de la ideología que Althusser realizó en la década del sesenta. Ambos conceptos –sobredeterminación e interpelación- apuntan a dar cuenta, en distintas dimensiones, del carácter constitutivo de lo ideológico en toda formación social y su eficacia relativa.

Al mismo tiempo, ambos conceptos resultan dos caminos por los que se plantea tanto en Althusser y en Laclau, como en nuestro propio trabajo, la cuestión del sujeto. Es que, tal como desarrollaremos con mayor detalle en el análisis de la producción teórica de Ernesto Laclau, la noción de sobredeterminación está en el origen de una ruptura con la concepción topográfica de lo social propia del marxismo, permite incorporar la contingencia y sirve como fundamento para pensar lo social como discursivo. Esta reformulación de la conceptualización de la formación social habilita, al no remitir necesaria y únicamente a la posición en las relaciones sociales de producción, la posibilidad de pensar la constitución de los sujetos de la política como un problema.

Más aún, tal como sostienen, de distintas formas, tanto Etienne Balibar<sup>24</sup> como Jacques- Alain Miller<sup>25</sup>, la noción de sobredeterminación supone la acción eficiente, en la propia estructura, de una dimensión subjetiva a la que resulta, por lo tanto, necesario conceptualizar.

Ahora bien, es en el marco de la teoría de la ideología y, más específicamente, a través de la presentación del mecanismo de interpelación como concepto clave, que Althusser realiza una ruptura explícita tanto con la noción de sujeto propia de la filosofía de la conciencia como con aquella imperante en el sentido común. Más allá,

---

<sup>24</sup> Balibar, E. *Escritos por Althusser*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.

<sup>25</sup> Miller, J.-A. “Acción de la estructura” en *Matemas I*, Manantial, Buenos Aires, 1986.

entonces, de las discusiones en torno del estatuto que el término sujeto tiene en su obra<sup>26</sup>, el pensador francés demuestra también, en su reflexión sobre la relación entre estructuras inconscientes y relaciones imaginarias, una fuerte preocupación por la participación de la dimensión subjetiva en la vida social.

Vayamos entonces al análisis de estos dos ejes presentados.

### **La formación social: Sobredeterminación, contingencia y dimensión significativa.**

En “Contradicción y sobredeterminación”, publicado en *La revolución teórica de Marx*, Althusser distingue la manera en que el marxismo piensa lo social de la concepción hegeliana de una totalidad orgánica o expresiva en la cual, la complejidad de sus contradicciones puede ser reducida a una contradicción simple que funciona como único principio explicativo. El error de las lecturas economicistas es, según este filósofo francés, que al denominar inversión a la transformación de la dialéctica hegeliana operada en los textos de Marx terminan invirtiéndola literalmente y reduciendo, en este movimiento, la complejidad de una formación social a la determinación simple de todas las instancias por la base material.

La noción de sobredeterminación, entonces, constituye la especificidad de la contradicción marxista, frente a la contradicción hegeliana, y permite caracterizar lo social como una totalidad compleja estructurada. Según Althusser:

*“Esta sobredeterminación llega a ser inevitable y pensable, desde el momento en que se reconoce la existencia real, en gran parte específica y autónoma, irreductible, por lo tanto, a un puro fenómeno, de las formas de la superestructura y de la coyuntura nacional e internacional.”*<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> Según Emilio De Ipola, ‘sujeto’, en la medida en que es un término ideológico, no puede ser un concepto dentro de la teoría althusseriana de la ideología. (De Ipola, E. *Althusser, el infinito adiós*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.) Parafraseando al propio Althusser podemos decir que, en todo caso, el término sujeto señala un problema con el que buena parte de la teoría social y política sigue lidiando y, también, un camino de exploración posible, una serie de preguntas que apuntan a construir categorías teóricas que den cuenta de la constitución subjetiva y del estatuto de sus vivencias. Sin embargo, sostenemos que, tal como explicaremos más adelante, la articulación que esboza entre estructuras inconscientes y relaciones imaginarias en sus escritos, sí son los primeros trazos de una respuesta teórica a este problema.

<sup>27</sup> Althusser, L “Contradicción y sobredeterminación” en *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1968, p. 93.

Es que si bien la base económica es siempre determinante en última instancia, la política y la ideología no pueden concebirse como epifenómenos de ésta. Cada una de estas instancias tiene una autonomía relativa, una consistencia propia y un índice de eficacia específico de determinación sobre las demás. La noción de sobredeterminación, entonces, acentúa en la explicación althusseriana de los fenómenos sociales el papel de dos dimensiones que el marxismo economicista había descuidado sistemáticamente<sup>28</sup>: el papel de la coyuntura política y la dimensión ideológico-significante.

Desde nuestro punto de vista, la manera en que este filósofo intentó, durante los años sesenta enlazar la práctica teórica y la práctica política opacó el hecho de que a través de la complejización de la concepción de lo social y de la historia que supone la noción de sobredeterminación y del papel determinante que ella le brinda a las circunstancias políticas y los factores ideológicos, Althusser le abrió las puertas a la contingencia en la explicación de los fenómenos sociales.

Según Etienne Balibar, este movimiento teórico por el cual Althusser, identificando lucha y existencia, configuró la totalidad marxista como una “estructura compleja a dominante” es análogo al que realizó años después en su escrito incompleto *Ideología y Aparatos ideológicos del Estado*<sup>29</sup> al articular el punto de vista de la reproducción con la ideología. En sus palabras, a partir de que los aparatos ideológicos son definidos como el lugar y la apuesta de la lucha de clases,

*“la primacía del ‘punto de vista de la reproducción’ adquiere un significado exactamente inverso del que se había partido: en vez de fundar las variaciones históricas en una invariancia, significa que toda invariancia (relativa) presupone una relación de fuerzas. O, si se quiere, que toda continuidad estructural es el efecto necesario de una contingencia irreductible en la que, en cada momento, reside la posibilidad latente de una crisis.”*<sup>30</sup>

---

<sup>28</sup> Llamativamente los ejes de esta crítica al marxismo ortodoxo presente en los escritos de Althusser coinciden con los que enfatiza Cornelius Castoriadis en su lectura de los límites del marxismo. (Castoriadis, C. “La filosofía marxista de la historia” en *La institución imaginaria de la sociedad*, vol 1, Tusquets, Barcelona, 1983.)

<sup>29</sup> Althusser, L. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1970.

<sup>30</sup> Balibar, E. Ob.Cit., 2004, p. 61.

Esta claro que esta línea teórica en la cual la contingencia juega un papel en la explicación de los fenómenos sociales convive en los escritos de los años sesenta de este filósofo francés con otras nociones y planteos que parecen ir en sentido contrario. Así, la sobredeterminación esta asociada a la determinación en última instancia por lo económico, la eficacia de lo político se encuentra limitada por su relación necesaria con la práctica teórica y la lucha de clases en los aparatos ideológicos por una ideología dominante que, por momentos, se presenta como una totalidad sin fisuras. En un ensayo publicado varios años después de su muerte, sin embargo, la apuesta por la contingencia se hace clara en la caracterización de un

*“materialismo de la lluvia, la desviación, el encuentro y la toma de consistencia. (...) Un materialismo del encuentro, así pues de lo aleatorio y de la contingencia, que se opone como un pensamiento muy diferente a los distintos materialismos que suelen enumerarse, incluso al materialismo comúnmente asociado a Marx, Engels y Lenin que, como todo materialismo de la tradición racionalista, es un materialismo de la necesidad y la teleología, es decir, una forma transformada y encubierta de idealismo.”<sup>31</sup>*

Más allá de las discusiones sobre las continuidades y rupturas respecto de esta línea de problematización teórica a lo largo de la obra de Althusser<sup>32</sup>, nos interesa rescatar que son estos esbozos y tensiones en los planteos althusserianos los que, desde nuestro punto de vista, habilitan no sólo las preguntas por la autonomía de lo político y su

---

<sup>31</sup> Althusser, L. “La corriente subterránea del materialismo del encuentro” (1982) en *Para un materialismo aleatorio*, Arena Libros, Madrid, 2002. Dos cuestiones cabe resaltar de este breve párrafo. En primer lugar, la manera en que la apuesta por la contingencia va acompañada en estos escritos por un cierto abandono de Marx y el marxismo como espacio de legitimación de sus planteos teóricos. En segundo lugar, la similitud de estos planteos de Althusser con los argumentos y los desarrollos teóricos que presenta Laclau en su producción teórica. En este sentido, De Ipola sostiene que “Con toda probabilidad, algunos autores (entre los que menciona a Balibar, Badiou, Ranciere, Bidet, Zizek y Laclau) no tuvieron acceso sino tardíamente a los inéditos de Althusser: en ellos habrán comprobado que, en su travesía solitaria de casi una década, Althusser había explorado los mismos terrenos filosóficos por los que ellos –cada uno a su modo-, incursionaron entonces.” (De Ipola, Ob. Cit., 2007, p. 15.)

<sup>32</sup> En De Ipola, E. Ob. Cit., 2007 se puede encontrar un análisis de la manera en que se entrelazan y entrecruzan en la obra de Althusser dos proyectos de pensamiento diversos. Uno de ellos planteado de forma “clásica” en sus escritos de la década del sesenta –asociado a la corriente estructuralista - y por el cual el pensador francés es reconocido en la academia. El otro, en el que la contingencia tiene un papel fundamental fue desarrollado, según las palabras del propio De Ipola, de forma “subterránea” en diversas intervenciones y comienza a ser conocido muchos años después gracias a la publicación póstuma de aquellos últimos escritos en los que su formulación se hace explícita.

relación con la contingencia, sino también aquellas que apuntarían a desentrañar la manera en que lo político puede configurarse como terreno de constitución de las subjetividades en las formulaciones de Laclau.

En este punto cabe señalar que la noción de sobredeterminación es una de las referencias que el autor toma del psicoanálisis como clave para pensar lo social. Este concepto es rescatado por Althusser del análisis que Sigmund Freud despliega en *La interpretación de los sueños*<sup>33</sup>, texto clave para la relectura que -apoyado en la lingüística estructural- realiza Lacan de Freud.

En “Sobre la dialéctica materialista”, incluso, el filósofo francés caracteriza los distintos momentos -no- antagónico, antagónico y explosivo- de un proceso social utilizando otros conceptos del padre del psicoanálisis. Así, caracteriza

*“el primero como el momento en que la sobredeterminación de la contradicción existe en la forma dominante de desplazamiento (la forma ‘metonímica’ de aquello que se ha identificado en la expresión consagrada: ‘cambios cuantitativos’ en la historia o en la teoría); el segundo, como el momento en que la sobredeterminación existe en la forma dominante de la condensación (conflictos de clase agudos tratándose de la sociedad, crisis teórica en la ciencia, etc.); y el último, la explosión revolucionaria (en la sociedad, en la teoría, etc.) como el momento de la condensación global inestable que provoca la desmembración y re-membración, es decir, una reestructuración global del todo sobre una base cualitativamente nueva.”*<sup>34</sup>

Esta puesta en juego de las categorías de desplazamiento y condensación, así como la breve mención de la metonimia, son un indicio de que la utilización del concepto de sobredeterminación no es un préstamo aislado. Tal como, veremos, lo indicó Laclau en *Hegemonía y estrategia socialista*<sup>35</sup>, en la utilización teórica que Althusser realiza de

---

<sup>33</sup> Freud, S. *La interpretación de los sueños* (ed. Or. 1900) en *Obras completas*, Tomos IV y V, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

<sup>34</sup> Althusser, L. Ob Cit. 1968, p. 180.

<sup>35</sup> En los próximos capítulos vamos a analizar las consecuencias que Laclau deduce de este señalamiento para su propia construcción teórica. Resulta llamativo, sin embargo, la cercanía que tiene la forma en que Althusser utiliza los conceptos de condensación y desplazamiento con el papel que juegan la lógica de la equivalencia y la diferencia en el edificio teórico de Laclau.

estas nociones del psicoanálisis podemos encontrar el camino para pensar la dimensión significativa de las relaciones sociales.

### **Ideología: significaciones sociales, estructuras inconscientes y relaciones imaginarias**

Para seguir avanzando en la dirección en la que nos llevo la indagación en torno de la sobredeterminación tenemos que desarrollar otro concepto central en la producción teórica de Althusser: la noción de ideología. Como dijimos unas líneas más atrás, la contradicción sobredeterminada opera, en sus textos, de la mano de una teoría de la ideología que tiene diferencias sustanciales con aquella postulada por el marxismo clásico. Según Balibar, nuestro filósofo marxista,

*“no se propone agregar una teoría de la ‘superestructura’ a la teoría existente de la ‘estructura’, sino, por el contrario, transformar el propio concepto de estructura, mostrando que ‘producción’ y ‘reproducción’ son procesos que dependen originariamente de condiciones ideológicas inconscientes. En consecuencia, se vuelve imposible representarse la formación social en términos dualistas –tesis que, lógicamente, debe llevar hasta el completo abandono de la metáfora de la ‘superestructura’- Es preciso construir otro concepto de complejidad histórica, que descansa en postulados sociológicos, antropológicos y ontológicos nuevos.”<sup>36</sup>*

A pesar, entonces, de las diferencias conceptuales entre los dos escritos en los que el pensador francés presenta su reformulación de la teoría de la ideología con mayor detalle – “Marxismo y humanismo”<sup>37</sup> e *Ideología y Aparatos ideológicos del Estado*–; en ambos, la ideología aparece como una instancia constitutiva de toda formación social con sus leyes propias y una eficacia relativa sobre las otras instancias.

La eficacia de lo ideológico en los procesos sociales nos abre dos nuevos caminos de exploración en los que algunos conceptos y problemas del psicoanálisis tienen también un espacio fundamental en la construcción teórica de Althusser: el papel

---

<sup>36</sup> Balibar, E. Ob. Cit., 2004, p. 86-87.

<sup>37</sup> Althusser, L. Ob. Cit., 1968.

de lo que de una forma muy genérica, y no althusseriana, podemos llamar las significaciones sociales y el estatuto de los sujetos (sujetados) que en este terreno se constituyen.

Una frase del párrafo de Balibar que citamos más arriba resulta, en este sentido, de sumo interés: “*‘producción’ y ‘reproducción’ son procesos que dependen originariamente de condiciones ideológicas inconscientes*”. La ampliación de la noción de ideología que operó Althusser y el énfasis en su carácter constitutivo, su materialidad y su incidencia sobre las relaciones de producción que la determinan (índice de eficacia relativa), no sólo hacen caer un esquema que distinguía claramente entre un base material y un reino superestructural en el que se situarían, subordinadas, las ‘representaciones’ que los hombres nos hacemos del mundo sino que le brindan a estas ‘representaciones’ un papel fundamental en los procesos sociales. Así, Althusser sostiene, en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*:

*“... las relaciones de producción se reproducen en primer lugar por medio de la materialidad del proceso de producción y del proceso de circulación. Pero no hay que olvidar que las relaciones ideológicas están inmediatamente presentes en estos mismos procesos”*<sup>38</sup>

Ahora bien, tal como dijimos, en la elaboración althusseriana de la teoría de la ideología no sólo se le brinda a las significaciones un papel fundamental en los procesos sociales sino que también se pone en juego una concepción de sujeto que, desde nuestro punto de vista, resulta sumamente fructífera a la hora de pensar las formas de constitución y las modalidades de intervención de los sujetos de la política. En “Marxismo y humanismo”, Althusser describe la ideología como:

*“... un sistema de representaciones, pero estas representaciones la mayor parte del tiempo, no tienen nada que ver con la ‘conciencia’: son la mayor parte del tiempo imágenes, a veces conceptos pero, sobre todo, se imponen como estructuras a la inmensa mayoría de los hombres, sin pasar por su conciencia. Son objetos culturales percibidos-aceptados- soportados que actúan funcionalmente sobre los hombres*

---

<sup>38</sup> Althusser, L. Ob. Cit., 1970, p. 34.

*mediante un proceso que se les escapa. Los hombres ‘viven’ su ideología (...) en absoluto como una forma de conciencia, sino como un objeto de su mundo –como su mundo mismo.”*<sup>39</sup>

En este párrafo la ideología se caracteriza como un sistema de representaciones a través del cual los hombres “viven” su relación con sus condiciones reales de existencia. Althusser enfatiza que esas acciones y pensamientos que la tradición filosófica atribuía a la conciencia de los individuos y su libertad, los hombres las “viven” dentro y a través del marco de las estructuras ideológicas que se imponen a ellos sin pasar por su conciencia. De esta manera, la ideología se presenta como una realidad objetiva independiente de la subjetividad de los individuos y que, sin embargo, les resulta imprescindible para representarse su lugar en la formación social a través de ella. Según el autor, los hombres no pueden acceder a aquellos mecanismos ideológicos que los determinan, se limitan a *practicar* la ideología sin conocerla. Lo primero que se enfatiza en esta reflexión, entonces, es la determinación inconsciente que nos hace partir de un sujeto constituido en el desconocimiento ideológico. En línea con la concepción anti-biologicista de Lacan, Althusser va a enfatizar el hecho de que el sujeto es un efecto; es decir, esta constituido en y por una serie de estructuras objetivas e inconscientes.

Sin embargo, en este mismo movimiento el autor resalta que las relaciones vividas de estos sujetos descentrados tienen un papel en el moldeado de los procesos sociales que los constituyen. Veamos otro párrafo de “Marxismo y humanismo”:

*“... ¿Qué quiere decirse, sin embargo, cuando se dice que la ideología concierne a la ‘conciencia’ de los hombres? Primero, que se distingue de las otras instancias sociales, pero también, que los hombres viven sus acciones, referidas comúnmente por la tradición clásica a la libertad y a la ‘conciencia’, en la ideología, a través y por la ideología; en una palabra, que la relación ‘vivida’ de los hombres con el mundo, comprendida en ella la Historia (en la acción o inacción política), pasa por la ideología, más aún, es la ideología misma. En este sentido decía Marx que, en la ideología (como lugar de luchas políticas), los hombres toman conciencia de su lugar en el mundo y en la historia: en el seno de esta inconsciencia ideológica, los hombres*

---

<sup>39</sup> Althusser, L. Ob. Cit., 1968, p. 193.

*llegan a modificar sus relaciones ‘vivas’ con el mundo y a adquirir esa nueva forma de inconsciencia específica que se llama ‘conciencia’.*

*“La ideología concierne, por lo tanto, a la relación vivida de los hombres con su mundo. Esta relación que no aparece como ‘consciente’ sino a condición de ser inconsciente, de la misma manera, da la impresión de no ser simple sino a condición de ser compleja, de no ser una relación simple sino una relación de relaciones, una relación de segundo grado. En la ideología, los hombres expresan, en efecto, no su relación con sus condiciones de existencia, sino la manera en que viven su relación con las condiciones de existencia: lo que supone a la vez una relación real y una relación ‘vividida’, ‘imaginaria’. La ideología es, por lo tanto, la expresión de la relación de los hombres con su ‘mundo’, es decir, la unidad (sobredeterminada) de su relación real y de su relación imaginaria con sus condiciones de existencia reales. En la ideología, la relación real está inevitablemente investida en la relación imaginaria: relación que expresa más una voluntad (conservadora, conformista, reformista o revolucionaria), una esperanza o una nostalgia que la descripción de una realidad.*

*“En esta sobredeterminación de lo real por lo imaginario y de lo imaginario por lo real, la ideología es, por principio, activa, y refuerza o modifica las relaciones de los hombres con sus condiciones de existencia, en esa misma relación imaginaria.”<sup>40</sup>*

En esta extensa cita encontramos tres cuestiones centrales para resaltar. En primer lugar, la manera en que Althusser subraya el papel de las “relaciones vividas” y la forma en que lo imaginario aparece como el elemento general de estas relaciones. En palabras de Étienne Balibar,

*“¿Qué hay entonces de la noción de ideología que Althusser propone (...)? Sabemos que se apoya en la idea de que el ‘elemento’ general de toda relación ‘vividida’, individual o colectiva, en lo real –es decir, en las fuerzas e instituciones de la historia– es lo imaginario. No tiene, pues, gran cosa que ver con Marx o con Hegel, sino que procede más bien de Spinoza y más aún de Freud, es decir, de filosofías que reflexionan la unidad del aspecto cognitivo y el aspecto afectivo en el funcionamiento psíquico, y que hacen de la ambivalencia una característica esencial de las relaciones trans-*

---

<sup>40</sup> Althusser, L. Ob. Cit., 1968, p. 193 –194.

*individuales. Pero si la existencia humana se desarrolla siempre en el elemento de lo imaginario, nunca saldrá definitivamente de él, incluso si es cierto que las modalidades de esa dependencia estructural pueden cambiar, que se modifican realmente según los comportamientos (una ‘práctica’ en el sentido fuerte del término –sea política, estética o científica- produce efectos reales en la medida en que cambia la posición relativa de los ‘sujetos’ en lo imaginario). Lo ‘real’ y lo ‘imaginario’ no son, pues, contrarios. Son indisociables uno del otro (...). Lo Imaginario y lo Real se montan o se ‘muerden’ uno al otro, no forman ‘mundos’ separados, sino que constituyen juntos lo que percibimos en los hechos como ‘un mundo’, sea coherente o conflictivo.”<sup>41</sup>*

Tal como lo subraya Balibar, no es posible aislar unas relaciones “reales”<sup>42</sup> en y con el mundo social que no se encuentren siempre-ya investidas imaginariamente. Esta asociación entre lo vivido y lo imaginario, permite resaltar, entonces el papel que juegan los afectos –voluntad, esperanza, nostalgia, tal como enumera Althusser- en la manera en que los sujetos se viven a sí mismos y al mundo en el que despliegan sus acciones. El carácter libidinal de todo vínculo social, que Laclau retoma de Freud en sus últimos escritos, aparece ya resaltado, entonces, en estas reflexiones de Althusser sobre el papel de lo imaginario. En este sentido, Balibar precisa:

*“¿Por qué decir entonces que las ideologías son fundamentalmente inconscientes? Por cierto que no se trata de sugerir que les faltaría la conciencia: se presentan más bien como una producción de la conciencia y de sus formas para individuos y grupos, como una producción de modos de representación, de ‘estar en el mundo’ y de*

---

<sup>41</sup> Balibar, E. “El no-contemporáneo” en *Escritos por Althusser*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004, p. 89 – 90.

<sup>42</sup> La mención de lo Imaginario y lo Real nos obliga a realizar una pequeña digresión sobre la manera en que estos conceptos pueden o no remitirse a los tres registros lacanianos (Imaginario, Simbólico y Real). Es indudable que en estas reflexiones althusserianas se encuentran operando las elaboraciones lacanianas desplegadas en la década del cincuenta. Sin embargo, en estas primeras intervenciones del psicoanalista francés lo Real no remitía directamente a lo “imposible”, a aquello que no tiene acceso a la simbolización pero la causa. En muchos pasajes de sus primeros escritos y seminarios lo real no se distingue de la realidad. Así, es posible coincidir con Stuart Hall en que al hablar de lo real, Althusser remarca el hecho de que, aún cuando en lo vivido se encuentran siempre investidas por lo imaginario, las relaciones sociales “existen de forma independiente de nuestra voluntad. Son reales en su estructura y en su tendencia” (Hall, S. “Significado, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas” en Curran, J. Morley, D. y Walkerdine, V. (comp.) *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 49.) sin que ello suponga una ruptura clara y explícita con sus lecturas lacanianas.

*identidades subjetivas, siempre anudadas a elementos no representativos (esperanzas y temores, creencias, valores morales e inmorales, aspiraciones a la liberación o a la dominación, a veces inextricablemente mezcladas). (...) Las ideologías son ante todo las diferentes formas históricas en que las condiciones inconscientes pueden ser elaboradas para permitir a individuos y a grupos imaginar su propia práctica.”<sup>43</sup>*

Finalmente, en la larga cita de Althusser que transcribimos unos párrafos más arriba se señala, nuevamente, que la ideología es por principio activa y que en este terreno imaginario modifica o refuerza las relaciones de los hombres con sus condiciones de existencia.

De esta exploración en torno de la noción de ideología rescatamos, entonces, dos elementos centrales para avanzar en la configuración de la concepción althusseriana de sujeto:

- Las estructuras inconscientes.
- Las relaciones vividas.

La preocupación por esta relación entre estructuras inconscientes y relaciones vividas (imaginarias), está también presente en la manera en que se combinan las identificaciones simbólicas e imaginarias -“*las razones de sujeto*”<sup>44</sup>- en la noción de interpelación que el autor presenta en *Ideología y Aparatos ideológicos del Estado*.

En este texto, Althusser equipara su emprendimiento de fundar una teoría de la ideología en general al de Freud. Así como el padre del psicoanálisis presentó una teoría del inconsciente en general fundamentada en su carácter eterno y, por lo tanto, inmutable en su forma en el transcurso de su historia, Althusser justifica su propia empresa de una teoría de la Ideología en general resaltando su condición omnihistórica. Según Ricoeur:

---

<sup>43</sup> Balibar, E. Ob. Cit., 2004, p. 90.

<sup>44</sup> Althusser, L. “Tres notas sobre la teoría de los discursos” en *Escritos sobre psicoanálisis. Freud y Lacan*, Siglo XXI, México, 1996, p. 118.

*“En su ensayo ‘El inconsciente’, Freud dijo que el inconsciente es atemporal no en el sentido de que sea sobrenatural, sino porque es anterior a todo orden temporal y por lo tanto anterior al nivel del lenguaje de la cultura, etc. El explícito paralelo que traza Althusser entre la ideología y el inconsciente se apoya en esta base y da un paso más al convertir lo atemporal en lo eterno. Althusser declara que así como Freud intentó suministrar una teoría del inconsciente en general –como la capa subyacente de todas las figuras culturales del inconsciente, que se manifiestan en el nivel de los síntomas-, análogamente él mismo propone una teoría de la ideología en general subyacente en las teorías particulares.”<sup>45</sup>*

Aquí aparece uno de los aportes fundamentales de Althusser a la conceptualización de la ideología y, asimismo, a la pregunta por la constitución de los sujetos. Es que, en la medida en que la ideología se presenta como una estructura que atraviesa las formaciones histórico-sociales, podemos decir que lo ideológico se concibe como un mecanismo o dispositivo particular. Pero, ¿en que consiste este mecanismo?

El nombre que Althusser le da a este dispositivo es interpelación. A través de él los hombres se constituyen en sujetos en y por la ideología y, en este movimiento, se viven como el origen de sus ideas y acciones. Por ello, este particular filósofo marxista se sirve de las dos acepciones que tiene el término sujeto: 1) El sujeto como subjetividad libre, autor y responsable de sus actos y, 2) un ser sometido a una autoridad superior que lo despoja de toda libertad. Bajo la apariencia de la constitución de un sujeto libre, entonces, la ideología produce sujetos-sujetados.

La interpelación es, entonces, el mecanismo a través del cual internalizamos, es decir, hacemos propias las categorías y las prácticas que nos permiten “experimentar” el mundo. Es importante destacar que por medio de la operación de interpelación, la ideología, recluta o transforma a todos los individuos en sujetos y, por ello, vivimos el mundo necesariamente a través de unas estructuras de significaciones objetivadas que nos preexisten. No hay posibilidad de constitución subjetiva por fuera de la ideología y tampoco existe una instancia anterior a la interpelación ideológica, los individuos son “siempre-ya” sujetos constituidos por la ideología. Los individuos “pre-ideológicos” no

---

<sup>45</sup> Ricoeur, P. *Ideología y Utopía*; Gedisa; Barcelona; 1989, p. 178.

serían más que una ficción teórica, que permite explicar la relación entre las categorías de sujeto e ideología.

Según la segunda tesis presentada en este ensayo por el filósofo marxista,

*“La ideología es una ‘representación’ de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia”<sup>46</sup>*

Y más adelante se especifica que:

*“Tal relación es el punto central de toda representación ideológica, y por lo tanto imaginaria, del mundo real. En esa relación está contenida la ‘causa’ que debe dar cuenta de la deformación imaginaria de la representación ideológica del mundo real. O más bien, para dejar en suspenso el lenguaje causal, es necesario emitir la tesis de que es la naturaleza imaginaria de esa relación la que sostiene toda la deformación imaginaria que se puede observar (si no se vive en su verdad) en toda ideología.”<sup>47</sup>*

De esta forma resalta que no es la representación, sino la relación misma que los hombres establecen con sus condiciones de existencia la que tiene un carácter imaginario. Así, Althusser traslada la pregunta por la deformación ideológica a un terreno de naturaleza diferente a aquel en el cual se venía discutiendo esta cuestión. Si la relación que entablan los individuos con las relaciones sociales es *necesariamente imaginaria*, ya no es preciso preguntarse por los “autores” o las “causas” de la mistificación ideológica sino que debemos explicar esta relación estructuralmente fallida que, en tanto humanos, establecemos con el mundo.

Este énfasis en el carácter imaginario de la relación con el mundo puede ser remitido más o menos directamente a una lectura de la teoría lacaniana. Sintéticamente cabe indicar que Althusser se apoya aquí en aquellas formulaciones lacanianas respecto de su concepción del sujeto descentrado expuestas, principalmente, en la comunicación conocida como “El estadio del espejo”<sup>48</sup>. Allí el psicoanalista francés sostiene que la

---

<sup>46</sup> Althusser, L. Ob. Cit., 1970, p. 52.

<sup>47</sup> Althusser, L. Ob. Cit., 1970, p. 55.

<sup>48</sup> Lacan, J. “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” en *Escritos I*, SXXI editores, Buenos Aires, 1988.

prematuración biológica del hombre lo lleva a aprehenderse como unidad en una imagen que por definición es a la vez ajena y propia. Este reconocimiento en una imagen que Lacan denomina “ortopédica” va a ser la que funda tanto el estilo del manejo del propio cuerpo, como la relación que cada individuo establece con el mundo. Lacan señala cómo esta primera identificación descentrada, que va a ser la matriz de las subsiguientes identificaciones del “yo”, marca el carácter necesariamente “distorsionado”<sup>49</sup> de nuestra relación con el mundo.

Las significaciones ideológicas, entonces, se nos imponen como evidencias que no podemos dejar de reconocer. El discurso ideológico produce lo que Althusser denomina *efecto de reconocimiento*. Solo en los marcos dados por la ideología, nos reconocemos como sujetos y reconocemos como evidentes los términos en los que la ideología define al mundo. Ahora bien, para que esto sea posible el mecanismo de este reconocimiento debe quedar velado. Es por esto que, según el filósofo francés, la ideología ejerce una función de *reconocimiento/ desconocimiento*.

La ideología, indica Althusser, tiene una estructura de centrado especular mediante la cual garantiza el reconocimiento ideológico de los sujetos y el desconocimiento del mecanismo que, a la vez, asegura la sujeción y contribuye a la reproducción de las relaciones sociales de producción en cualquier formación social. Según el autor:

*“La estructura de toda ideología, al interpelar a los individuos como sujetos en nombre de un Sujeto Único y Absoluto es especular, es decir en forma de espejo, y doblemente especular: este redoblamiento especular es constitutivo de la ideología y asegura su funcionamiento. Lo cual significa que toda ideología es centrada, que el Sujeto Absoluto ocupa el lugar único del Centro e interpela a su alrededor a la infinidad de los individuos como sujetos en una doble relación especular tal que somete a los sujetos al Sujeto, al mismo tiempo que les da en el Sujeto en que todo sujeto se puede contemplar su propia imagen, la garantía de que se trata precisamente de ellos y de él (...)”<sup>50</sup>*

---

<sup>49</sup> Las comillas en este caso apuntan a subrayar el estatuto paradójico de una distorsión necesaria. Es claro que, en este contexto, el término distorsión pierde buena parte de sus connotaciones clásicas. Cabe especialmente mencionar que, en la medida en que se trata de una distorsión constitutiva, deja de contraponerse a una posible (¿imaginaria?) relación transparente con el mundo.

<sup>50</sup> Althusser, L. Ob. Cit., 1970, p. 76.

Cuando la ideología interpela a los individuos como sujetos, lo hace en nombre de un Sujeto Único y Absoluto que constituye el centro de la estructura ideológica. El reconocimiento ideológico esta conformado por un complejo proceso de identificación. Identificación del sujeto con la imagen del Sujeto, en la que pueden ver su propia imagen, identificación con los otros sujetos e identificación con las razones-de-sujeto a través de las cuales nos constituimos como tales. Este mecanismo especular asegura, al mismo tiempo, el *reconocimiento* de las representaciones ideológicas como evidentes. El Sujeto, entendido como un significante nodal que articula cualquier formación ideológica, entonces, regula y organiza todos los lugares y las razones en las cuales el sujeto puede reconocerse. Mediante esta operación, toda ideología provee a los sujetos una imagen en la cual identificarse/ reconocerse, en la cual encontrar su lugar y sus razones de sujeto en el interior mismo del discurso ideológico.

Ahora bien, en esta forma de caracterizar la interpelación ideológica, podemos reconocer nuevamente las huellas de una cierta lectura de Lacan. Para el psicoanalista francés la noción de identificación es central para pensar tanto la constitución subjetiva como la propia configuración de la realidad. Ya habíamos señalado, unos párrafos atrás, la manera en que los hombres y las mujeres nos aprehendemos como unidad en la identificación con una imagen. Esta identificación, que a partir de ahora podemos llamar imaginaria y cuya modalidad ejemplar se presenta en lo que Lacan denomina el “estadio del espejo”, siempre se encuentra regulada por una constelación significativa. Desde este punto de vista, entonces, Lacan distingue entre identificación imaginaria que permite sostener al “yo” (moi) la ilusión de autonomía en las operaciones de reconocimiento, e identificación simbólica. Si bien el Orden Simbólico existe –y opera como guía de las identificaciones imaginarias- desde antes de la apropiación que cada uno de los hombres hace de él, Lacan encuentra en el momento en que el niño comienza a hacer uso del lenguaje y puede nombrarse a sí mismo a través de un significante –el nombre propio o incluso el pronombre personal “yo” (je)- un ejemplo claro de identificación simbólica. Así, el Orden Simbólico brinda un conjunto de significantes que funcionan como lugares que regulan la mirada y, por lo tanto, desde los cuales los sujetos pueden reconocerse en unas “imágenes” para encontrar allí “sus” razones de sujeto. La

interpelación althusseriana puede ser explicada, en estos términos, como un juego de identificaciones simbólicas e imaginarias.

Lejos de descuidar, entonces, el punto de vista de los individuos que son interpelados –tal como, entre otros, le critica el propio Laclau<sup>51</sup>- consideramos que Althusser con su énfasis en el papel de lo imaginario atiende tanto a la importancia de las relaciones vividas como al carácter complejo y múltiple de los procesos de identificación. Más aún, si volvemos a Althusser para interrogar a Laclau es porque pensamos que la lectura y la puesta en juego de las nociones del psicoanálisis por parte de éste último, tal como vamos a desarrollar a lo largo del presente escrito, si bien están marcadas por los planteos de Althusser, lo están también, por un descuido sistemático de esta dimensión imaginaria resaltada por el filósofo francés.

Tres son los ejes problemáticos fundamentales que Althusser pone en juego en el diálogo con el psicoanálisis desplegado en la reflexión sobre las dos dimensiones que analizamos en estas páginas: la ideología y la relación entre las distintas instancias de una formación social.

Tal como vimos, el énfasis con que el autor abre las puertas a la contingencia como elemento explicativo de los fenómenos histórico-sociales es el primero de los ejes problemáticos que tomaron forma en esta reconstrucción de la “problemática althusseriana”.

Ahora bien, tal como señalamos, el concepto de sobredeterminación pone en juego una ruptura radical tanto con las lecturas teleológicas del marxismo como con aquellas que pretendían reducir lo ideológico a un epifenómeno de la contradicción K – L. Si bien el autor sostiene que la estructura de las relaciones sociales determina a la estructura ideológica, lo hace en última instancia. La ideología responde, según el pensador francés, a leyes propias (autonomía relativa) y tiene, al mismo tiempo, una

---

<sup>51</sup> “En la teoría althusseriana de la interpelación –que he usado en mis primeros trabajos- está presente, sin duda, la noción spinoziana de un ‘efecto sujeto’, que deriva meramente de la lógica de las estructuras. Esto deja de lado el hecho de que la interpelación es el terreno de la producción del discurso, y de que a los efectos de ‘producir’ sujetos de modo exitoso estos últimos deben identificarse con la interpelación. El énfasis althusseriano en la interpelación como mecanismo funcional de la reproducción social no deja suficiente espacio para estudiar la construcción de sujetos desde la perspectiva de los individuos que reciben esas interpelaciones. La categoría de falta está por lo tanto ausente. Pero lo que se subraya en mis trabajos, incluso en mis primeros trabajos, es algo diferente. La interpelación es concebida como parte de un proceso hegemónico articulador abierto y contingente que no puede ser confundido en ningún sentido con la ‘eternidad’ spinoziana.” (Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 219-220)

cierta incidencia sobre estas relaciones de producción que la determinan (índice de eficacia relativa).

Así, el segundo eje problemático que surge como uno de los aportes fundamentales tanto de la conceptualización de la ideología de Althusser como de su utilización de la noción de sobredeterminación, es la posibilidad de pensar la productividad de las significaciones sociales. En este contexto, cabe resaltar la forma particular en que su teoría permite vincular el carácter fallido de las representaciones ideológicas con la manera en que éstas se configuran como marcos dentro de los cuales se constituyen los sujetos. Es la necesaria constitución subjetiva a través de los marcos ideológicos la que inaugura una relación constitutivamente imaginaria en el reconocimiento ideológico. En la medida en que somos hombres y mujeres –y no animales- nuestra relación con el mundo no puede sino ser fallida y para sostenerse como tal debe asegurar en el desconocimiento tanto el mecanismo de interpelación/ reconocimiento como su propio carácter imaginario.

Finalmente, consideramos que los términos en los que Althusser plantea el problema de la subjetividad, articulando las estructuras inconscientes y las relaciones vividas (imaginarias), se enfrentan tanto con aquellos planteos que piensan el sujeto como un punto de pasaje de las relaciones estructurales como con aquellos que le oponen la idea de un sujeto que se encuentra en el origen de sus acciones y de sus intervenciones enunciativas. El mérito de estas exploraciones althusserianas, aún cuando él mismo no haya avanzado en este terreno, radica en que permiten volver a preguntarse por la dimensión subjetiva sin desconocer que el sujeto se constituye como tal en y por las estructuras objetivadas. Es en este campo que se sitúa nuestro intento de buscar categorías que nos ayuden a pensar la forma en que se organiza la dimensión imaginaria de la subjetividad y la manera en que esta dimensión imaginaria participa, moldea u organiza las intervenciones de los sujetos (políticos) en la vida social.

Cabe señalar, sin embargo, que los trazos que subrayamos de esta “problemática” encontraron en la producción del propio Althusser ciertos límites que no permitieron un desarrollo y una articulación fructífera entre ellos. Así, por ejemplo, el papel de la contingencia y de las significaciones en el mundo social se encontró en estos escritos en una tensión nunca resuelta conceptualmente con el carácter determinante en última instancia de la estructura económica. Asimismo, el valor otorgado a las vivencias

imaginarias no se tradujo en conceptos que hagan posible determinar su alcance más allá –o más acá– de las formaciones ideológicas que las determinan. Los interrogantes que los escritos de este filósofo francés abren y alientan, por lo tanto, parecen no estar plenamente formulados en el marco de su propia construcción teórica. En buena medida, es el hecho de que las significaciones sociales y los sujetos que se constituyen a partir de ellas se conciben como parte de una superestructura ideológica determinada en última instancia por la base económica<sup>52</sup> lo que, en este sentido, opera como el principal límite.

---

<sup>52</sup> Años más tarde, en sus últimos escritos, Althusser escribió sobre la importancia de la contingencia, el encuentro y lo aleatorio, para pensar lo social desprendiéndose de la noción de determinación en última instancia. Sin embargo, esta reflexión sobre el materialismo aleatorio no estuvo acompañada por el desarrollo de otro de los ejes, desde nuestro punto de vista, fundamental que había sido esbozado en los años sesenta: la articulación entre procesos objetivos y dimensión subjetiva para pensar la constitución de los sujetos sociales.

### **Capítulo 3:**

#### **Discurso y sujeto en *Hegemonía y estrategia socialista*.**

Los trazos que rastreamos en la “problemática althusseriana” en torno de la contingencia, el papel de las significaciones y la constitución e intervención de los sujetos de la política en la vida social encuentran nuevos caminos de indagación posible en dos conceptos centrales en la obra de Ernesto Laclau: discurso y sujeto. En el presente capítulo, nos vamos a centrar en la manera en que estas dos nociones se ponen en juego en *Hegemonía y estrategia socialista*. La importancia de este libro – escrito junto con Chantal Mouffe y publicado originalmente en 1985- es que, más allá de sus particularidades, presenta aquellos lineamientos generales de la perspectiva de análisis político del discurso de Laclau en el marco de los cuales se inscriben sus artículos y libros posteriores.

Aquellos conceptos y problemas provenientes del psicoanálisis se encuentran en la construcción teórica presentada en este texto fuertemente entrelazados con los aportes de otros autores: se destacan entre ellos, las elaboraciones postestructuralistas de Jacques Derrida y de Michel Foucault, por un lado, y los desarrollos del marxismo de Antonio Gramsci y Louis Althusser, por el otro. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, resulta particularmente interesante atender a las marcas que dejaron en esta construcción teórica la “problemática althusseriana” y, a través de ella, el psicoanálisis lacaniano. No se trata, bajo ningún punto de vista de negar la pluralidad de fuentes mencionada, sino de identificar aquellos aspectos de los planteos teóricos en los que las huellas de las nociones psicoanalíticas se hacen visibles. Es que a través de ellas es posible encontrar elementos diferenciales de esta construcción respecto del postestructuralismo. Así, aún cuando la noción de una totalidad no suturada a la que reenvía la noción de discurso es clara y explícitamente deudora de la estructura sin

centro de Derrida o de las formaciones discursivas de Foucault, por ejemplo, identificar las huellas del psicoanálisis permite llamar nuestra atención sobre el concepto de antagonismo como aporte distintivo<sup>53</sup>.

De la misma forma, este enfoque brinda la posibilidad de vislumbrar en la manera de conceptualizar a los sujetos políticos las tensiones que llevarán al autor a incorporar en libros y artículos posteriores nuevos conceptos del psicoanálisis. Tal como lo indica Zizek<sup>54</sup>, la noción de posiciones de sujeto que adquiere centralidad en *Hegemonía...* coincide plenamente con las concepciones postestructuralistas de Foucault<sup>55</sup> y Derrida<sup>56</sup> que, al dejar de lado la dimensión de la subjetividad, conciben al sujeto sólo en su dimensión de efecto de la red significante.

### ***Hegemonía y estrategia socialista***

En *Hegemonía y estrategia socialista* Laclau y Mouffe inscriben el problema de la articulación política en el marco de una concepción discursiva de lo social. En la introducción que realizaron para la última edición en castellano, los autores, describen el proyecto de su libro como una forma de

*“revisitar –reactivar- las categorías marxistas a la luz de ( una) serie de nuevos problemas y desarrollos que tenía que conducir, necesariamente, a deconstruir aquellas –es decir, a desplazar algunas de sus condiciones de posibilidad y a*

---

<sup>53</sup> Cabe aclarar que Laclau no estaría necesariamente de acuerdo con esta afirmación. Si bien en textos posteriores marca ciertas distancias con los planteos de Derrida en una entrevista publicada en 1999, el autor señala “Yo estoy en contra de los intentos de oponer deconstrucción y teoría lacaniana. Las dos se pueden combinar productivamente de diversas maneras. Y creo que esta propuesta puede complementarse con la idea de la microfísica del poder.” (Laclau, E. “Hegemony and the future of democracy: Ernesto Laclau’s political philosophy” en Worsham, L y Olson, G. A. (eds.) *Race, Rethoric, and the Postcolonial*, Albany, State University of New York Press, 1999, p. 159 citado en Marchart, O. “La política y la diferencia ontológica. Acerca de lo “estrictamente filosófico en la obra de Laclau.” En Critchley, S. y Marchart, O. (comp.) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, FCE, Buenos Aires, 2008, p. 79)

<sup>54</sup> Zizek, S. “Más allá del análisis del discurso” en Laclau, E. Ob. Cit., 2000.

<sup>55</sup> En este caso nos referimos a los textos y clases de los proyectos arqueológico y genealógico de Foucault. Ver, por ejemplo, Foucault, M. *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1979 o Foucault, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992. Cabe aclarar que también esta autor se dedicó a indagar en artículos y seminarios posteriores el papel de la subjetividad, aunque en una dirección distinta a la que pretendemos explorar en el presente escrito.

<sup>56</sup> Ver Derrida, J. “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas” en *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989.

*desarrollar nuevas posibilidades que trascienden todo aquello que puede ser caracterizado como aplicación de una categoría.”*<sup>57</sup>

¿Cuáles son estos nuevos problemas y desarrollos a los que los autores hacen referencia a la hora de definir su proyecto intelectual?

En primer lugar, Laclau y Mouffe realizan una lectura crítica de la tesis marxista sobre la creciente simplificación de la estructura social a la luz del curso que tomó el capitalismo en los últimos cincuenta años. Desde su punto de vista, lejos de encontrarnos con una sociedad progresivamente dividida en dos clases antagónicas que permitiría identificar al proletariado como el sujeto de un radical cambio político, las sociedades capitalistas postindustriales están conformadas por un complejo entramado de grupos sociales. Más aún, señalan que, a partir de la segunda mitad del siglo XX, se registra un aumento de la importancia de los sectores medios, cuyos intereses no se definen principalmente por su posición en las relaciones sociales de producción. De esta manera, con el avance de los sectores medios resultó evidente que factores como la etnia, el género o la edad podían resultar claves en la definición de los conflictos que moldean lo social.

A partir de este análisis, Laclau y Mouffe cuestionan aquella concepción lineal de la historia subyacente en los planteos del marxismo ortodoxo y rescatan la noción leninista de desarrollo desigual y combinado como herramienta para introducir la contingencia en el análisis histórico social. Así, frente a un pensamiento que tildan de economicista –aquel que identifica para cada modo de producción las clases, reivindicaciones y tareas propias- el concepto de desarrollo desigual y combinado enfatiza el hecho de que en una misma coyuntura histórica pueden coexistir una multiplicidad de reivindicaciones, conflictos y antagonismos de distinto alcance. La idea de una secuencia necesaria de modos de producción pierde, de esta manera, sentido y tal como resalta años más tarde Laclau siguiendo a Trotsky, “*el desarrollo desigual y combinado es el terreno de todas las luchas sociales y políticas de nuestro tiempo*”.<sup>58</sup>

Al mismo tiempo, los autores de *Hegemonía...* alinean su empresa de “*revisitar y reactivar las categorías del marxismo*” con una serie de debates teóricos de la escena

---

<sup>57</sup> Laclau, E. y Mouffe, C. Ob.cit., 2004, p. 9.

<sup>58</sup> Laclau, E. “Política de la retórica” en Ob. Cit., 2002.

filosófica contemporánea. En el prefacio a la edición española de 1987, indican tres discusiones centrales en las que confluyen buena parte de las perspectivas teóricas contemporáneas:

*“la crítica al esencialismo filosófico, el nuevo papel asignado al lenguaje en la estructuración de las relaciones sociales y la deconstrucción de la categoría de sujeto en lo que respecta a la constitución de las identidades colectivas.”*<sup>59</sup>

Así, son principalmente los desarrollos teóricos del segundo Wittgenstein, de Heidegger, de Derrida, de Foucault y de Lacan aquellos que enmarcan su lectura crítica del marxismo. Lo primero que nos parece importante señalar es la manera en que estas distintas perspectivas teóricas contribuyen a replantear la relación entre lenguaje y política. Desde la relación entre el ser y el lenguaje de Heidegger hasta las formaciones discursivas de Foucault, pasando por la estructura descentrada de Derrida y los juegos del lenguaje de Wittgenstein, lo que se pone en juego en la noción de discurso que Laclau y Mouffe postulan como punto de partida teórico es la manera en que las relaciones y las prácticas sociales se encuentran configuradas por estructuras significantes. Es que, tal como lo indica el párrafo citado, ya no se trata de pensar el discurso como una dimensión superestructural ni de asociarlo a las palabras, sino de indagar como las formaciones discursivas están configurando nuestras relaciones y prácticas sociales en la medida en que son, en una de sus dimensiones, fenómenos de sentido.

En este contexto, y tal como lo resalta el propio Laclau, la noción de sobredeterminación de Althusser juega un papel crucial en esta reflexión sobre la productividad de las significaciones en la vida social. Dentro del marco dado por la “problemática althusseriana”, entonces, aún cuando en diálogo y en relación con los otros aportes mencionados, encontramos en esta atención a la dimensión significativa de las relaciones sociales algunos de los conceptos y problemas centrales del psicoanálisis lacaniano. Así, vemos como el orden simbólico, la lógica del significante y el sujeto descentrado, intervienen en la configuración del propio andamiaje de la teoría política y social presentada en este texto por Laclau y Mouffe.

---

<sup>59</sup> Laclau, E. y Mouffe, C. Ob. Cit., (2004), p. VII.

## **Discurso: la lógica del significante en la articulación hegemónica**

En el capítulo 3 de *Hegemonía y estrategia socialista*, “Más allá de la positividad de lo social”, los autores utilizan como una de las principales vías para introducir la caracterización de lo social como discursivo el concepto de sobredeterminación desarrollado por Louis Althusser; concepto que el filósofo francés, por su parte, había puesto en juego para dar cuenta de la especificidad de la concepción marxista de lo social como totalidad estructurada compleja. Una extensa cita nos va ayudar a analizar la vinculación que se establece en este capítulo entre la noción de sobredeterminación y la propia concepción de lo social:

*“Frente a (una) concepción que, al identificar las diferencias con mediaciones necesarias en el autodespliegue de una esencia reduce lo real al concepto, la complejidad althusseriana es de naturaleza muy distinta: es la complejidad inherente a un proceso de sobredeterminación. (...) El concepto procede del psicoanálisis, y su extensión tuvo mucho más que un carácter superficialmente metafórico. (...) Para Freud la sobredeterminación no es cualquier proceso de ‘fusión’ o ‘mezcla’ (...) es por el contrario, un tipo de fusión muy preciso, que supone formas de reenvío simbólico y una pluralidad de sentidos. El concepto de sobredeterminación se constituye en el campo de lo simbólico, y carece de toda significación al margen del mismo. Por consiguiente, el sentido potencial más profundo que tiene la afirmación althusseriana de que no hay nada en lo social que no esté sobredeterminado, es la aserción de que **lo social se constituye como orden simbólico. El carácter simbólico- es decir sobredeterminado- de las relaciones sociales implica, por tanto, que estas carecen de una literalidad última que las reduciría a momentos necesarios de una ley inmanente.** No habría pues dos planos, uno de las esencias y otro de las apariencias, dado que no habría posibilidad de fijar un sentido literal último, frente al cual lo simbólico se constituiría como plano de significación segunda y derivada. La sociedad y los agentes sociales carecerían de esencia, y sus regularidades consistirían tan solo en las formas*

*relativas y precarias de fijación que han acompañado a la instauración de un cierto orden.*”<sup>60</sup>

En el párrafo queda claro que el psicoanálisis tiene un lugar central en el andamiaje sobre el que se construye la noción de lo social como discursivo en la perspectiva teórica de Laclau y Mouffe. Las reminiscencias psicoanalíticas del concepto de sobredeterminación señaladas por Althusser, son enfatizadas por estos autores: si las relaciones sociales pueden concebirse en términos discursivos es porque ellas mismas son en una de sus dimensiones significantes y, por lo tanto, su propio “ser” depende del sistema de relaciones de sentido en el que se inscriben. De ahí que Laclau y Mouffe, utilicen esta caracterización de lo social como orden simbólico<sup>61</sup> como una de las vías de ruptura con el problema de la esencia. Por lo tanto, resulta indispensable indagar en el concepto de orden simbólico y la lógica del significante que le es propia para dar cuenta no sólo de la idea de lo social como discursivo, sino también del propio concepto de discurso presentado por los autores.

Ahora bien, no parece casual que la introducción del psicoanálisis en esta construcción teórica sea, en principio, hecha a través de un concepto althusseriano. Sin duda, la noción de hegemonía de Gramsci ocupa un lugar central en la reactivación de las categorías del marxismo realizada por estos autores. Desde el título del libro, el intento de postular un fortalecimiento de la tradición gramsciana como camino para pensar lo político es indiscutible. La mayor parte de los comentaristas de esta obra coinciden, incluso, en que esta reivindicación se realiza en “*confrontación a la teoría estructuralista de Louis Althusser y sus consecuencias.*”<sup>62</sup> Sin embargo, Laclau y Mouffe sostienen que:

---

<sup>60</sup> Laclau, E. y Mouffe, C. Ob. Cit., 2004, p. 110 – 111. Las negritas son nuestras.

<sup>61</sup> Encontramos en esta asociación entre lo discursivo y el orden simbólico una cierta indistinción entre dos nociones que remiten a andamiajes conceptuales distintos. De alguna manera es posible detectar ya en esta indistinción el “olvido” de la dimensión imaginaria que, si bien determinada por lo simbólico, se encuentra presente en la lectura althusseriana de Lacan. En Laclau, en cambio, el registro imaginario no es tomado en cuenta en ningún momento lo cual conlleva, desde nuestro punto de vista, una carencia decisiva a la hora de pensar la subjetividad. Vamos a retomar esta cuestión en el apartado sobre las posiciones de sujeto en el discurso.

<sup>62</sup> Dallmayr, F. “Laclau y la hegemonía. Algunas advertencias (pos)hegelianas” en Critchley, S. y Marchart, O. (comp.) Ob. Cit., 2008, p.59.

“... el conjunto de la construcción gramsciana reposa sobre una concepción finalmente incoherente, que no logra superar plenamente el dualismo del marxismo clásico. Porque, para Gramsci, incluso si los diversos elementos sociales tienen una identidad tan sólo relacional, lograda a través de la acción de prácticas articuladoras, tiene que haber siempre un principio unificante en toda formación hegemónica, y este debe ser referido a una clase fundamental. Con lo cual vemos que hay dos principios del orden social –la unicidad del principio unificante y su carácter necesario de clase– que no son el resultado contingente de la lucha hegemónica, sino el marco estructural necesario dentro del cual toda lucha hegemónica tiene lugar. (...) La infraestructura no asigna a la clase obrera su victoria, sino que esta depende de su capacidad de liderazgo hegemónico; pero a una falla en la hegemonía obrera sólo puede responder una recomposición de la hegemonía burguesa. La lucha política sigue siendo, finalmente, un juego de suma cero entre las clases. Éste es el último núcleo esencialista que continúa presente en el pensamiento de Gramsci, y que pone en él un límite a la lógica deconstructiva de la hegemonía.”<sup>63</sup>

Queda claro en este párrafo, entonces, que lejos de oponerse la tradición articuladora gramsciana al determinismo althusseriano, los autores indican los aportes y las limitaciones de cada uno de estos planteos. Consideramos, sin embargo, que la noción de sobredeterminación que los autores toman de Althusser opera en un plano lógicamente anterior, y crea el terreno -relacional y antiesencialista- necesario para que la noción de hegemonía, como práctica articuladora que configura el espacio social y la propia identidad de los sujetos políticos, sea fructífera<sup>64</sup>.

Desde nuestro punto de vista, es posible identificar ciertas similitudes entre la lectura althusseriana del psicoanálisis lacaniano y la manera en que esta perspectiva teórica es puesta en juego en *Hegemonía y estrategia socialista*<sup>65</sup>. En ambos casos, imperan aquellos conceptos (lo simbólico, la sobredeterminación, la lógica del

---

<sup>63</sup> Laclau, E. y Mouffe, C. Ob. Cit., 2004, p. 103 -104.

<sup>64</sup> La descalificación y el desconocimiento de los aportes de Althusser a los debates de la teoría social y política parecen ser una constante en el pensamiento político contemporáneo. Salvo honradas excepciones como los trabajos de Etienne Balibar o de Emilio De Ipola, (Balibar, E. Ob. Cit., 2004 y De Ipola, E. Ob. Cit., 2007) la herencia althusseriana permanece negada. El presente trabajo busca, entonces, aportar elementos a una reflexión no reduccionista sobre la riqueza de las preocupaciones y desarrollos teóricos de Althusser y a la vigencia que demuestran que tiene aún quienes lo critican y lo presentan como un exponente “funcionalista”, “reproductivista” o “determinista” del cual diferenciarse.

significante, la dispersión de posiciones de sujeto) que Jacques Lacan desplegó con mayor énfasis en los primeros escritos y seminarios de la década de 1950. Veamos, entonces, de qué forma se enlazan estos conceptos en la perspectiva lacaniana para después dar cuenta de su papel en el modo en que Laclau y Mouffe conciben los sujetos políticos en este primer libro.

### **La introducción de los tres registros en la obra de Jacques Lacan**

Tal como vimos en el párrafo de Laclau que citamos más arriba, es la idea de que lo social se constituye como orden simbólico aquello que, a la vez, el autor lee como aporte fundamental de Althusser y como punto de partida teórico para su propio planteo. Ya habíamos señalado que la noción de orden simbólico fue elaborada por Jacques Lacan. A continuación, entonces, vamos a desplegar cuál es el lugar que este concepto tiene en su obra.

Lacan habla por primera vez de los tres registros (Simbólico, Imaginario y Real) en una conferencia pronunciada en 1953 - pocos meses antes de su discurso de Roma - en la que, al mismo tiempo, funda su intervención en el campo psicoanalítico como un retorno a Freud<sup>65</sup>. En buena medida estos tres registros se presentan como el andamiaje teórico desde el cual Lacan se propone recuperar una lectura de Freud que le haga justicia a sus escritos y que organice sus aportes. Lacan realiza esta empresa de retorno a Freud en contra del llamado posfreudismo que, cada vez más, concentraba el análisis en la figura del yo y sus resistencias. Durante los años cincuenta, el registro simbólico va a tener una preeminencia sobre los otros dos en la construcción teórica lacaniana en la medida en que es la principal herramienta que utiliza para enfrentarse a aquellas lecturas de Freud que pensaban la clínica en los términos de una relación intersubjetiva. Desde el punto de vista de Lacan para que cualquier relación intersubjetiva sea posible, es necesaria la existencia de un tercer término que, a la vez, la trasciende y la establece.

---

<sup>65</sup> Como indicamos en los capítulos anteriores, incluso algunas de las conclusiones respecto de la manera en que las relaciones de sentido configuran las relaciones sociales ya están en juego en la construcción teórica del propio Althusser.

<sup>66</sup> El análisis de las transformaciones que sufrió la conceptualización de los tres registros en la obra de Lacan esta tomada de Shejtman, F. "Una introducción a los tres registros" en Mazzuca, R. (comp.) *Psicoanálisis y Psiquiatría: Encuentros y desencuentros. Temas introductorios a la psicopatología*, Berggasse 19 Ediciones, Buenos Aires, 2003.

Este tercer término, no es otra cosa que el orden simbólico que dispone y organiza los lugares sociales.

Este énfasis en la preeminencia del orden simbólico para entender la estructuración del mundo humano está apoyada en la lectura de aquellos textos de Freud que, desde su punto de vista, adelantan una concepción del inconsciente que sólo hará comprensible, en su absoluta radicalidad, el posterior desarrollo de la lingüística moderna. Aquellos textos de Freud en los que se centra Lacan en este período de su enseñanza son, fundamentalmente, tres: *Psicopatología de la vida cotidiana*, *La interpretación de los sueños* y *El chiste y su relación con el inconsciente*. La idea en común que rescata Lacan de ellos es que las formaciones del inconsciente –los sueños, los síntomas o los actos fallidos - son hechos de lenguaje y sólo pueden entenderse en su relación con el registro simbólico. Tal como señala Shejtman,

*“esta supremacía de lo simbólico respecto de lo imaginario y lo real en este tiempo de la obra de Lacan se refleja también en aquel fundamento lacaniano forjado en los años ’50 que sostiene y resume sus construcciones en esta época de su enseñanza: ‘el inconsciente estructurado como un lenguaje’. En efecto, es este inconsciente lenguajero el que deben volver a reconocer los psicoanalistas para no traicionar el legado freudiano. Un inconsciente que, como veremos, se halla más ligado al significante –es decir, a lo simbólico- que al significado –esto es, a lo imaginario.”*<sup>67</sup>

Recordemos en este punto que, tal como se indica en la extensa cita que transcribimos más arriba, en *Hegemonía...* se enfatiza el lazo que la noción althusseriana de sobredeterminación tiene con el análisis freudiano de los sueños. Según Freud, el trabajo del sueño transforma las ideas o pensamientos latentes en contenido manifiesto. Así identifica dos operaciones básicas -condensación y desplazamiento- que actúan en la producción de esos jeroglíficos que son, habitualmente, nuestros sueños. Ahora bien, la relación entre cada una de las ideas latentes y cada uno de los elementos del sueño, justamente por la manera en que opera el inconsciente, nunca es lineal. Lo que Freud describe con el nombre de sobredeterminación son las remisiones múltiples que cada una de las ideas latentes

---

<sup>67</sup> Shejtman, F. Ob. Cit., 2003, p. 184.

dispara y la posibilidad de los elementos del sueño de condensar múltiples ideas. Es este trabajo de articulación de significantes (en términos lacanianos) lo que van a recuperar tanto Althusser como Laclau y Mouffe. Es por eso que cuando los autores sostienen que el concepto de sobredeterminación permite pensar lo social en términos de orden simbólico están rescatando el hecho de que cada uno de los elementos en juego son significantes que, tal como lo piensa Lacan, no tienen un significado “propio” sino que producen sentido en su articulación con otros significantes. Avancemos un paso más, entonces, en la descripción de esta lógica del significante.

En “La instancia de la letra”<sup>68</sup> Lacan recupera uno de los aportes básicos de la lingüística de Ferdinand de Saussure: la idea de que la lengua es un sistema diferencial donde cada unidad se define por distinguirse de las demás; en otras palabras, la noción de valor. Pero al mismo tiempo radicaliza esta concepción al subvertir la concepción saussureana del signo. Si para el lingüista la significación se establecía por la relación biunívoca entre un significado y un significante que componen un signo, Lacan va a romper este vínculo y va a darle preeminencia al significante sobre el significado<sup>69</sup>. Más aún, la barra que desde la perspectiva de Saussure une los dos elementos del signo es para Lacan una barra de separación entre dos órdenes distintos. Desde su punto de vista, por lo tanto, la significación no se da en la relación entre un significante y un significado. De hecho, un significante solo, aislado, no tiene significado posible. ¿Qué significa, por ejemplo, “banco”? Es imprescindible la presencia de otro significante que se articule a éste para que surja la significación. Así la vinculación de “banco” con “plaza” va a producir una significación distinta que con “billetes” o “escuela”. Tal como señala Pierre Laurent Assoun,

*“El ‘efecto de sentido’ es el rebote de un significante sobre el otro, lo cual inaugura la idea de cadena significante. Lo que merece reflexión es, por lo tanto, la autonomía del significante y su valor como pura diferencia cualitativa, al definirse cada significante por ser lo que el otro significante no es.”<sup>70</sup>*

---

<sup>68</sup> Lacan, J. “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” en Ob. Cit., 1988.

<sup>69</sup> Desde nuestro punto de vista, esta operación lacaniana se encuentra también puesta en juego en la reflexión sobre la estructura sin centro de Derrida.

<sup>70</sup> Assoun, P.L. *Lacan*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004, p. 68.

Frente a la preeminencia del “sistema” en la concepción saussureana de la lengua, para Lacan el concepto central será el de *cadena significativa*. Resulta indispensable en este punto introducir otro principio para comprender el alcance de esta construcción teórica. La noción de punto de acolchado o *point de capitón* indica la operación por la cual el significante detiene el deslizamiento de la significación. Así, ésta tiene siempre un carácter retroactivo. Aquel significante que enlaza la cadena en el *point de capitón* produce retroactivamente en ella un “efecto de sentido”. En buena medida, la frase y su puntuación son un modelo diacrónico de esta operación.

Ahora bien, la lógica del significante tal como la describimos en los párrafos precedentes es una de las referencias que se encuentra operando en la construcción que Laclau y Mouffe hacen de lo social en términos discursivos. Para estos autores la práctica discursiva configura las relaciones sociales, en tanto relaciones de sentido, a través de la articulación de elementos que por esta operación se vuelven momentos de una formación discursiva. Esta claro que lo social ya no puede ser pensado en términos de sistema, lo cual implicaría que solo nos encontramos ante momentos que mantienen entre si una relación prefijada. Tal como lo señalan los propios autores la lógica de la sobredeterminación y la noción de cadena significativa sirven para pensar una serie de articulaciones que siempre son desbordadas y reconfiguradas por el campo de la discursividad en el que operan. En otros términos los elementos nunca terminan de cristalizarse como momentos de una cadena significativa y siempre pueden ser re-articulados en nuevas formaciones discursivas.

Tal como lo indica Yannis Stavrakakis, incluso, los principios de equivalencia y diferencia que gobiernan la construcción de los espacios políticos “*no son ajenos a la idea lingüística y semiótica de los polos del lenguaje (sintagmático y paradigmático) que (...) Lacan conecta directamente con la lógica de la metáfora y la metonimia.*”<sup>71</sup>

En este contexto, sin embargo, el concepto de punto nodal es una de las pocas deudas teóricas con Lacan que aparecen explicitadas en *Hegemonía y estrategia socialista*. Vayamos la cita en la que se menciona esta deuda:

---

<sup>71</sup> Stavrakakis, Y. *Lacan y lo político*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2007, p. 117.

*“El discurso se constituye como intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de las diferencias, por construir un centro. Los puntos discursivos privilegiados de esta fijación parcial los denominaremos puntos nodales. (Lacan ha insistido en las fijaciones parciales a través de su concepto de points de capito, es decir, de ciertos significantes privilegiados que fijan el sentido de la cadena significante. Esta limitación de la productividad de la cadena significante es la que establece posiciones que hacen la predicación posible –un discurso incapaz de dar lugar a ninguna fijación de sentido es el discurso del psicótico-.)”<sup>72</sup>*

Los autores señalan de esta manera que el concepto de punto nodal es indispensable para pensar el tipo de fijaciones parciales posibles en las configuraciones de sentido por ellos presentadas. Es decir, en configuraciones en las cuales la identidad de los elementos/ momentos es siempre precaria.

Ahora bien, más allá de las vinculaciones que es posible establecer entre las concepciones de Lacan, Derrida o Foucault, nuestro énfasis en subrayar la presencia de la noción de orden simbólico desde la construcción misma de la categoría de discurso, está más bien apuntado a identificar otro eje problemático que resulta concebible desde la relación entre los tres registros lacanianos (Simbólico, Imaginario, Real) y no desde la concepción posestructuralista del discurso, pero que en este libro de 1985 se encuentra sólo en germen.

## **Antagonismo**

En el capítulo 3 de *Hegemonía...*, la argumentación sobre el carácter no suturado de lo social se apoya en otro concepto que hasta el momento no habíamos mencionado: el antagonismo. Tal como lo señala Slavoj Zizek, la noción de antagonismo como *“límite de lo social (que) debe darse en el interior mismo de lo social como algo que lo subvierte, es decir, como algo que destruye su aspiración a constituir una presencia plena”<sup>73</sup>* remite de manera directa a uno de los tres ordenes o registros lacanianos: lo Real. De hecho, según Zizek,

---

<sup>72</sup> Laclau, E. y Mouffe, C. Ob. Cit., 2004, p. 152-153

<sup>73</sup> Laclau, E. Y Mouffe, C. Ob. Cit., 2004, p. 170.

*“el real logro de Hegemonía se cristaliza en el concepto de ‘antagonismo social’: lejos de reducir toda realidad a una suerte de juego de lenguaje, el campo socio- simbólico es concebido como estructurado en torno de una cierta traumática imposibilidad, en torno de una fisura que no puede ser simbolizada. En breve, Laclau y Mouffe han reinventado, por así decirlo, la noción de lo real como imposible, ellos han transformado a éste último en una herramienta útil para el análisis social e ideológico. Simple como puede quizás aparecer, este avance es una novedad tal que incluso no ha sido percibido en la mayor parte de las respuestas a Hegemonía.”<sup>74</sup>*

El filósofo esloveno señala, sin embargo, que en algunos aspectos de su construcción los autores no parecen aprovechar las consecuencias teóricas de esta referencia lacaniana. Desde nuestro punto de vista, esto tiene que ver con las lecturas que están operando como referencia en la recuperación del psicoanálisis lacaniano en *Hegemonía....*, por un lado, y con su vinculación más o menos directa con los desarrollos posestructuralistas, por otro. Tal como señalamos unos párrafos más arriba, en este texto encontramos principalmente huellas de los textos y seminarios lacanianos de los años cincuenta; en los cuales, el énfasis del psicoanalista francés está puesto en indicar la manera en que el orden simbólico organiza y pone en caja a las vivencias imaginarias en las que se mueve el “yo” y lo Real no aparece claramente conceptualizado. Según el análisis de Shejtman que citamos más arriba, lo Real aparece en estos primeros escritos y seminarios, asociado, a la vez, con lo que a partir de los trabajos posteriores de Lacan llamaríamos “la realidad” y con lo que será luego la concepción más puramente lacaniana de lo Real: aquello que en la realidad queda elidido, oculto o velado. Estas referencias escasas y ambiguas dificultan una reflexión acabada sobre las implicancias teóricas de esta noción. Por los mismos motivos, Laclau no desarrolla en este libro las diferencias entre la concepción de estructura descentrada de Derrida con los juegos discursivos que habilita y la noción de un orden simbólico estructurado en torno de un núcleo traumático innombrable que, en la medida en que resiste, opera como motor de la producción simbólica.

---

<sup>74</sup> Zizek, S. “Más allá del análisis del discurso” en Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 257.

*De hecho, en todo el apartado “Antagonismo y objetividad” en el que se presenta la noción de antagonismo como elemento clave para entender que la “sociedad no existe” o, en otras palabras, que se encuentra atravesada por sus propios límites que le impiden constituirse como una presencia plena, Laclau y Mouffe no hacen ni una sola mención de Lacan. La vinculación entre el concepto de antagonismo y lo Real lacaniano solo es recuperada en los textos de Laclau posteriores a la intervención de Žižek a la que hicimos referencia.*

Tal como indica Žižek, estas tensiones teóricas se hacen especialmente evidentes en la manera en que Laclau y Mouffe trabajan el *“estatus del sujeto que corresponde a un campo social estructurado en torno de una imposibilidad central.”*<sup>75</sup> Así, las oscilaciones teóricas a la hora de construir herramientas conceptuales para pensar los sujetos de la política acordes con su concepción de lo social estarían ligadas a ciertas deficiencias en el tratamiento teórico de la noción de Real que, sin embargo, se encuentra de alguna manera operando. En el siguiente apartado nos centraremos en esta cuestión.

### **Posiciones de sujeto**

En su libro sobre Lacan, Paul-Laurent Assoun, señala como dos puntos fundamentales del pensamiento del psicoanalista francés la teoría del significante y la función de desconocimiento del “yo”, que lo coloca en una *“línea de ficción, irreductible para siempre por el individuo solo.”*<sup>76</sup> Ahora bien, ambos ejes se encuentran operando como herramientas teóricas fundamentales en la manera en que Laclau y Mouffe conciben los sujetos de la política. En el apartado de *Hegemonía* en el que se trabaja esta cuestión, “La categoría de ‘sujeto’”, los autores sostienen que:

*“Siempre que en este texto utilicemos la categoría de sujeto, lo haremos en el sentido de ‘posiciones de sujeto’ en el interior de una estructura discursiva. Por lo tanto, los sujetos no pueden ser el origen de las relaciones sociales, ni siquiera en el*

---

<sup>75</sup> Žižek, S. En Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 258.

<sup>76</sup> Lacan, J. Ob. Cit., 1988, p. 87.

*sentido limitado de estar dotados de facultades que posibiliten una experiencia, ya que toda 'experiencia' depende de condiciones discursivas de posibilidad precisas.”<sup>77</sup>*

En apartados anteriores presentamos las coincidencias que la concepción de lo social como espacio discursivo de estos autores tiene con la noción de orden simbólico y con la teoría del significante lacaniana que a ésta subyace. En el concepto de “posiciones de sujeto” también se encuentra operando, sin duda, esta misma construcción teórica. Las “posiciones de sujeto” no son otra cosa que significantes susceptibles de ser articulados en diversas formaciones discursivas necesariamente abiertas. Tal como indican Laclau y Mouffe, *“por ser toda posición de sujeto una posición discursiva, participa del carácter abierto de todo discurso y no logra fijar totalmente dichas posiciones en un sistema cerrado de diferencias”* y, por lo tanto, *“el análisis no puede prescindir de las formas de sobredeterminación de unas posiciones por otras –del carácter contingente de toda necesidad que, según hemos visto, es inherente a toda diferencia discursiva.”<sup>78</sup>*

Ahora bien, la batería de problemas y conceptos asociados al segundo de los ejes mencionados, la función de desconocimiento del “yo”, no tiene en este escrito la misma presencia que aquella vinculada a la teoría del significante. En buena medida, los autores se limitan a retomar una concepción anti-humanista del sujeto en la cual pueden coincidir tanto Freud y Lacan como Heidegger o Nietzsche. Así, en contra de la idea de un sujeto concebido ya sea como un *“agente racional y transparente a sí mismo”*, como una unidad homogénea o como el *“origen y fundamento de las relaciones sociales”*, los autores enfatizan por un lado el desconocimiento y el descentramiento constitutivos del sujeto y, por otro, la dispersión sobredeterminada de las posiciones de sujeto en el interior de un espacio discursivo abierto.

En este marco tienen sentido las críticas de Žižek que habíamos adelantado en el apartado anterior. Según el autor esloveno esta concepción del sujeto como “posiciones” es pensable dentro de la lectura althusseriana de Lacan. Tanto Althusser como Laclau y Mouffe oponen a la concepción clásica del sujeto como plenitud, la idea de que las

---

<sup>77</sup> Laclau, E. y Mouffe, C. Ob. Cit. 2004, p. 156.

<sup>78</sup> Laclau, E. y Mouffe, C. Ob. Cit. 2004, p. 156 y 157.

posiciones de sujeto son efectos de las relaciones estructurales<sup>79</sup>. Hay dos cuestiones, sin embargo, que en el señalamiento de esta coincidencia Zizek no tiene en cuenta. En primer lugar, en este texto Laclau y Mouffe rescatan sólo esta dimensión de las exploraciones althusserianas – lacanianas sobre la subjetividad y, si bien subrayan que la “experiencia subjetiva” depende de condiciones discursivas de posibilidad, descuidan aquellas herramientas teóricas que les permitirían reflexionar sobre el papel que las vivencias de estos sujetos tienen en los procesos políticos. En esta empresa, tal como desarrollamos, Althusser parece más jugado a la hora de tomar conceptos del psicoanálisis ya que, aún cuando no incorpora lo Real como factor clave para pensar lo social, a través de la noción de interpelación intenta conceptualizar la dimensión imaginaria de los fenómenos sociales. Esta dimensión imaginaria o “vívida” propia de la subjetividad se encuentra absolutamente borrada en la reflexión de nuestros autores centrada en la noción de posiciones de sujeto.

En segundo lugar, y tal como indica Zizek, la noción de antagonismo social introduce elementos teóricos que les permitirían a los autores diferenciar al sujeto – como concepto ontológico que al señalar la falta de ser, aparece como condición de posibilidad de su constitución- de las posiciones de sujeto o identificaciones cristalizadas en el discurso y, por lo tanto, construir nuevas herramientas teóricas para pensar los aportes de las subjetividades en la institución de lo social. Esta problemática que, en la medida que conlleva una cierta exploración de los desarrollos de Lacan sobre lo Real, cae fuera del horizonte de preocupaciones althusseriano, no se encuentra tampoco trabajada en profundidad en *Hegemonía*. Cabe aclarar, sin embargo, que esta cuestión es retomada y constituye uno de los ejes de los escritos posteriores de Ernesto Laclau que analizaremos en los siguientes capítulos.

En síntesis, en *Hegemonía...*, Laclau y Mouffe logran plantar los lineamientos para oponer a una concepción esencialista de lo social la idea de una totalidad no suturada a través de la noción de discurso. En esta construcción sin duda coinciden los

---

<sup>79</sup> Si tenemos en cuenta que es a través de la noción de antagonismo que se ponen en juego algunas de las consecuencias teóricas más relevantes ligadas a la incorporación de lo Real laciano, no parece ser un dato menor que Laclau y Mouffe trabajen en este texto la cuestión del sujeto antes de introducir este concepto para pensar los límites de lo social.

planteos de Derrida, Foucault y Lacan<sup>80</sup> para acentuar tanto la centralidad de la contingencia como de la dimensión significante en la configuración del mundo social.

Desde nuestro punto de vista, sin embargo, los autores no avanzan en la construcción de categorías teóricas productivas para dar cuenta de la intervención de los sujetos políticos sino que se limitan a establecer aquellos conceptos que les permiten desarrollar una posición crítica respecto de las nociones de sujeto que lo conciben como agente racional y homogéneo o fuente del sentido y origen de las relaciones sociales. Tanto la idea del sujeto descentrado como la propia conceptualización del orden simbólico que a través de la lógica del significante lo descentra, sirven para plantar las bases de una noción de sujeto opuesta a la tradición filosófica clásica. En este terreno, *Hegemonía...* no va más allá de pensar la constitución del sujeto en el mismo plano del discurso y su condición precaria o ambigua compartida por todos los significantes de una cadena. Cuando Laclau y Mouffe hablan de sujeto político en este texto parecen no ir más allá de la frase de Lacan según la cual “*un sujeto es representado para un significante por otro significante*” y en esto coinciden plenamente con las concepciones de Foucault y Derrida que, al dejar de lado la dimensión de la vivencia, solo atienden al aspecto en que el sujeto es efecto de las articulaciones discursivas. Como lo indicamos más arriba la concepción de estructura fallada de Derrida y la noción de formaciones discursivas que Foucault desarrolla en *La arqueología del saber*, están operando explícitamente en la construcción de lo social como espacio no suturado que presentan Laclau y Mouffe. No es casual, entonces, que la cuestión del sujeto se resuelva en términos de una dispersión de posiciones de sujeto que reducen el espacio subjetivo al de ser punto de pasaje del discurso.

En conclusión, respecto de la cuestión de los sujetos políticos no hay en este texto una indagación sobre aquellos conceptos del psicoanálisis que, desde los tres registros (Imaginario, Simbólico y Real) hasta la diferencia entre el sujeto barrado y las

---

<sup>80</sup> La confluencia de estos tres pensadores en la construcción teórica de *Hegemonía...* no es casual. Tal como lo indica Jorge Alemán, y más allá de las particularidades de cada una, “la línea lacaniana, la deconstrucción y la línea foucaultiana-deleuziana (...) defienden al final una posición más o menos equivalente y parecida: frente al carácter estable y trascendental de las existencias, el carácter contingente; defender, frente al mundo del sentido, la presencia del sinsentido; defender, frente al mundo del progreso y del sentido trascendental de la historia, la finitud de cada uno; defender, frente a la universalidad del para-todos, el carácter radical de cada singularidad.

“La contingencia, la finitud, el ser para la muerte, la presencia del sin sentido, la división del sujeto, no son sólo defendidos por el psicoanálisis.” (Alemán, J. *El porvenir del inconsciente*, Grama ediciones, Buenos Aires, 2006, p. 31.)

posiciones discursivas en las que se constituye y sus aportes al problema de la identificación, permitirían dar cuenta de la particularidad de las intervenciones políticas de los sujetos descentrados que postula. Es verdad que tanto la conceptualización de la formación social en términos de totalidad no suturada como las indicaciones de Žižek respecto de la posible vinculación de esta concepción con lo Real lacaniano nos permiten vislumbrar un nuevo horizonte de exploración en el que nos adentraremos en los próximos capítulos. Aún así, Laclau y Mouffe, a la vez que enfatizan la importancia de la lógica significante para pensar lo social dejan a un lado, en este texto, un camino de indagación fructífero habilitado por el psicoanálisis y ya esbozado en la “problemática althusseriana”: el papel de lo imaginario a la hora de pensar la constitución y la intervención de los sujetos de la política.

## Capítulo 4:

### La política, el sujeto y lo Real

En los años posteriores a la aparición de *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau publica una serie de libros que a través de presentaciones, de cartas, y de ensayos diversos, retoman, enriquecen o, incluso, reformulan distintos aspectos del planteo general postulado en 1985. En este capítulo, vamos a centrarnos, en la manera en que, en estos textos, las nociones de discurso y no sutura se vinculan de forma explícita con lo Simbólico y lo Real lacaniano. Así, nos proponemos analizar dos ejes principales que consideramos que emergen de esta asociación: 1) el ajuste en la definición de lo social como estructura dislocada que opera como condición de posibilidad de toda articulación discursiva; 2) el replanteo del estatuto del sujeto mediante la construcción de una cadena que lo liga con lo político a través de las nociones de identificación y decisión.

Ahora bien, esta vinculación entre el antagonismo y lo Real lacaniano apunta, en primer lugar, a la conceptualización de una totalidad no suturada que se distancia tanto del esencialismo como del postestructuralismo. Por otro lado, y aún cuando no se encuentra desplegado y sistematizado su alcance en el análisis social, las nociones de sujeto, identificación y decisión señalan como problema político central la constitución de las “identidades”<sup>81</sup> colectivas de los sujetos descentrados que estos autores suponen y, en este sentido, vuelve a abrir una vía de exploración que el abandono de la noción de interpelación en *Hegemonía...* había clausurado.

---

<sup>81</sup> Tal como lo señala Yannis Stavrakakis, una vez que se indica la centralidad de la noción de identificación para pensar tanto la constitución subjetiva como su papel político la propia noción de identidad debería caer en desuso. Es que, justamente, “esta misma imposibilidad de lograr la identidad (sustancia) es la que hace constitutiva a la identificación (el proceso)” (Stavrakakis, Y. Ob. Cit., p.56). Es por eso que entrecorramos la palabra identidad haciendo de ella un uso estilístico y no teórico.

Finalmente, en el marco de los dos ejes señalados se presentan una serie de conceptos que nos resultan de especial interés porque, aún cuando no suponen una incorporación sistemática ni una indagación de sus alcances, comienzan a diseñar ciertas preguntas cuyo tratamiento sólo resulta posible a través de la problematización de la dimensión imaginaria. Dimensión que, tal como se evidenció en el rastreo que hicimos en la “problemática althusseriana”, resulta ineludible a la hora de conceptualizar las subjetividades políticas. Esta importancia de la vivencia o la experiencia se pone en juego en estos textos a través de un abanico de conceptos –los significantes vacíos, las operaciones ideológicas y las articulaciones hegemónicas- que apuntan a hacer presente en el campo de la discursividad la ilusión de cierre o de plenitud ausente de la comunidad.

### **Antagonismo y dislocación**

Laclau coincidiría, en principio, con la observación de que el desarrollo de una teoría de la subjetividad que permite romper con la concepción del sujeto como unidad conciente de intenciones es uno de los aportes centrales del psicoanálisis a la teoría social y política. Sin embargo, desde su punto de vista, si el psicoanálisis nos permite repensar el problema de las “identidades” no es porque agrega a cierta concepción de lo social una teoría del sujeto, sino más bien porque algunos de los conceptos que constituyen su campo teórico contribuyen a una nueva conceptualización de la lógica social misma. Para Laclau, la posible confluencia entre su propio proyecto postmarxista y el psicoanálisis no puede concebirse *“ni como la adición de un suplemento al primero por parte del segundo, ni como la introducción de un nuevo elemento causal –el inconsciente en lugar de la economía- sino como la coincidencia entre los dos en torno de la lógica del significante como lógica del desnivel estructural y de la dislocación, una coincidencia que se funda en el hecho de que esta última es la lógica que preside la posibilidad/ imposibilidad de la constitución de toda identidad.”*<sup>82</sup>

---

<sup>82</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 110. Esta reflexión sobre el papel que tiene el psicoanálisis en la propia perspectiva teórica la encontramos en los escritos de lo que nosotros clasificamos como un segundo momento de la obra de Laclau. En *Hegemonía y estrategia socialista* una reflexión de este estilo no parece posible.

A partir de esta afirmación es claro que lo que, desde el punto de vista del examen de las huellas de problemas y conceptos del psicoanálisis en la producción teórica de Laclau, constituye un “segundo momento” no puede entenderse sin tener presente el marco de categorías que el autor puso en juego en *Hegemonía...* para pensar lo social en términos de discurso. A partir de *Nuevas reflexiones...*, Laclau incorpora y reformula la asociación, propuesta en el ya mencionado artículo de Slavoj Žižek, entre su propio concepto de antagonismo y lo Real lacaniano. Tal como lo dice el propio Laclau diez años después de la publicación de este libro:

*“Si bien nuestro análisis del antagonismo no se deriva de la teoría lacaniana, puede superponerse en gran medida con la noción de Lacan de lo Real como un núcleo básico que resiste a la simbolización, como Žižek lo percibió muy tempranamente en su análisis de Hegemonía y estrategia socialista, publicado en 1985, casi inmediatamente después de la aparición de nuestro libro”*<sup>83</sup>

Esta asociación, entonces, lejos de presentarse como una deuda, habilita un diálogo por el cual las nociones del psicoanálisis y la reflexión sobre sus posibles aportes a la teoría social van adquiriendo una presencia creciente en las intervenciones de Laclau de este período. Así, el señalamiento de Žižek lleva al autor, en primer lugar, a intentar reformular y clarificar la noción de antagonismo que había presentado años atrás. En una entrevista posterior, Laclau explica:

*“... la noción de antagonismo, que había sido una categoría central en Hegemonía y estrategia socialista; (...) a mi modo de ver (...) tenía una cierta dificultad en la manera en que estaba planteada en aquel texto. La idea básica es que el antagonismo no es parte de la objetividad social sino que es el límite de toda objetividad, pero de esta manera parecía que lo que es antagonismo en sí mismo es lo que organiza esta relación con el momento de la negatividad. Lo que no me convence totalmente de esa formulación, aunque no la deshecho enteramente, es que hoy diría que el antagonismo es una forma de organización de la dislocación más básica; por ejemplo, frente a un*

---

<sup>83</sup> Laclau, E. “Identidad y hegemonía : el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas” en Butler, J. Laclau, E. y Žižek, S. Ob. Cit., 2003, p. 83

*hecho concreto, es decir, esto es un antagonismo, es presentar al enemigo como enemigo; es decir hay otras posibilidades discursivas, yo puedo decir que lo que me está ocurriendo no es porque los enemigos me atacan sino que es un castigo de Dios por mis pecados.*

*“Es decir que ya hablar de antagonismo es hablar de un principio de estructuración discursiva, es decir, algo más profundo es la falta. Ahora, ese algo más profundo en otro texto –el de Nuevas reflexiones...- lo he llamado dislocación. La dislocación es el momento de lo real que no aparece subsumible dentro del antagonismo, ahora es alrededor de esta categoría de dislocación y de otra serie de categorías adyacentes, como es la incorporación del concepto lacaniano de falla (falta) que he estado trabajando.”<sup>84</sup>*

La asimilación de la dislocación a lo Real va acompañada por una cierta asociación entre el discurso y lo Simbólico. En principio, esta superposición de términos no lleva a Laclau a una reelaboración de su noción de discurso. Más bien, al considerar que Lacan “*representa uno de los momentos cruciales de la emergencia de un terreno teórico postestructuralista*”<sup>85</sup> se ocupa de acentuar a través de estos conceptos el estatuto de lo social como totalidad no suturada.

Sin embargo, en la caracterización de la noción de dislocación que pone en juego en estos textos es posible sentir el eco, aún cuando no se encuentre específicamente trabajado, de una de las formas en que Lacan caracteriza lo Real: como causa ausente que opera, a la vez, como obstáculo y motor.

### **Lo Real como causa imposible.**

Durante los años cincuenta las indicaciones que Lacan realiza sobre el registro de lo Real no son sistemáticas ni apuntan en una única dirección. Así, lo Real es, por momentos, asimilado a la realidad<sup>86</sup> y, por momentos, trabajado como aquello que en la

---

<sup>84</sup> Buenfil, R. N. *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*, Plaza y Valdés Editores, México, 1998, p. 201 – 202.

<sup>85</sup> Laclau, E. en Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S. Ob. Cit. 2003, p. 80.

<sup>86</sup> En el año 1956, por ejemplo, Lacan asocia en su seminario los tres registros con tres tipos de mapas. El mapa político corresponde al registro de lo imaginario; el mapa de las grandes vías de comunicación, al

realidad queda elidido, velado u oculto. En todo caso, como afirma Assoun, en los primeros años de la enseñanza lacaniana lo Real no aparece más que como un correlato de lo Imaginario y lo Simbólico.

En el Seminario 11 *–Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*<sup>87</sup>-, tal como destacan tanto Assoun como Shejtman, es posible detectar un primer giro en la manera en que Lacan piensa los tres registros. En palabras de Assoun:

*“En 1964, aparece como un registro propio. Lo real se muestra entonces caracterizable como lo ‘imposible’, y esto se produce en Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Ya en el Seminario sobre La relación de objeto se había aludido a los vínculos entre real e imposible, por sobre el estatuto de la realidad según el principio de inercia de Galileo: el movimiento perpetuo es, en efecto, ‘imposible’, y sin embargo él funda la física moderna. Lacan ve aquí el signo de un viraje radical: lo real como la propia figura de lo imposible.”*<sup>88</sup>

Shejtman, por su parte, afirma que en ese seminario se inaugura una etapa de transición en la que Lacan comienza a conceptualizar lo Real como aquello que resiste a la simbolización y que, por lo tanto, *“como causa, provocará el insistente trabajo del inconsciente por simbolizarlo.”*<sup>89</sup> Al mismo tiempo, a través de la conceptualización de lo real del trauma y de la incorporación de la noción aristotélica de *tyche* como “encuentro con lo real”, Lacan establece una clara distinción entre la realidad y lo Real. De esta manera, la realidad es aquello en lo que nos mantenemos adormecidos, un sistema necesariamente fallado que debe constantemente velar y ocultar su falla “Real”<sup>90</sup>. Desde este punto de vista, la insistencia del inconsciente en su intento por

---

registro de lo simbólico; el mapa del mundo físico en el que se “verán cosas inscriptas en la naturaleza, ciertamente dispuestas a jugar un papel, pero aún en estado natural” (Lacan, J. *El Seminario 3. Las Psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 416), por su parte, correspondería a lo real. Ahora bien, tal como lo indica Shejtman, “si eso es lo real, es un real que no se distingue de la realidad, de las cosas en estado natural.” (Shejtman, F. Ob. Cit., 2003, p. 211.)

<sup>87</sup> Lacan, J. *El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1999.

<sup>88</sup> Assoun, P.L. Ob. Cit., 2004, p. 92.

<sup>89</sup> Shejtman, F. Ob. Cit., 2003, p. 215.

<sup>90</sup> “La realidad –continúa Shejtman- aguanta, soporta, sufre. Y es que inesperadamente puede acontecer el encuentro con lo real... traumático: allí es donde la realidad desfallece. El trauma, el accidente, supone en la contingencia un desgarramiento de la realidad. Incluso, a veces, la pérdida de la realidad.” (Shejtman, F. Ob. Cit., 2003, p. 217)

simbolizar tiene como causa el hecho de que lo Real –en tanto resto imposible de simbolizar- se le escapa constantemente. Si Lacan define lo Real como imposible lógico es, justamente, aludiendo al hecho de que su resistencia constituye la causa de la insistencia simbólica. En palabras de Shejtman, “*el inconsciente no cesa de escribir... lo que de lo real no cesa de no escribirse.*”<sup>91</sup>

En los años setenta es posible identificar un nuevo giro en la manera en que Lacan concibe los tres registros. En esta concepción podemos decir esquemáticamente que se combinan la articulación indisociable de los tres órdenes y la preeminencia de un nuevo concepto que se sitúa en la intersección de los tres: el *objeto a*.

Pero es en aquellos escritos y seminarios que Shejtman califica como de transición que encontramos los elementos más pertinentes para explorar lo Real de esta dislocación primaria<sup>92</sup>. Retomemos algunos de los párrafos de *Nuevas reflexiones* en los que se puntualiza el tema:

*“... la contingencia no es el reverso negativo de la necesidad sino el elemento de impureza que deforma e impide la constitución plena de ésta última. (...) Afirmar el carácter constitutivo del antagonismo, como lo venimos haciendo, no implica por lo tanto remitir toda objetividad a una negatividad que reemplazaría a la metafísica de la presencia en su papel de fundación absoluta, ya que esa negatividad sólo es concebible, precisamente en el marco de la metafísica de la presencia. Lo que implica es afirmar que el momento de indecidibilidad entre lo contingente y lo necesario es constitutivo y que el antagonismo, por lo tanto, también lo es.”*<sup>93</sup>

*“... la perspectiva que sostenemos afirma el carácter constitutivo y primordial<sup>94</sup> de la negatividad. Todo orden social, en consecuencia, sólo puede afirmarse en la medida en que reprime un ‘exterior constitutivo’ que lo niega –lo que equivale a decir que el orden social nunca logra constituirse a sí mismo como orden objetivo. Es en tal*

---

<sup>91</sup> Shejtman, F. Ob.Cit., 2003, p. 220.

<sup>92</sup> Es necesario tener en cuenta que, aunque enfatizamos esta distinción que Laclau explicita entre dislocación y antagonismo para clarificar las explicaciones y atender al desarrollo que va siguiendo la construcción teórica del autor, en *Nuevas reflexiones...* este desplazamiento aún no está completo o absolutamente establecido. Así, por momentos, como en el párrafo que citamos a continuación, se produce un cierto deslizamiento entre las nociones de dislocación y antagonismo.

<sup>93</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 44.

<sup>94</sup> En otras páginas caracteriza a la negatividad también como “fundante” aún cuando se le niega el estatuto de una fundación absoluta.

*sentido que hemos afirmado el carácter revelatorio del antagonismo: lo que en él se muestra es la imposibilidad en la última instancia de la objetividad social.”<sup>95</sup>*

Así, de la misma forma que lo Real en la elaboración lacaniana, la dislocación tal como se presenta en estos párrafos, se asocia con la negatividad como dimensión primordial de lo social y el antagonismo, discursivo, como un indicador del carácter constitutivo de esta imposibilidad. No se trata, está claro, de una negatividad pura sino de una falla, un límite o un resto que aparecen como tales en relación con la estructura simbólica. Tal como lo indica Laclau, la negatividad con la que se asocian la dislocación y el antagonismo no es un nuevo tipo de esencia que operaría como un origen absoluto sino como un límite que sólo aparece como tal en relación con una cierta “objetividad”. En este sentido, de la misma manera que lo Real se puede considerar como un resto que, sin embargo, resulta el “motor” y la condición de posibilidad de la estructura simbólico-imaginaria, la dislocación opera como obstáculo para la constitución de cualquier formación discursiva y, a la vez, como su condición de posibilidad. En otras palabras, es la misma imposibilidad que hace irrepresentable lo real del antagonismo la que “impulsa” el constante proceso de simbolización.

Siguiendo en buena medida los argumentos de Žižek<sup>96</sup>, Laclau establece en este momento tres posturas distintas respecto de la forma en que se caracteriza lo social. Desde este punto de vista, no basta oponerse al esencialismo que lo concibe como una totalidad orgánica simple. Es indispensable, al mismo tiempo, diferenciarse de aquellas posiciones teóricas que lo conceptualizan en términos de un juego de deslizamiento significativo infinito que escapa a la totalización. En este sentido, es que lo Real –en tanto que núcleo ausente que opera como límite y motor en torno del cual se constituye

---

<sup>95</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 190.

<sup>96</sup> La relación de la producción teórica de Laclau con los trabajos de Derrida tiene un grado de complejidad mayor del que se desprende de las afirmaciones polémicas de Žižek. Esto es así, en buena medida, porque lo es también la del propio Derrida con el psicoanálisis lacaniano que, en esta apuesta, parece ser la herramienta que Laclau pone en juego para diferenciarse de los planteos posestructuralistas. Sin duda, las afirmaciones más tajantes sobre la distancia entre Derrida y Lacan/ Laclau son de Žižek. Este último autor utiliza como medida la distinción entre modernidad y posmodernidad para situar al psicoanálisis lacaniano en una posición novedosa respecto de ambas miradas. Para Laclau, en cambio, el punto en el que siguiendo al psicoanálisis toma distancia de Derrida es mucho más específico e, incluso, plausible de ser articulado en la perspectiva deconstructivista: darle el nombre de Sujeto a la falla de la estructura.

una totalización necesaria e imposible- parece habilitar la configuración de la posición distintiva del autor.

Para subrayar la particularidad de esta posición epistemológica, Stavrakakis también configura un escenario en el cual el pensamiento lacaniano en el que se apoya Laclau se sitúa en oposición tanto con las posturas epistemológicas esencialistas como con las construccionistas. En palabras del autor:

*“Lacan no es un mero construccionista porque es un real-ista; es decir, en oposición a las versiones corrientes del construccionismo, la teoría lacaniana del sentido simbólico y la coherencia fantasmática sólo puede tener sentido en su relación con un real que es radicalmente externo al nivel de la construcción. Este real-ismo lacaniano es, de todos modos, extraño a todas las otras versiones habituales del realismo epistemológico en el sentido que este real no es el referente último de la significación, no es algo representable sino exactamente lo opuesto, el imposible que disloca la realidad desde adentro. Lo real no existe en el sentido de estar adecuadamente representado en la realidad; sus efectos, sin embargo, son alterar y cambiar la realidad, sus consecuencias se perciben dentro del campo de la representación. Lacan sería un construccionista si no fuera un real-ista; o quizá puede ser un verdadero construccionista (ya que su construccionismo evita los peligros solipsistas, esencialistas y objetivistas del construccionismo tradicional) justamente porque es un real-ista”<sup>97</sup>*

### **La necesaria representación de lo imposible.**

Ahora bien, Laclau despliega en este conjunto de trabajos una serie de conceptos que apuntan a dar cuenta de la manera en que, tal como lo Real, esta dislocación opera a la vez como interrupción de lo simbólico y motor de la representación. De esta forma, tres nociones estrechamente ligadas entre sí<sup>98</sup> - los significantes vacíos, la operación

---

<sup>97</sup> Stavrakakis, Y. Ob. Cit., 2007, p. 109.

<sup>98</sup> Según Laclau, “La política es posible porque la imposibilidad constitutiva de la sociedad sólo puede representarse a sí misma a través de la producción de significantes vacíos” (Laclau, E. “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?” en Ob. Cit., 1996, p.84). Por su parte, la operación de hegemonización, por la cual un elemento particular –un significante tendencialmente vacío- asume la

ideológica y la misma articulación hegemónica- suponen, en estos escritos, la presencia de un Real que subvierte la significación y son presentadas como intentos de poner en juego una representación a la vez necesaria e imposible. Laclau presenta la lógica común subyacente a estos conceptos de la siguiente manera:

*“... como en el caso del cero pascaliano, nos enfrentamos con un objeto que es a la vez imposible y necesario. En tanto imposible, es un lugar vacío en el interior de la estructura. Pero, en tanto necesario, es una ‘nada’ que producirá efectos estructurales, y esto requiere que tenga acceso al campo de la representación. Y, como en la dialéctica del cero y del uno, esta doble condición de necesidad e imposibilidad dará lugar a una inadecuación constitutiva. La plenitud del sistema, su punto de saturación imaginaria, será, como en el ejemplo de De Man, una nada que pasa a ser algo.”<sup>99</sup>*

En este párrafo el autor vincula explícitamente el “vacío interior de la estructura” con la idea de una “nada que produce efectos” que, según vimos, sirve para caracterizar lo Real lacaniano<sup>100</sup>. Al mismo tiempo, este fragmento presenta dos dimensiones de la relación entre lo Real de la dislocación y su acceso al campo de la representación que nos interesa resaltar especialmente.

En primer lugar, el acceso a lo simbólico de lo Real se caracteriza, en estos textos como constitutivamente distorsionado o inadecuado. No hay posibilidad de una presentación, de una representación propia, de aquello que está más allá de los sistemas de significación. La única forma de aparición de lo irrepresentable en el campo de la discursividad es, necesariamente, la subversión de la significación. Esto queda claro en la siguiente caracterización que el autor realiza de la operación ideológica:

---

representación fallida de la universalidad es, en el marco de este planteo, la matriz elemental de la ideología. (Zizek, S. *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Paidós, Buenos Aires, 2001, p. 197.)

<sup>99</sup> Laclau, E. Ob. Cit. 2006, p.68 -69.

<sup>100</sup> Esta asociación se enfatiza cada vez con más fuerza en los textos de Laclau posteriores a *Nuevas reflexiones...* Veamos, por ejemplo, la siguiente cita: “La representación de lo no representable constituye los términos de la paradoja dentro de la cual se construye la hegemonía –o en los términos que usáramos anteriormente, estamos tratando con un objeto que es al mismo tiempo imposible y necesario-. Esto no está lejos del terreno de la noción lacaniana de un ‘real’ que resiste la simbolización” (Laclau, E. Ob. Cit., 2002, p. 72.)

*“... la operación ideológica por excelencia consiste en atribuir esa imposible función de cierre a un contenido particular que es radicalmente inconmensurable con ella. En otras palabras: la operación de cierre es imposible pero al mismo tiempo necesaria; imposible en razón de la dislocación constitutiva que está en la base de todo arreglo estructural; necesaria porque sin esa fijación ficticia del sentido no habría sentido en absoluto. (...)*

*“Por un lado, el cierre como tal, siendo una operación imposible, no puede constituirse en torno de un contenido propio y se muestra sólo a través de su proyección en un objeto diferente de sí mismo. Por el otro, este objeto particular que en cierto momento asume la función de encarnar el cierre de un horizonte ideológico, será deformado como resultado de esta operación encarnante. (...)*

*“... lo que la distorsión ideológica proyecta en un objeto particular es la plenitud imposible de la comunidad”<sup>101</sup>*

Ahora bien, aquí se pone en juego el segundo de los ejes que nos interesa subrayar. Aquello que aparece como objeto de la operación ideológica y, por lo tanto, de representación fallida, es la plenitud ausente e imposible de la comunidad. En tanto el sistema es una totalidad estructurada en torno de una falta constitutiva, la operación ideológica encarna en un elemento particular el cierre de esa totalidad y, por lo tanto, la configuración de una “identidad” comunitaria plena. Tal como lo presenta Laclau al explicar la relación hegemónica, esta plenitud se presenta, entonces como la presencia de una ausencia:

*“Entiendo por ‘hegemonía’ una relación por la que un contenido particular asume, en un cierto contexto, la función de encarnar una plenitud ausente. Por ejemplo, en una sociedad que pasa por una profunda desorganización social, el ‘orden’ puede ser visto como el reverso positivo de una situación de anomia generalizada. La situación inicial a la que el ‘orden’ se opone es la experiencia de la carencia, la finitud y la facticidad. Pues bien, una vez que esa experiencia tiene lugar en distintos puntos del tejido social, todos ellos son vividos como equivalentes, los unos respecto de los otros, dado que –más allá de sus diferencias- todos ellos apuntan a una situación*

---

<sup>101</sup> Laclau, E. “Muerte y resurrección de la teoría de la ideología” en Ob. Cit. 2006, p. 19 – 21.

*similar de dislocación y desestructuración. De tal modo la plenitud, como reverso positivo de esta situación de falta constitutiva, es la que habrá de aportar a la comunidad su identidad ausente”*<sup>102</sup>

Como vimos, en todos estos párrafos se explica un mismo movimiento que va de la falta, que opera como motor, a su representación discursiva fallida o distorsionada. Laclau asocia directamente este movimiento con dos conceptos lacanianos cuya exploración, sin embargo, no despliega en estos textos. La primera de estas referencias, es la que remite a la identificación imaginaria. Así, Laclau asocia los términos en los que explicó el papel de la identidad plena y ausente de la comunidad con aquello que

*“... Lacan describe (como) la identificación imaginaria que tiene lugar en el estadio del espejo: ella presupone una falta constitutiva; es la identificación primaria que funciona como matriz para todas las subsecuentes identificaciones secundarias –la vida del individuo será la vana búsqueda de una plenitud que le será sistemáticamente negada-.”*<sup>103</sup>

En este sentido, nos resultan de particular interés las diversas menciones, sin duda asistemáticas, al carácter experiencial o vivido que asumen en el campo de la discursividad tanto la dislocación –bajo la forma de desorden, anomia, ira de Dios, etc.- o “el punto de saturación imaginaria” que encarna la imagen de la plenitud ausente de la comunidad. Los párrafos citados en este apartado parecen sugerir que sin esta tramitación simbólica, pero también imaginaria- vivida, la articulación hegemónica no es posible. De esta manera, y aún cuando no es posible encontrar en este momento de la obra de Laclau un desarrollo sistemático de la cuestión, se pone en juego algo de aquel rodeo imaginario que resultaba crucial para la concepción de sujeto esbozada en la “problemática althusseriana”.

El segundo de los conceptos lacanianos que aparece como referencia para pensar la especificidad de lo social como totalidad no suturada es la noción de *objeto a*. Es en

---

<sup>102</sup> Laclau, E. “Sobre los nombres de Dios” en Ob. Cit., 2006, p. 122.

<sup>103</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2006, p. 118.

este concepto que ancla la caracterización de la plenitud ausente de la comunidad como un objeto a la vez necesario e imposible. Según Laclau:

*“El sistema es lo que es requerido para constituir las identidades diferenciales, pero lo único que puede constituir al sistema –la exclusión- y hacer así posibles esas identidades, es también aquello que las subvierte. (...) El sistema (como el objet petit a en Lacan) es algo que la misma lógica del contexto requiere, pero que es, sin embargo, imposible. Está presente, si se quiere, a través de su ausencia. Pero esto significa dos cosas. La primera que toda identidad diferencial estará constitutivamente dividida: será el punto de cruce entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. Esto introduce en ella una radical indecidibilidad. La segunda, que aunque la plenitud y la universalidad de la sociedad son inalcanzables, no desaparecen: se mostrarán siempre a través de la presencia de su ausencia.”<sup>104</sup>*

En este sentido, Laclau considera que el *objeto a* lacaniano constituye un elemento clave de la ontología social. La idea de que la sociedad –como totalidad suturada- es imposible y que, por lo tanto, es siempre un elemento particular el que encarna inadecuadamente esa totalidad recorre todos los trabajos de Laclau desde *Hegemonía...* hasta *La razón populista*. En este que denominamos “segundo momento” en su construcción teórica, el *objeto a* le permite plantear en sus términos la relación que se establece entre universalidad y particularidad en la práctica política.

Ahora bien, tal como adelantamos, en el pensamiento lacaniano la noción de *objeto a* se enmarca en una problematización que vincula lo Real con el goce del viviente evacuado y encausado por su choque con la lógica significante. Tal como señala Braunstein, la “... ‘*simbolización primordial*’ es la que se hace de un real previo (la Cosa, podemos decir), mientras que los ‘*efectos*’ ulteriores (de ese real) que subsisten en la estructuración discursiva, lo que representa en ella lo que en el discurso es inarticulable, ‘*lo afectivo*’ del decir de Freud, es un real que el discurso engendra pero que no es discurso, es el *a* (objeto) que cae de él. Y vale la pena conservar siempre esta distinción entre lo real previo y lo real posterior al discurso que, sobra decirlo,

---

<sup>104</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 1996, p. 98.

remite a un tiempo lógico y no cronológico<sup>105</sup> y que muestra la función de corte que tiene la palabra entre la Cosa (anterior) y el objeto a (posterior), entre un goce del ser y otro goce efecto de la castración (Ley del lenguaje) que es el goce fálico, ese que corre tras el objeto a que causa el deseo”<sup>106</sup>

En ese sentido, la noción de *objeto a* no supone el simple cortocircuito entre particularidad y universalidad que Laclau presenta como constitutivo del juego significante; no es tan sólo un significante particular que asume el lugar de la universalidad imposible. En los desarrollos que trabajamos hasta el momento Laclau sólo rescata aquella dimensión de lo Real lacaniano que, en tanto límite de la significación, le permiten enfatizar el carácter no suturado de cualquier formación discursiva.

Ahora bien, la puesta en juego de la noción de *objeto a* supone, como indica el citado párrafo de Braunstein, una problematización de otro orden. En primer lugar, a través de la conceptualización del *objeto a* –como objeto pulsional- Lacan vincula lo Real con aquel goce mítico perdido del viviente que la máquina significante mortifica. En este sentido podría sostenerse que aquello que, a la vez, queda elidido y opera como motor de la articulación significante es el goce, y los objetos, en cuanto tales, funcionan como lugar de satisfacción de ese goce fálico producto de la articulación significante. Asimismo, la noción de *objeto a* pone en juego, también, lo “afectivo” en la medida en que no sólo es objeto de goce sino, a su vez, causa del deseo, presente de esta manera en la matriz fantasmática que moldea las identificaciones simbólicas e imaginarias. Esta doble caracterización supone, por lo tanto, una articulación de los tres registros trabajados por Lacan (Real, Simbólico e Imaginario).

En *La razón populista* el autor da unos pocos pasos en esta dirección al considerar el *objeto a* en relación con la pulsión y enfatizar la importancia de la

---

<sup>105</sup> Es sumamente importante atender a esta indicación del propio Braunstein. La distinción de un Real1, pre-simbólico, y un Real2, posterior al discurso puede resultar una matriz útil para organizar los planteos de Lacan. Sin embargo, es imprescindible subrayar que en la medida en que lo Real no puede acceder a la representación toda caracterización de este Real pre-simbólico no es más que “... nuestra hipótesis acerca de él, que es siempre un efecto retroactivo de la castración simbólica. La falta simbólica, la falta de jouissance en el Otro, crea el deseo de una completud imaginaria que se proyecta sobre nuestra representación de lo real. (...) Lo más cerca que podemos llegar a ese Real presimbólico o no simbolizable es a través de los puntos de falla de lo Simbólico, pero esto tampoco nos suministra una descripción positiva de lo que es ‘realmente’ lo real presimbólico” (Stavrakakis, Y. Ob. Cit, 2007, p. 83.)

<sup>106</sup> Braunstein, N. *El goce. Un concepto lacaniano.*, FCE, Buenos Aires, 2006, p. 93.

dimensión afectiva para dar cuenta de los fenómenos políticos. Sin embargo, en los textos que venimos analizando Laclau no recupera la forma en que lo Simbólico y lo Real, aún cuando se intersectan y se subvierten mutuamente, remiten a dos órdenes distintos e irreconciliables (significante y goce). Por el contrario, en estos escritos de Laclau, el *objeto a* se sitúa por entero en el cruce de dos lógicas puramente significantes (equivalencia y diferencia)<sup>107</sup>. De esta manera, el tratamiento de la dimensión afectiva que la misma noción de *objeto a* implica –ya sea a través de un trabajo con lo Real que explore su vinculación con el goce o de la puesta en juego de conceptos como fantasma o deseo para cuya comprensión es necesaria la incorporación del registro de lo Imaginario-, y que podrían aportar nuevos elementos para pensar las modalidades de intervención de los sujetos políticos, se encuentran por completo ausentes en la primera aproximación aquí ensayada.

### **Sujeto y estructura**

Ahora bien, el argumento principal del mencionado artículo en el que Zizek destaca la manera en que lo Real lacaniano se encuentra operando en los planteos teóricos de Laclau y Mouffe, no apuntaba sólo a destacar la centralidad y el carácter disruptivo de la noción de antagonismo social. Desde el punto de vista del filósofo esloveno, la noción de antagonismo social introduce elementos teóricos que les permitirían a los autores diferenciar al sujeto –como concepto ontológico que al señalar la falta de ser, aparece como condición de posibilidad de su constitución- de las posiciones de sujeto o identificaciones cristalizadas en el discurso y, por lo tanto, construir herramientas teóricas para pensar los aportes de las subjetividades en la institución de lo social.

---

<sup>107</sup> En este mismo sentido, Glynos, J. y Stavrakakis, Y., indican que en la perspectiva lacaniana estos límites internos reales –y productivos – de la significación son positivizados en dos dimensiones distintas. “En el nivel simbólico, son positivizados como los significantes estructuralmente significativos llamados significantes-amos; en el nivel imaginario, son positivizados en forma de *objets petit a*. (...)”. Según ellos esta doble inscripción está ausente de los planteos de Laclau que termina asociando, más bien, los significantes vacíos al objeto a. Por eso para ellos resulta “curioso que Laclau jamás se haya referido a la categoría de significante-amo (a pesar de las afinidades terminológicas y teóricas que ésta comparte con el significante vacío y el punto nodal de Laclau); pero sí ha mencionado el *objet petit a* (pese a su vínculo inherente con la jouissance)” (Glynos, J. y Stavrakakis, Y. “Encuentros del tipo real. Indagando los límites de la adopción de Lacan por parte de Laclau” en Critchley, S. y Marchart, O., Ob. Cit., 2008, p. 257 – 258).

En *Hegemonía...* se oponía a la concepción clásica del sujeto como plenitud, la noción de posiciones de sujeto como efectos de las relaciones estructurales. Más adelante, sin embargo, en los artículos y las entrevistas publicados en *Nuevas Reflexiones...* Laclau distingue la noción de posiciones de sujeto de sus propios planteos. Así comienza a plantar los lineamientos para una problematización que, desde nuestro punto de vista, no se encontraba trabajada en las páginas dedicadas a la cuestión del sujeto en su libro de 1985. Según el autor:

*“... Yo nunca he sostenido el punto de vista de que el sujeto es construido pasivamente por las estructuras, ya que la lógica misma de la hegemonía como terreno primario de constitución de la subjetividad presupone una falla en el centro mismo de las estructuras –es decir, la imposibilidad de estas últimas de alcanzar una autoidentidad. La falta es precisamente el locus del sujeto, cuya relación con las estructuras tiene lugar a través de varios procesos de identificación (en el sentido psicoanalítico). En la teoría althusseriana de la interpelación –que he usado en mis primeros trabajos- está presente, sin duda, la noción spinoziana de un ‘efecto sujeto’, que deriva meramente de la lógica de las estructuras. Esto deja de lado el hecho de que la interpelación es el terreno de la producción del discurso, y de que a los efectos de ‘producir’ sujetos de modo exitoso estos últimos deben identificarse con la interpelación. El énfasis althusseriano en la interpelación como mecanismo funcional de la reproducción social no deja suficiente espacio para estudiar la construcción de sujetos desde la perspectiva de los individuos que reciben esas interpelaciones. La categoría de falta está por lo tanto ausente. Pero lo que se subraya en mis trabajos, incluso en mis primeros trabajos, es algo diferente. La interpelación es concebida como parte de un proceso hegemónico articulador abierto y contingente que no puede ser confundido en ningún sentido con la ‘eternidad’ spinoziana.”<sup>108</sup>*

En la misma entrevista, Laclau sostiene que existe una estrecha relación entre la dislocación como aquello que requiere y a la vez inhibe la sutura de lo social, y la caracterización del sujeto como “falta en ser”. Es que si, por un lado, el sujeto está siempre constituido en torno a una imposibilidad, al mismo tiempo, “... es la misma

---

<sup>108</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 219 –220.

*ausencia dentro de la estructura lo que está en el origen del sujeto. Esto quiere decir que no tenemos simplemente posiciones de sujeto dentro de la estructura sino también al sujeto como un intento de llenar las brechas estructurales.”*<sup>109</sup>

Ahora bien, al asociar la falla de la estructura con el sujeto, el autor incorpora una nueva dimensión de la concepción lacaniana de sujeto que, como señalamos, no sólo se opone al sujeto de conciencia de la filosofía clásica sino que también toma distancia respecto de las críticas pos-estructuralistas que enfatizan su carácter fragmentario.

Dos conceptos centrales presentes en la perspectiva lacaniana emergen y se entrelazan, entonces, en este punto de la producción teórica de Laclau para pensar la constitución de los sujetos políticos: decisión e identificación. Según las palabras del autor:

*“La dislocación es la fuente de la libertad. Pero esta no es la libertad de un sujeto que tiene una identidad positiva sino la libertad derivada de una falla estructural, por lo que el sujeto sólo puede construirse una identidad a través de actos de identificación. Pero como estos actos de identificación – o de decisión- tienen lugar en el terreno de una indecibilidad estructural radical, toda decisión presupone un acto de poder. (...) El creador ha sido ya parcialmente creado a través de sus formas de identificación con una estructura en la que ha sido arrojado. Como esta estructura es, sin embargo, dislocada, la identificación no llega nunca al punto de una identidad plena. (...) Tenemos así, por un lado, la decisión –es decir, la identificación en tanto diferente de la identidad-; por el otro, las huellas de la decisión discernibles en la decisión –es decir, el poder.”*<sup>110</sup>

---

<sup>109</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2003, p. 63.

<sup>110</sup> Laclau, E. Ob.Cit. 2000, p. 76.

Así, siguiendo las elaboraciones de Derrida y Lacan<sup>111</sup>, Laclau sostiene que el momento de la decisión es un “momento de locura” en la medida en que no reconoce un principio de fundamentación externo a sí mismo. De esta forma, la dislocación estructural se piensa en términos de una distancia entre una estructura concebida como terreno de indecibilidad y una decisión que, por no estar determinada por la estructura a partir de la cual es tomada, produce deslizamientos, rearticula elementos y da forma a una nueva red de relaciones.

Dos características aparecen subrayadas respecto del estatuto de la decisión: 1) la manera paradójica en que opera como “comienzo” infundamentado y violento<sup>112</sup>; 2) la estrecha vinculación, que linda con la sinonimia, entre los conceptos de decisión e identificación. Este carácter primario y poiético de la decisión y su relación con el problema de la identificación, por su parte, vuelven a ser enfatizados en *Emancipación y diferencia*. Así, según Laclau:

*“... la estructura no está plenamente reconciliada consigo misma, (...) ella está habitada por una falta originaria, por una radical indecidibilidad que necesita ser constantemente superada por actos de decisión. Estos actos son, precisamente, los que constituyen al sujeto, que sólo puede existir como voluntad que trasciende la estructura. Porque esta voluntad no tiene lugar de constitución que sea externo a la estructura, sino que es el resultado del fracaso de la estructura en autoconstituirse, ella sólo puede formarse a través de actos de identificación.”*<sup>113</sup>

---

<sup>111</sup> Laclau utiliza explícitamente las elaboraciones de Derrida y Lacan para darle forma a su propio planteo. Sin embargo, cabe resaltar que en la construcción teórica de estos tres pensadores (Lacan, Derrida y Laclau) en torno de la noción de decisión es posible identificar los ecos de formulaciones tan disímiles como las de Kierkegaard, Heidegger, Sartre o, incluso, Schmidt. Es que más allá de las grandes diferencias respecto de la noción de sujeto de la cual cada uno parte, todos ellos insisten en reivindicar el hecho de que la decisión no es el producto necesario de una cadena argumentativa racional sino más bien su interrupción.

<sup>112</sup> Según Laclau “la decisión tiene lugar entre indecibles estructurales, (por lo cual) el tomarla sólo puede significar la represión de las decisiones alternativas que no se realizan.” (Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 47) Queda por explorar, entonces, la manera en que Laclau piensa la decisión en términos de una elección entre opciones posibles. Esto, arriesgamos, adquiere sentido teniendo en cuenta que la decisión tiene lugar siempre en un fondo de prácticas sedimentadas que hacen que nunca pueda ser *ex nihilo*, sino siempre un desplazamiento en la red de relaciones, tal como lo sostiene el propio Laclau.

<sup>113</sup> Laclau, E. “Poder y representación” en Ob. Cit., 1996, p. 162 –163.

Lo que se enfatiza en esta ligazón entre Sujeto, decisión e identificación/constitución es que si el sujeto es falta, la “identidad” no puede pensarse como una esencia que preexiste a los efectos de transformación o articulación que genera. Laclau sostiene que la distancia estructural en la que interviene la decisión es el momento del Sujeto antes de la subjetivación y en esto las huellas del psicoanálisis lacaniano son inconfundibles<sup>114</sup>. Según Jorge Alemán,

*“... en el Campo Freudiano siempre hubo una inmixión entre estructura y decisión a la hora de formular una teoría de la subjetividad.”<sup>115</sup> y*

*“Mientras la estructura describe una combinatoria, una regularidad, e incluso, como se decía antes, una sobredeterminación, en cambio la ética implica apuesta, elección, en definitiva decisión. Teniendo en cuenta esto, la enseñanza de Lacan es una inmixión de estos dos términos...*

*“La estructura no se concibe sin decisión o elección subjetiva, y a la vez esta decisión sucede siempre en la estructura. (...)*

*“...lo que aparta a Lacan del estructuralismo y lo inclina hacia la ética es, utilizando un término quizás discutible, una posición ‘decisionista’. Posición que tiene sus antecedentes inmediatos en Heidegger y Sartre. Por decisionismo lacaniano entendemos que en la experiencia psicoanalítica no sólo se trata de mecanismos estructurales, sino también de elecciones subjetivas que tienen su modelo en la elección forzada.”<sup>116</sup>*

Lo que pone de relieve la distinción entre sujeto y subjetivación, entonces, es que la constitución de los sujetos políticos es producto de un proceso en el cual estos

---

<sup>114</sup> El propio Laclau sostiene que, a la hora de evaluar la manera en que se vinculan en su planteo las nociones de sujeto y decisión, “hay quienes han argumentado que llegué a estas conclusiones haciendo un desvío (detour) a través de una lógica de la carencia que no se encuentra en la tradición deconstructivista. Eso es cierto, pero no logro ver de qué manera podría ello constituir una crítica válida. Por empezar, no encuentro en la deconstrucción nada que pudiera resultar incompatible con ese desvío. Y, por otra parte, creo que la deconstrucción puede enriquecerse en gran medida mediante un proceso de entrecruzamiento con otras tradiciones teóricas –la teoría lacaniana sería la más relevante para la cuestión que nos ocupa-.” (Laclau, E. “Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía” en Mouffe, C. (comp.) Ob. Cit., 1998, p. 124)

<sup>115</sup> Alemán, J. “Notas sobre Lacan y Sartre: el decisionismo.” En *Notas Antifilosóficas*, Grama ediciones, Buenos Aires, 2003, p. 10.

<sup>116</sup> Alemán, J. Larriera, S. *Lacan: Heidegger*, Ediciones del cifrado, Buenos Aires, 1996, p. 112- 113.

mismos sujetos se encuentran, de alguna manera, implicados y del cual, por lo tanto, no son su simple efecto. Según el autor:

*“...la estructura no logra determinarme, pero no porque yo tenga una esencia al margen de la estructura, sino porque la estructura ha fracasado en el proceso de su constitución plena y, por consiguiente, también en el proceso de constituirme como sujeto. No es que haya algo en mí que la estructura oprímia y que su dislocación libera; soy simplemente arrojado en mi condición de sujeto porque no he logrado constituirme como objeto. La libertad así ganada respecto de la estructura es, por lo tanto, inicialmente, un hecho traumático. Estoy condenado a ser libre, pero no, como los existencialistas lo afirmarían, porque yo no tenga ninguna identidad estructural, sino porque tengo una identidad estructural fallida. **Esto significa que el sujeto parcialmente se autodetermina; pero como esta autodeterminación no es la expresión de algo que el sujeto ya es sino, al contrario, la consecuencia de su falta de ser, la autodeterminación sólo puede proceder a través de actos de identificación.**”<sup>117</sup>*

De la misma manera, entonces, que lo social se constituye como una comunidad plena a través de un proceso simbólico imaginario en la medida en que es una estructura fallada, aquí *“(s)i hay necesidad de identificación, es porque no hay identidad en primer lugar. Pero, en ese caso, aquello con lo cual me identifiqué no es solamente su propio contenido particular. Es también uno de los nombres de mi completitud ausente, el reverso de mi carencia original”<sup>118</sup>*

Es en este campo problemático que el autor considera que el concepto psicoanalítico de identificación tiene una fuerte relevancia a la hora de pensar la forma en que se constituyen las identidades políticas. O, aún más, que el problema esencial de la política es el de la identificación/constitución de los sujetos políticos y el necesario fracaso en conformar una identidad plena que esta noción supone<sup>119</sup>.

---

<sup>117</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 60. Las negritas son nuestras.

<sup>118</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 1998, p. 117.

<sup>119</sup> Laclau, E. y Zac, L. “Minding the Gap: The Subject of Politics” en Laclau, E. (ed.) *The Making of Political Identities*, Verso, Londres, 1994, p. 35.

Ahora bien, la idea de que los sujetos políticos se constituyen como tales en sus intervenciones en el orden simbólico nos vuelve a remitir a la preocupación althusseriana por explicar la constitución de los sujetos ideológicos mediante la noción de interpelación. Recordemos que este eje de la “problemática althusseriana” que Laclau había comenzado a explorar en los artículos de *Política e Ideología...*, fue luego dejado a un lado en las discusiones en torno del estatuto del sujeto puestas en juego en *Hegemonía y estrategia socialista*. En este terreno, entonces, el énfasis en la vinculación entre la noción de totalidad fallada e identificación aporta elementos para pensar los sujetos políticos que no puede brindar aquella concepción del sujeto ideológico para el cuál, tal como lo decía Althusser, todas las respuestas estaban ya dadas en una estructura ideológica suturada. No hay dudas de que este planteo, al subrayar el carácter dislocado de la objetividad social y el necesario fracaso de la identificación a la hora de constituir una identidad plena permite aprehender unos escenarios políticos en los que la inestabilidad y los cruces en la conformación de subjetividades políticas es la norma. Ahora bien, la asociación de la identificación y su motor – la falta de ser- con la parcial autodeterminación y la libertad del sujeto a través de la noción de decisión resulta, por lo menos, oscura.

Es evidente que, apoyado en la concepción del sujeto como “falta en ser”, Laclau pretende resignificar las nociones de decisión, autodeterminación, libertad, etc. que pone en juego para pensar las modalidades de constitución/ intervención de los sujetos políticos. Desde su punto de vista, la distancia con el ‘decisionismo’ está dada porque en su propio planteo,

*“...el sujeto que toma la decisión es sólo parcialmente un sujeto; el es también un escenario de prácticas sedimentadas que organizan un marco normativo que opera como una limitación sobre el horizonte de opciones (...) y por lo tanto, su decisión nunca va a ser ex nihilo sino un desplazamiento- dentro de las normas sociales existentes- del objeto imposible de la inversión ética (las formas alternativas de nombrarlo).”<sup>120</sup>*

---

<sup>120</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2003, p. 90.

Sin embargo, no es posible encontrar en estos textos una definición y una articulación lo suficientemente clara de los mismos que, en este nuevo marco, se logre deshacer de la “inercia semántica voluntarista”<sup>121</sup> que conllevan. El intento de romper con un modelo de decisión “yoica” y conciente que se enmarca en la empresa lacaniana -y arrastra algunas de sus deudas y sus impasses- no llega, desde nuestro punto de vista, a dar una respuesta contundente respecto del estatuto problemático de una decisión que acontece en el sujeto y lo constituye a la vez que lo tiene como motor. Esto se encuentra acentuado por una utilización muy poco sistemática de términos como sujeto, agente, identificación y posición de sujeto que -si bien se distinguen- aparecen, por momentos, solapados. Cabe como ejemplo citar un nuevo párrafo en el que algunas de las cuestiones señaladas respecto del sujeto se repiten poniendo en juego el término agente:

*“... el agente de esa decisión contingente no debe ser considerado como una entidad separada de la estructura, sino constituido en relación con ella. Si el agente no es, sin embargo enteramente interior a la estructura, esto se debe a que la estructura misma es indecible y en tal sentido no puede ser enteramente repetitiva, ya que las decisiones tomadas a partir de ella –pero no determinadas por ella- la subvierten y la transforman de manera constante. Y esto significa que los agentes mismos transforman su propia identidad en la medida en que actualizan ciertas posibilidades estructurales y desechan otras.”*<sup>122</sup>

## **Sujeto y política**

Ahora bien, la relación entre sujeto, decisión e identificación que presentamos en el apartado anterior, tiene dos consecuencias importantes a la hora de pensar la política. En primer lugar, la explicitación de los vínculos entre su propio concepto de antagonismo social y lo Real lacaniano, por un lado, y la incorporación de las nociones de sujeto -como falta de ser- y subjetivación – en tanto proceso de identificación/decisión en el que se juega algo del sujeto-, por otro, llevan a Laclau a poner en juego

---

<sup>121</sup> Alemán, J. Ob. Cit., 2003, p. 20.

<sup>122</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 46 - 47.

una concepción particular de lo político<sup>123</sup>. Desde su punto de vista, lo político puede pensarse como el espacio de lo indecible en el que, por lo tanto, se pone en juego algo del orden de la creación social. Según el autor:

*“Las formas sedimentadas de la ‘objetividad’ constituyen el campo de lo que denominaremos ‘lo social’. El momento del antagonismo, en el que se hace plenamente visible el carácter indecible de las alternativas y su resolución a través de relaciones de poder es lo que constituye el campo de ‘lo político’. (...) es la propia distinción entre lo social y lo político la que es constitutiva de las relaciones sociales. Si por un lado es inconcebible una sociedad de la que lo político hubiera sido enteramente eliminado – pues implicaría un universo cerrado que se reproduciría a través de prácticas meramente repetitivas- por el otro un acto de institución política pura y total es también imposible: toda construcción política tiene siempre lugar contra el telón de fondo de un conjunto de prácticas sedimentadas. (...)”*<sup>124</sup>

Resulta indispensable, desde este punto de vista, distinguir entre la política constituida en la trama simbólica y lo político, dimensión irreductible que tal como lo Real lacaniano determina en su negatividad las formas que toma la realidad política. Según Stavrakakis, los planteos de Laclau, Mouffe, Beck y Lefort, entre otros, coinciden en presentar lo político “como una modalidad particular de lo real” o, más específicamente y tal como habíamos señalado unas páginas más atrás que indicaba Lacan respecto del trauma “como una de las formas de encuentro con lo real”<sup>125</sup>.

Tal como lo señalamos, entonces, la manera en que se plantea una dimensión política en términos de creación social aparece signada por la incorporación de un conjunto de conceptos provenientes del psicoanálisis. Así, a la luz de las nociones de lo Real lacaniano –en tanto que resto de la estructura que opera, al mismo tiempo, como su condición de posibilidad- y del sujeto –como falta de ser-, el espacio social es concebido como la creación siempre fallida de los sujetos políticos que en él mismo se

---

<sup>123</sup> En buena medida, esta manera de pensar lo político no es original y puede ser legítimamente vinculada con las concepciones de autores como Cornelius Castoriadis, Alain Badiou o, incluso –aunque con cierta lejanía respecto de los supuestos teóricos implicados- Hannah Arendt.

<sup>124</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 51 – 52.

<sup>125</sup> Stavrakakis, Y. Ob. Cit., 2007, p. 114.

constituyen como tales. En un capítulo de *El espinoso sujeto* dedicado al análisis de la manera en que Laclau, Badiou, Ranciere y Balibar piensan lo político, Zizek examina esta cuestión:

*“¿Cómo entra la subjetividad en este proceso de la universalización hegemónica? Para Laclau, el sujeto es el agente que realiza la operación de hegemonizar, que sutura el universal con un contenido particular. El sujeto no es un agente sustancial, sino que surge de un acto de decisión/ elección no basado en ningún orden fáctico dado de antemano.*

*“La operación de hegemonización en cuyo curso emerge el sujeto es la matriz elemental de la ideología; la hegemonía involucra una especie de cortocircuito estructural entre particular y universal, y la fragilidad de toda operación hegemónica reside en el carácter en última instancia ilusorio de este cortocircuito (resultado contingente de una lucha). Toda operación hegemónica es ideológica. Cualquier orden del ser es siempre y en sí mismo la sedimentación de algún acontecimiento pasado, la normalización de un acontecimiento fundador. Todo orden ontológico positivo se basa ya en una decisión ético política renegada.”<sup>126</sup>*

Pero entonces, y esto es lo que nos gustaría resaltar en segundo lugar, lo político resulta ser, por excelencia, la propia constitución de los sujetos o, más precisamente, de sus “identidades” colectivas. A la vez, en tanto se identifica la noción de Sujeto con ese momento de decisión contingente que, al mismo tiempo, es el momento político que funda la objetividad social, por definición, todo sujeto -en sentido radical- es necesariamente político.

En conclusión, es indudable que la cuestión del sujeto, el problema de la subjetivación o identificación, su relación con el carácter no suturado del orden simbólico y su vinculación con lo político toman una nueva dimensión a partir de la incorporación de la serie de conceptos del psicoanálisis lacaniano que examinamos. El principal aporte de estos conceptos se centra en la discusión en torno del estatuto de lo social como una totalidad no suturada. Si retomamos los párrafos del autor citados al

---

<sup>126</sup> Zizek, S. Ob. Cit., 2001, p. 197.

comienzo de este capítulo respecto de los aportes del psicoanálisis a la teoría social podemos coincidir en que el eje de sus preocupaciones está en trabajar como “*la lógica del significante como lógica del desnivel estructural y de la dislocación (...) preside la posibilidad/ imposibilidad de la constitución de toda identidad.*”<sup>127</sup>

Ahora bien, la manera en que la lógica significante aporta elementos para una conceptualización de lo social entendido en términos de totalidad no suturada y, por ello mismo, como terreno de constitución de las subjetividades políticas es una cuestión que se encuentra trabajada en *Hegemonía y estrategia socialista*. En este planteo, sostuvimos en el capítulo 3, Laclau se sirve tanto de Lacan como de Foucault y Derrida para formular el carácter “dislocado” de cualquier sistema de relaciones y sus implicancias. Esto, sin duda, resulta un mérito frente a los límites que las elaboraciones de Althusser encontraban en este plano. En los escritos de Laclau analizados en este capítulo, sin embargo, el autor no parece ir mucho más allá en la medida en que se queda en una mera asociación de términos (Real-dislocación/ Simbólico-discurso). Esta operación deja sin explorar la productividad y la pertinencia para el análisis de los fenómenos políticos del problema del goce que la noción de lo Real supone.

Por otro lado, no parece que Laclau haya trabajado “*la construcción de sujetos desde la perspectiva de los individuos que reciben esas interpelaciones*” tal como había prometido en el párrafo que citamos unas páginas atrás. La apropiación que realiza de ciertos elementos de la enseñanza lacaniana le sirven para profundizar la reflexión sobre el mecanismo de constitución de las identidades y para postular cierta participación del sujeto en este proceso -cuestión que desde nuestro punto de vista se encontraba absolutamente ausente en *Hegemonía*-. Sin embargo, este último asunto se plantea de manera un tanto enigmática y no es posible hallar herramientas teóricas que permitan aproximarse al análisis de las vivencias subjetivas que se mencionan asistemáticamente como parte de la lógica política, ni a las modalidades que pueden tomar en el proceso de constitución de las subjetividades políticas o al carácter de su participación en las distintas formas de intervención. En este sentido, y aún cuando los desarrollos en torno de la cuestión de la identificación implican la recuperación de un eje de la “problemática althusseriana” que habíamos señalado como central a la hora de pensar

---

<sup>127</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2000, p. 110.

los sujetos de la política, las formulaciones de Laclau no llegan a alcanzar el desarrollo y el grado de articulación de los planteos althusserianos respecto del tema.

## Capítulo 5:

### **La centralidad del afecto en la política: entre la identificación y la lógica del *objeto a*.**

Según vimos en el capítulo anterior, la incorporación de categorías del psicoanálisis llevaron a Laclau, en lo que denominamos un “segundo momento” de su producción, a las puertas de una indagación sobre la constitución de los sujetos políticos y la comprensión del terreno social como una totalidad no suturada, que pretende incorporar la dimensión de la subjetividad al análisis político. Las nociones del psicoanálisis que el autor puso en juego en esta empresa suponen una problematización de lo que sin mucha precisión podemos denominar “inversión afectiva”. Así, tanto las exploraciones en torno del sujeto y la identificación, las menciones del *objeto a* o la investigación respecto de la relación entre los registros de lo Real y lo Simbólico se encuentran en la problemática psicoanalítica estrechamente ligados con conceptos como, por ejemplo, Imaginario, deseo o goce. Sin embargo, esta dimensión no se encuentra trabajada en los escritos y ensayos que analizamos hasta el momento.

Ahora bien, en *La razón populista*, guiado por una indagación en torno a “*la lógica de formación de las identidades colectivas*”, Laclau va a trabajar la importancia del afecto en la configuración de las relaciones sociales y la productividad de la nominación en la constitución de las identidades colectivas. En este capítulo, entonces, nos vamos a centrar en la forma en que en éste que describimos como un “tercer momento” de su producción, Laclau, sin poner en cuestión la idea de que los sujetos son efecto de las estructuras objetivadas, comienza a resaltar la necesidad de construir categorías para incorporar la dimensión afectiva al análisis de las intervenciones políticas. Los dos ejes en los que se apoya esta búsqueda son la noción de identificación

como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona”<sup>128</sup> y la lógica del *objeto a* que, en tanto objeto de satisfacción pulsional, constituye para Lacan una particularidad capaz de encarnar la totalidad perdida.

Desde el punto de vista del recorrido que venimos realizando sobre la producción teórica de Laclau, es posible destacar dos características comunes a ambos núcleos teóricos. Por un lado, tanto la noción de identificación como la problemática del *objeto a* se encuentran presentes en escritos anteriores del filósofo político argentino. Ya vimos como en varios artículos, el concepto de identificación es puesto en juego para cuestionar la categoría de identidad y pensar la centralidad de la constitución de los sujetos en el análisis político. Asimismo, y si bien es apenas mencionada, la lógica del *objeto a* ya había sido utilizada por Laclau para oponer a otras formas de concebir el espacio social una en la que el cortocircuito entre particularidad y universalidad permite pensar la totalidad social como, a la vez, necesaria e imposible.

Pero, al mismo tiempo, cabe resaltar que tal como se encuentran trabajados en *La razón populista* ambos núcleos teóricos se encuentran convocados y asociados por una característica común que, como resaltamos, había estado ausente en las anteriores indagaciones de Laclau. Ambas nociones, reiteramos, ponen en juego el afecto<sup>129</sup> como dimensión central de la subjetividad y como factor explicativo tanto de la constitución/intervención de los sujetos políticos como de la configuración política del espacio social. En otras palabras, ambas nociones contribuyen a complejizar los dos carriles por los que venimos llevando adelante la exploración teórica en el presente escrito: discurso y sujeto.

### ***La razón populista***

Antes de desplegar el examen sobre la manera en que las nociones de identificación y *objeto a* contribuyen a la construcción de herramientas para el análisis

---

<sup>128</sup> Freud, S. *Psicología de las masas y análisis del yo*, (1921) en *Obras Completas, Tomo XVIII*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004, p. 99.

<sup>129</sup> Utilizamos para indicar esta dimensión de análisis el término que presenta el propio Laclau a pesar de su ambigüedad y su falta de especificidad ya que en este nivel de la investigación permite aludir a una variada serie de conceptos que analizaremos más adelante.

político de Laclau, cabe realizar una breve presentación del contexto en el que ellas son trabajadas, es decir, de las características generales de *La razón populista*.

El esqueleto teórico básico sobre el que se estructura el libro, publicado en el año 2005, no se diferencia sustancialmente del desarrollado a partir de *Hegemonía y estrategia socialista*. Más bien podemos decir que este texto produce una suerte de complejización y sistematización del terreno teórico -configurado por la concepción de lo social como discursivo, la lógica de la diferencia y de la equivalencia, los significantes vacíos y flotantes y la articulación hegemónica- que el texto de 1985 había apuntalado.

La apuesta explícita del libro, sin embargo, es discutir la forma en que fue pensado el populismo en la teoría política clásica. De esta manera, le opone a aquella mirada que, partiendo de una reducción de la política a una técnica de administración, lo ve como un fenómeno a la vez marginal e inaprehensible, la idea de que se trata de “*un modo de construir lo político*”<sup>130</sup> cuyas lógicas específicas “*están inscriptas en el funcionamiento real de todo espacio comunitario.*”<sup>131</sup> En palabras del autor, la hipótesis que va a guiar su indagación teórica es

*“que el impasse que experimenta la teoría política en relación con el populismo está lejos de ser casual, ya que encuentra su raíz en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político; que el ‘populismo’, como lugar de un escollo teórico, refleja algunas de las limitaciones inherentes al modo en que la teoría política ha abordado la cuestión de cómo los agentes sociales ‘totalizan’ el conjunto de su experiencia política.”*<sup>132</sup>

Desde este punto de vista, tal como adelantemos, la reflexión sobre el populismo es el ámbito en el que se cristalizan y sistematizan algunas de las reflexiones que, surgidas de los impasses de *Hegemonía...*, Laclau fue desplegando en distintos artículos entre los años 1985 y 2005. Este es el marco, entonces, en el que las nociones ligadas al psicoanálisis que vamos a analizar en las páginas que siguen configuran una

---

<sup>130</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 11.

<sup>131</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 10.

<sup>132</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 16.

complejización de las nociones de discurso y sujeto trabajadas por el autor. Ahora bien, sin duda no es casual que el contexto de emergencia de la preocupación por buscar herramientas teóricas que den cuenta del papel del investimento afectivo en la acción política sea la apuesta por moldear una conceptualización del populismo, que es calificado de irracional e indefinible desde otras perspectivas, como clave de desciframiento de las lógicas que explican la construcción del espacio político y las intervenciones subjetivas que participan en su configuración.

## **La identificación**

En lo que llamamos un “segundo momento” en su producción teórica, Laclau presentó la noción de identificación estrechamente ligada a la de decisión como un camino para conceptualizar el mecanismo, político por excelencia, de constitución de las “identidades” y para postular cierta participación del sujeto en este proceso.

En esta ocasión, la puerta de entrada para la reflexión sobre la noción de identificación es a través de un recorrido por las perspectivas teóricas que en el siglo XIX se ocuparon de caracterizar el comportamiento político de las masas. En este marco, Laclau rescata el escrito *Psicología de las masas y análisis del yo* publicado por Sigmund Freud en 1921 como un hito fundamental para la comprensión de este fenómeno. Tal como lo indica Laclau, el progreso radical que se pone en juego en este ensayo tiene como punto de partida el cuestionamiento de la distinción tajante entre psicología individual y psicología social. En palabras del autor:

*“Freud comienza su trabajo afirmando que la oposición entre psicología individual y psicología social pierde buena parte de su nitidez si se la considera más detenidamente, porque desde el principio de su vida, el individuo esta invariablemente vinculado a otra persona.”*<sup>133</sup>

Dos cuestiones se desprenden de este original punto de partida. En primer lugar, desde este punto de vista la psicología individual es concebida necesariamente, al mismo tiempo, como psicología social. En segundo lugar, el lazo social debe pensarse

---

<sup>133</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p.75.

en la misma clave con la que se conciben las relaciones que nos unen a los demás desde el comienzo de nuestra vida. Es decir, utilizando las palabras del propio Freud, “*en la vida anímica del individuo el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo*”<sup>134</sup>.

Ahora bien, estos vínculos tienen una carga afectiva innegable. Si consideramos que son el anclaje de las relaciones sociales no podemos más que afirmar con Freud, dirá Laclau, que “*el lazo social es un lazo libidinal*”<sup>135</sup>. En tanto lazos emocionales que unen al grupo, los vínculos sociales pueden ser concebidos, entonces, como “*pulsiones de amor que se han desviado de su objeto original y que siguen, de acuerdo con Freud, un modelo muy preciso: el de las identificaciones.*”<sup>136</sup>

En este contexto, entonces, Laclau se sirve del carácter central que tiene la noción de identificación -que “*como tal establece precisamente un lazo social, es en sí misma lazo social*”<sup>137</sup>- en la configuración de Freud, para subrayar la carga libidinal que las relaciones sociales conllevan y marcar la similitud entre los mecanismos de constitución de las subjetividades individuales y colectivas.

Según Laclau es posible encontrar tres formas principales de identificación en Freud<sup>138</sup>: la primera, con el padre; la segunda, con el objeto de elección amorosa; y la tercera, a raíz de la percepción de una cualidad común compartida con otras personas que no son objeto de las pulsiones sexuales. En *La razón populista*, el autor sostiene que es este tipo de identificación la que se da principalmente entre los miembros de un grupo y que descansa en la naturaleza del lazo con el líder. La identificación entre los miembros de un grupo de estas características está signada por la manera en que cada uno de ellos inviste libidinalmente la figura del líder y lo ubica en el lugar del ideal del

---

<sup>134</sup> Freud, S. Ob. Cit., 2004, p. 67.

<sup>135</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 10.

<sup>136</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 77.

<sup>137</sup> Miller, J. A. *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 2006a, p.16.

<sup>138</sup> Según Mazzuca, en la lectura de Lacan “se sistematizan las identificaciones freudianas al distinguirlas en tres tipos: la identificación primaria, la identificación regresiva y la identificación histérica. A medida que la enseñanza de Lacan se difunde y esa lectura es cada vez más conocida, se ha comenzado a escuchar casi al modo de un catecismo, que en Freud hay tres tipos de identificación. Al punto de que se las cree encontrar leyendo el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo*. Se ha dejado de ver el bosque y las ramas.

“(…)Debemos señalar inicialmente que allí Freud distingue y describe por lo menos seis tipos de identificación.” (Mazzuca, R. “Las identificaciones en la obra de Freud: un conjunto heteróclito” en Mazzuca, R. Shejtman, F. y Godoy, C. *Cizalla del cuerpo y del alma. La neurosis de Freud a Lacan*, Berggasse 19 ediciones, Buenos Aires, 2004, p. 345.)

yo. En otras palabras, en el lugar de un significante que regula las identificaciones imaginarias de cada uno de los miembros del grupo.

En esta primera referencia al psicoanálisis, entonces, aparecen dos elementos fundamentales para nuestra indagación: la centralidad del afecto (de las mociones pulsionales) y de los procesos de identificación para pensar la lógica política y los modos de constitución/ intervención de sus sujetos. En realidad no se trata de dos fenómenos claramente discernibles. Para comprobarlo, basta atender a la ya apuntada definición que Laclau retoma de *Psicología de las masas...*: la identificación es “*la exteriorización más temprana de un lazo afectivo con otra persona.*”<sup>139</sup> De todas formas, esto supone pensar los sujetos políticos ya no como un dato primario sino como efecto del proceso de identificación que, por definición, se sostiene en una ligazón libidinal.

De esta manera, los señalamientos de Freud sobre el carácter inherentemente libidinal del vínculo social le resultan a Laclau sumamente productivos tanto para reconfigurar el terreno de la reflexión sobre el populismo como para pensar la propia constitución, política, de los sujetos colectivos. Más aún, Laclau encuentra en la conceptualización freudiana dos lógicas sociales que, según indica, intervienen en diversos grados en la conformación de cualquier lazo social: el investimento de la figura de una persona o una idea que se coloca fuera de la comunidad y en función de la cual se trazan sus límites o la introyección de este “objeto” como parte de la identidad de la propia comunidad. Ambas le sirven al pensador político argentino como marco a la hora de trabajar las formas en que lo social tiende a organizarse como totalidad –precaria y provisoria- en torno de un objeto/significante que, a pesar de su particularidad, se erige como el punto de unidad.

Sin embargo, tal como lo indica el propio Laclau, esta reflexión freudiana sobre la identificación no es más que un punto de partida para la construcción de herramientas teóricas para pensar la constitución política del espacio social y de los sujetos colectivos. Así, se ocupa de subrayar que *La razón populista* “...no debería concebirse como un ejercicio ‘freudiano’. Hay muchas cuestiones que Freud no trató, y muchos

---

<sup>139</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 77.

*camino, bastante importantes para nuestros propósitos que él no siguió. Por eso es que nuestra investigación debe apelar a una pluralidad de tradiciones intelectuales.”*<sup>140</sup>

Desde el punto de vista que nos interesa, es decir, si continuamos con el rastreo de la presencia de huellas del psicoanálisis en la construcción de categorías teóricas para el análisis político, en el libro de Laclau la reflexión freudiana sobre la identificación tiene su continuación en el marco del pensamiento lacaniano. En el apartado “Nominación y afecto” del cuarto capítulo de *La razón populista*, el filósofo argentino destaca el papel de los significantes en la operación de nominación y subraya su carácter performativo. Apoyado en las elaboraciones de Slavoj Žižek<sup>141</sup> sostiene que lejos de las posturas descriptivistas y antidescriptivistas que dominan el campo de la reflexión sobre el modo en que los nombres se relacionan con las cosas, en la perspectiva lacaniana, los significantes no “nombran” un objeto preexistente sino que lo constituyen como tal; se tornan su fundamento. En el caso que nos interesa, por lo tanto, son los significantes los que le confieren unidad, y por lo tanto “identidad”, a los sujetos colectivos. La línea argumentativa que une la problemática freudiana de la identificación con la productividad del nombre que postula la perspectiva lacaniana resulta clara en los siguientes pasajes del texto<sup>142</sup>:

*“...la posición de sujeto popular no expresa una unidad de demandas constituidas fuera y antes de sí mismo, sino que es el momento decisivo en el establecimiento de esa unidad. (...) Si –dada la heterogeneidad radical de los vínculos que intervienen en la cadena equivalencial- la única fuente de su articulación coherente es la cadena como tal, y si la cadena sólo existe en tanto uno de los vínculos juega un rol de condensación de todos los otros, en ese caso la unidad de la formación discursiva es transferida desde el orden conceptual (lógica de la diferencia) hacia el*

---

<sup>140</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 88.

<sup>141</sup> Para un desarrollo más amplio de esta discusión ver Žižek, S. *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México, 1992.

<sup>142</sup> Siguiendo esta línea Stavrakakis señala que “un muy buen ejemplo de la importancia del *point de capiton* en la construcción y coherencia de una colectividad/objetividad sociopolítica es la descripción freudiana de los lazos que mantienen en cohesión a una masa, tal como está desarrollado en *Psicología de las masas*. En la concepción de Freud, lo que puede unir a miles de personas, es la relación –y la investidura libidinal de esta relación- de cada uno de ellos con un líder (político, religioso o militar) o con una idea que ocupa la posición de un *point de capiton*, un punto común de referencia. Cuando el líder desaparece (...) la masa se desintegra. Es el *point de capiton* entonces lo que crea la unidad.” (Stavrakakis, Y. Ob. Cit, 2007, p. 120).

*orden nominal. (...) En estos casos, el nombre se convierte en el fundamento de la cosa. Un conjunto de elementos heterogéneos mantenidos equivalencialmente unidos sólo mediante un nombre es, sin embargo, necesariamente una singularidad. (...) De esta manera casi imperceptible, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y esta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder.”<sup>143</sup>*

Esta idea de que es el nombre el que constituye la identidad del objeto/sujeto como efecto retroactivo se apoya en la concepción de la lógica signifiante de Lacan que presentamos en el tercer capítulo del presente ensayo. En otras palabras, es en el marco de una concepción de lo social como un orden simbólico en el que sus elementos/significantes se definen en su referencia mutua y cuya precaria sistematicidad solo puede sostenerse en una heterogeneidad irrepresentable, que cobra sentido la categoría de performatividad del nombrar. Asimismo, esta es la matriz en la que Laclau establece una estrecha vinculación entre los conceptos de punto nodal y signifiante vacío, ya trabajados en textos anteriores, la productividad del nombrar y la noción de *objeto a*<sup>144</sup>. Así, el punto nodal que genera la unidad de una formación social, y que Laclau equipara con el *objeto a*, funciona como un signifiante vacío en la medida en que es un contenido parcial que encarna ese punto dentro del sistema de significación que es constitutivamente irrepresentable, la plenitud negada de la comunidad. Según Laclau,

*“...lo que podemos agregar ahora es que la unidad del conjunto equivalencial de la voluntad colectiva irreductiblemente nueva en la cual cristalizan las equivalencias particulares, depende enteramente de la productividad del nombre. Esa productividad deriva, exclusivamente, de la operación del nombre como signifiante puro, es decir, no expresando ninguna unidad conceptual que la precede.”<sup>145</sup>*

---

<sup>143</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 129 -130.

<sup>144</sup> Hasta aquí, sin embargo, la noción de *objeto a* no es más que uno de los significantes de la cadena equivalencial que Laclau construye con su argumentación. No se ponen en juego en este primer desarrollo los motivos por los cuales el autor realiza esta asociación entre punto nodal y *objeto a*. Sin embargo, guiados por la manera en que Laclau trabajó el tema en textos anteriores, podemos suponer que es el hecho de que constituye una particularidad que encarna la universalidad imposible aquello que representa el punto de convergencia entre ambas nociones.

<sup>145</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 139.

La conclusión de esta primera pesquisa en la perspectiva psicoanalítica no resulta sorprendente si tenemos en cuenta el recorrido que venimos realizando por los textos de Laclau:

*“Los mecanismos retóricos, como hemos afirmado desde el comienzo, constituyen la anatomía del mundo social”*<sup>146</sup>

Para una indagación que comenzó con el problema freudiano de la identificación y la insistencia en el carácter libidinal de los vínculos sociales vistos desde esa perspectiva, esta conclusión tiene gusto a poco. Es verdad que Laclau sostiene que para explicar esta capacidad del nombre de tornarse en fundamento de la cosa, es necesario *“explorar la cuestión desde dos ángulos sucesivos: el primero tiene que ver con las operaciones significantes que se requieren para que un nombre desempeñe tal rol; el segundo, con la fuerza que, por detrás de esas operaciones, las hace posibles.”*<sup>147</sup> Sin embargo, el énfasis puesto por el autor en la importancia de la investidura afectiva hubiera habilitado una revisión de la distinción entre identificaciones imaginarias y simbólicas puesta en juego por Lacan para pensar la constitución de las subjetividades. Este camino, que ya había sido abierto por las preguntas althusserianas en torno de la constitución subjetiva, queda sin explorar también en este libro.

En esta primera exposición, el planteo de Laclau tiene la virtud de subrayar la manera en que la operación de la identificación es capaz de conformar una unidad, su papel en la configuración tanto de las “identidades” políticas como del espacio social y, en este marco, indicar el carácter central del afecto. Aún así, en este último plano, no avanza en la construcción de categorías que permitan dar cuenta de esta dimensión y de su papel en la política. El énfasis en la importancia de la libido en la comprensión de los vínculos sociales no impide que la lógica significante, todavía en estos desarrollos, sea suficiente para dar cuenta de la constitución política de los sujetos.

---

<sup>146</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 141.

<sup>147</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 131.

## **La lógica del objeto a.**

En tanto particularidad que asume el lugar de la universalidad imposible, el *objeto a* tiene un lugar en las elaboraciones teóricas de Laclau desde los artículos publicados en *Emancipación y diferencia*. Sin embargo, la problemática del goce que la noción de *objeto a* supone se introduce por primera vez en *La razón populista*; más específicamente en la segunda cuestión que Laclau pone en juego a la hora de pensar la productividad de la nominación desde el psicoanálisis, es decir, la fuerza que hace posibles las operaciones significantes. Esto que Laclau denomina “investidura radical” es lo que nos va a interesar explorar a continuación.

Cuando un significante puro ocupa el lugar de designar a la comunidad, señala el autor, no lo hace a través de conexiones lógico-conceptuales, sino a través de operaciones atributivo-performativas. No hay ninguna propiedad del significante que permita explicar la manera en que éste pasa a nombrar/ constituir la unidad de una comunidad. Esta capacidad performativa sólo puede ser explicada por la investidura de la que es objeto.

Laclau sostiene que entre significación y afecto existe una estrecha vinculación. En cualquier formación discursiva, por tanto, la dimensión de significación y la dimensión afectiva se presentan articuladas. En sus propias palabras:

*“No hay ninguna posibilidad de un lenguaje en el cual las relaciones de valor se establecieran solamente entre unidades formalmente especificables. (...) se requiere el afecto si la significación va a ser posible. (...) (Al mismo tiempo), el afecto no es algo que exista por sí solo, independientemente del lenguaje, sino que sólo se constituye a través de la catexia diferencial de una cadena de significación. Esto es exactamente lo que significa ‘investidura’. La conclusión es clara: los complejos que denominamos ‘formaciones discursivas o hegemónicas’, que articulan las lógicas de la diferencia y de la equivalencia, serían ininteligibles sin el componente afectivo.”<sup>148</sup>*

---

<sup>148</sup> Laclau, E. Ob.Cit, 2005, p. 142 - 143.

En el libro que estamos analizando, el autor apunta a desentrañar la especificidad de la lógica política que opera en el populismo y, por lo tanto, en cualquier relación hegemónica. Lo que le interesa, en este sentido, es buscar herramientas para explicar la manera en que esta dimensión afectiva interviene para que un elemento particular pueda ocupar el lugar imposible de la universalidad.

A través de las elaboraciones de Joan Copjec<sup>149</sup>, Laclau realiza un recorrido que lo lleva desde la noción freudiana de pulsión –que tiene a la muerte como objetivo en la medida en que apunta a un estado anterior de inanimación, fuera del tiempo- hacia el *objeto a* lacaniano –asociado a los objetos parciales en los que necesariamente se tramitan las pulsiones-. El argumento que une ambos conceptos es que la pulsión apunta hacia una ilusión retrospectiva, una plenitud mítica -identificada con la díada primordial madre/ hijo- que, ilusoriamente, contiene todo y es autosuficiente. La noción lacaniana de *das Ding (la Cosa)* alude, más específicamente, a ese goce irremediamente perdido que une a la madre primordial y que, al ser irrepresentable, genera una brecha en el orden significante. Lo fundamental es que esta pérdida del goce primordial no implica un límite para el pensamiento o la representación, sino que introduce un vacío en el orden del Ser. Lo Real aparece, de esta manera, estrechamente asociado al goce que, a su vez, interviene como factor explicativo para pensar el carácter imposible de una totalidad suturada.

Ahora bien, Laclau resalta siguiendo la lectura que Copjec realiza de Freud y Lacan que no existe una única y completa pulsión, sino solamente pulsiones parciales. En palabras de Copjec:

*“Algún obstáculo inherente –el objeto de la pulsión- frena y simultáneamente la fragmenta o dispersa, la restringe impidiéndole llegar a su objetivo y la divide en pulsiones parciales. En vez de perseguir la Nada de la aniquilante insatisfacción, las ahora parciales pulsiones se contentan con estas pequeñas nadas, estos objetos que las*

---

<sup>149</sup> Es posible leer el análisis completo de Copjec sobre la relación entre la *Cosa* y el *objeto a*, así como sus implicancias para la teoría social en sus libros Copjec, J. *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y sublimación*, Buenos Aires, FCE, 2006<sup>a</sup> y Copjec, J. *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2006b.

*satisfacen. Lacan los llama objetos a; y son, por así decirlo, simulacros del objeto (materno) perdido o das Ding, en palabras de Freud y Lacan.*”<sup>150</sup>

A través de la lectura que Lacan realiza de la noción freudiana de *Vorstellungrepräsentanz*<sup>151</sup>, Copjec y Laclau resaltan que en estos objetos parciales quedan “rastros” de este goce perdido. Sin embargo, los objetos no son meros representantes de la *Cosa* inaccesible. Más aún, *das Ding*, no puede pensarse más que como una hipótesis, un efecto retroactivo de la operación significativa que la postula como totalidad perdida. En este sentido es que los objetos parciales son “elevados a la dignidad de la *Cosa*” y el goce ligado a ellos es por entero producto de la operación significativa.

Lacan denomina sublimación a este mecanismo por el cual un objeto parcial se convierte en la totalidad que estructura la escena en la que se planta el sujeto; por el cual un objeto puede elevarse al lugar de la *Cosa*. Según Copjec:

*“Contra lo que vulgarmente se piensa, la sublimación no es algo que le ocurre a la pulsión bajo circunstancias determinadas: es el destino propio de la pulsión. Este alineamiento de la pulsión con la sublimación esclarece un equivocado lugar común acerca de la sublimación según el cual ésta sustituye un placer carnal y brutal por otro más refinado o más respetable socialmente. Lacan resume su complejo argumento sobre la pulsión de muerte mencionándola varias veces en su seminario de Ética como ‘sublimación creacionista’ (...)*”<sup>152</sup>

---

<sup>150</sup> Copjec, J. Ob. Cit., 2006<sup>a</sup>, p. 60.

<sup>151</sup> Según Copjec: “... *Vorstellungrepräsentanz* no es una representación ordinaria sino una clase peculiar de representación que nos permite apropiarnos de algo de no-ser, de algo de goce o satisfacción. (...) “Queda claro, a partir de esta teoría, que cuando este objeto parcial entra en escena bloquea el camino hacia la antigua concepción de *das Ding*, que ahora es una ilusión retrospectiva. También queda claro que, cuando describe el *Vorstellungrepräsentanz* o representante ideacional como ‘delegado’ del cuerpo en la psiquis –delegado que, específicamente traiciona a su mandante- Freud en realidad está permitiendo que este representante ideacional desplaze y prohíba el retorno a la idea ingenua de un cuerpo que existe separadamente de su delegado y que envía a este último como su representante. El delegado traidor y el objeto parcial no actúan como evidencia de un cuerpo o Cosa que existe en otra parte, sino como evidencia de que el cuerpo y la satisfacción han perdido el apoyo del cuerpo orgánico y la Cosa nouménica. La pérdida de estos apoyos causa la fractura del orden superficial de las apariencias; la escisión en el ser, no entre el ser y su más allá.” (Copjec, J. Ob. Cit., 2006<sup>a</sup>, p. 64 -65.)

<sup>152</sup> Copjec, J. Ob. Cit., 2006<sup>a</sup>, p. 55.

Y unas páginas más adelante insiste:

*“No podría haber una definición más acertada de pulsión/ sublimación: desea tanto lo que ocurre que aquello que viene de afuera se vuelve indiferenciable de lo que escoge. Construcción y descubrimiento, pensar y ser, pulsión y objeto están soldados. Esta definición evoca la creación pulsional ex nihilo de un objeto, de una cosa, en ese mismo lugar donde el goce unificado, das Ding, está ausente. (...) El afecto del goce – la satisfacción en el objeto- no es pasivo; surge a través del don activo del amor.”<sup>153</sup>*

Tres son las cuestiones puestas en juego por estos párrafos que cabe resaltar. En primer lugar, no hay otro camino posible para la pulsión más que el de la sublimación. En segundo lugar, este objeto de la sublimación es al mismo tiempo dado y construido por la subjetividad ya que lo que lo conforma como tal es el propio investimento afectivo. Al caracterizar este objeto pulsional, en su seminario sobre *La ética del psicoanálisis*, Lacan indica que

*“A nivel de la sublimación, el objeto es inseparable de las elaboraciones imaginarias y muy especialmente de las culturales. No es que la colectividad simplemente los reconozca como objetos útiles –encuentra en ellos el campo de distinción gracias al que puede, en cierto modo, engañarse sobre das Ding, colonizar con sus formaciones imaginarias el campo de das Ding. En este sentido se ejercen las sublimaciones colectivas, socialmente aceptadas.*

*“La sociedad encuentra alguna felicidad en los espejismos que le proveen moralistas, artistas, artesanos, hacedores de vestidos o sombreros, los creadores de las formas imaginarias. Pero el mecanismo de la sublimación no debe buscarse simplemente en la sanción que la sociedad les aporta al contentarse con ellos. Debe buscarse en una función imaginaria, muy especialmente aquella para la cual nos servirá la simbolización del fantasma, que es la forma en la que se apoya el deseo del sujeto.”<sup>154</sup>*

---

<sup>153</sup> Copjec, J. Ob. Cit., 2006a, p. 68 y 69.

<sup>154</sup> Lacan, J. *El Seminario, Libro VII, La Ética del Psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2003, p. 123.

En este sentido, y más allá de resaltar el hecho de que el objeto pulsional puede pensarse a la vez como construcción/ descubrimiento, en estos párrafos se subraya la importancia analítica que tienen las formaciones imaginarias, y entre ellas el fantasma, para dar cuenta del papel de la dimensión afectiva. Esto nos resulta de particular interés ya que a pesar de que trabaja con nociones del psicoanálisis que suponen su eficacia, Laclau no incorpora de forma sistemática este registro en la configuración de sus herramientas teóricas.

En tercer lugar, y retomando las implicancias de los señalamientos de Copjec, no se trata de que el objeto parcial evoque o represente la totalidad ausente sino que se convierte en su nombre propio; es él mismo lugar de satisfacción pulsional, objeto de goce. El objeto en el que la pulsión se satisface, por lo tanto, se convierte en un parte que *es el todo*<sup>155</sup>.

Llegados a este punto, tenemos todos los elementos para volver sobre la noción de “investidura radical”. Según Laclau:

*“... no hay nada en la materialidad de las partes particulares que predetermine a una u otra a funcionar como totalidad. No obstante, una vez que una parte ha asumido tal función, es su misma materialidad como parte la que se vuelve fuente de goce. (...) El objeto de la investidura puede ser contingente, pero ciertamente no es indiferente, no puede ser cambiado a voluntad. Con esto logramos una explicación completa de lo que significa investidura radical: el hacer de un objeto la encarnación de una plenitud mítica. El afecto (es decir, el goce) constituye la esencia misma de la investidura, mientras que su carácter contingente da cuenta del carácter radical de la fórmula.”*<sup>156</sup>

---

<sup>155</sup> Según Miller, la enseñanza de Lacan sobre el goce esta animada por un movimiento en el marco del cual las sucesivas elaboraciones no son siempre complementarias y compatibles entre sí. Esto no parece ser un punto de reflexión, sin embargo, en las elaboraciones de Copjec y de Laclau sobre el tema. Si tenemos en cuenta los términos que Miller utiliza para aprehender los deslizamientos lacanianos sobre el tema, podemos decir que los argumentos de nuestros autores se apoyan en referencias variadas y cruzadas a los “seis paradigmas lacanianos del goce”. De todas formas, son los paradigmas III: el goce imposible, - trabajado, sobre todo, en *La ética del psicoanálisis-* y IV: el goce normal –que se presenta en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis-* aquellos que sostienen el esqueleto teórico que estos autores despliegan. Para una caracterización detallada de estos paradigmas se recomienda la lectura de Miller, J-A. “Los seis paradigmas del goce” en *El lenguaje, aparato de goce. Conferencias en Nueva York y cursos en París*, Colección Diva, Buenos Aires, 2000.

<sup>156</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 148.

En este sentido, Laclau considera que el *objeto a* lacaniano constituye un elemento clave de la ontología social. La idea de que la sociedad –como totalidad suturada- es imposible y que, por lo tanto, es siempre un elemento particular el que encarna inadecuadamente esa totalidad recorre todos los trabajos de Laclau desde *Hegemonía...* hasta *La razón populista*. En este último libro, la lógica del *objeto a* le permite posicionarse tanto frente a las posturas esencialistas como a las nominalistas apoyándose en la noción lacaniana de lo Real pulsional que, como imposibilidad transhistórica, impone sus condiciones a las formaciones discursivas históricas que operan como suplencias. La lógica del *objeto a*, entonces, le ayuda a concebir una totalidad/ universalidad que indefectiblemente es nombrada/constituida por una parte que al ser investida libidinalmente encarna su plenitud imposible. En uno de los artículos publicados en *Debates y Combates* Laclau sintetiza:

*“He intentado demostrar en La razón populista cómo la lógica de la hegemonía y la del objeto a lacaniano se superponen en buena medida y se refieren ambas a una relación ontológica fundamental en la cual lo pleno sólo puede ser tocado a través de su investimento en un objeto parcial; que no es una parcialidad dentro de la totalidad sino una parcialidad que es la totalidad. (...) El punto relevante para nuestro tema es que lo pleno –la Cosa freudiana- es inalcanzable; es tan sólo una ilusión retrospectiva que es sustituida por objetos parciales que encarnan esa totalidad imposible. (...) Como he intentado mostrar, la relación hegemónica reproduce todos estos momentos estructurales: una cierta particularidad asume la representación de una universalidad que siempre se aleja. (...) (El modelo de la hegemonía/objeto a) concibe lo pleno como inalcanzable porque carece de todo contenido (y) ve el investimento radical en un objeto como el solo camino para lograr una cierta plenitud.”<sup>157</sup>*

Ya sea a partir de la noción de identificación para pensar los vínculos sociales como libidinales o de la recuperación de la lógica del *objeto a* para conceptualizar la especificidad de las articulaciones hegemónicas, el afecto aparece como una cuestión central en el último trabajo de Laclau. En este sentido resulta interesante cómo, si bien

---

<sup>157</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2008, p. 20 – 21.

el autor sigue construyendo su punto de vista en el marco de conceptos y problemas que había inaugurado en *Hegemonía y estrategia socialista*, apoya más explícitamente su razonamiento en las herramientas que le brinda el psicoanálisis. Tanto en la reflexión sobre la configuración de cualquier orden político- social como en el tratamiento del problema de la constitución de las identidades políticas las huellas del psicoanálisis son claramente visibles.

En esta forma de pensar lo político, los problemas de la subjetividad y la dimensión afectiva parecen tener un papel central. A través de la identificación y del *objeto a*, el afecto se pone en juego como sostén de la experiencia vivida – al punto que Laclau habla de “adhesiones profundas” para caracterizar la investidura que supone cualquier articulación hegemónica- y la vivencia aparece como un componente ineludible para pensar las intervenciones políticas. Es claro que la incorporación de estas nociones deja a Laclau bastante lejos del inicial intento de resolver las cuestiones atinentes a los sujetos políticos utilizando exclusivamente el concepto de posiciones de sujeto.

Sin embargo, en el recorrido que acabamos de esbozar, resulta evidente que la manera en que Laclau utiliza el psicoanálisis para construir herramientas teóricas para el análisis político deja una buena cantidad de interrogantes pendientes. En buena medida, el diálogo que Laclau despliega con el psicoanálisis a lo largo de su obra se concentra casi exclusivamente en un punto: cómo concebir lo social como una totalidad no-suturada. Si bien en este terreno, la apropiación de la perspectiva psicoanalítica y su concepción de lo Real asociado a un goce irremediamente perdido y motor de la incesante escritura simbólica resulta sumamente fructífera, las nociones que de ella retoma, no lo llevan a avanzar en la construcción de herramientas teóricas que iluminen el papel de la subjetividad en las prácticas políticas. Si Althusser ya había enfatizado la importancia del afecto a la hora de articular el carácter imaginario de la vivencia con las estructuras ideológicas inconscientes a través de la interpelación, el análisis de los textos de Laclau nos lleva a preguntarnos si acaso el tratamiento de la carga libidinal que conlleva la identificación o del goce involucrado en la satisfacción pulsional son elementos suficientes para indicar un camino nuevo a la hora de indagar en la participación de la dimensión afectiva en las intervenciones políticas.

Más aún, creemos que el filósofo político argentino no le brindó el mismo espacio que dedicó a la construcción de categorías para dar cuenta del funcionamiento de la lógica signifiante a una reflexión destinada a hacer inteligibles los mecanismos afectivos con los que ésta necesariamente se articula. Así, no logra más que acentuar el carácter decisivo que la dimensión afectiva tiene en el proceso por el cual *“la plenitud no es alcanzada y objetos parciales dentro de la sociedad (objetivos, figuras, símbolos) son investidos de tal manera que se convierten en los nombres de su ausencia”*<sup>158</sup> sin avanzar en la construcción de las herramientas teóricas necesarias para hacer inteligible su papel.

---

<sup>158</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 149.

## Consideraciones finales

A lo largo de este ensayo realizamos un recorrido por la producción teórica de Ernesto Laclau en busca de las huellas del psicoanálisis en la construcción de categorías teóricas para el análisis de las modalidades de constitución e intervención de los sujetos de la política. El objetivo de esta indagación fue doble. En primer lugar, examinar la productividad de las herramientas puestas en juego por Laclau para dar cuenta de la participación de la subjetividad en los fenómenos políticos. En segundo lugar, dar los primeros pasos de una exploración más amplia sobre los potenciales aportes que en este sentido puede brindar la perspectiva psicoanalítica a la teoría social.

Para llevar adelante esta indagación partimos de la idea de que, más allá de las particularidades y las diferencias de los planteos teóricos puestos en juego por cada uno de estos autores, la aproximación de Laclau al psicoanálisis se inscribe en la matriz de lectura que comenzó a esbozar Althusser en su propio diálogo con esta perspectiva. Los interrogantes y las formulaciones del pensador francés en torno del papel de la contingencia, las significaciones y las vivencias subjetivas en la vida social son los ejes que configuran esta matriz y que denominamos “problemática althusseriana”.

El reconocimiento de las marcas de la “problemática althusseriana” en la búsqueda y la apropiación de nociones del psicoanálisis en la producción teórica de Laclau resultó, por lo tanto, una guía inestimable tanto para organizar el análisis como para evaluar las contribuciones y las carencias en las elaboraciones de ambos autores.

Tal como desarrollamos a lo largo del presente ensayo, en los artículos compilados en 1978 la aproximación al psicoanálisis de Laclau se inscribe por completo en las preocupaciones althusserianas respecto del papel de las nociones de sobredeterminación e interpelación a la hora de conceptualizar la formación social, dar cuenta de la constitución de los sujetos (ideológicos) y comprender lo ideológico como un terreno de articulación significativa.

Cuando en *Hegemonía y estrategia socialista* Laclau presenta junto a Chantal Mouffe los lineamientos generales del edificio teórico sobre el que va a trabajar las siguientes dos décadas, Althusser aparece como parte del pasado teórico (marxista) del cual resulta preciso tomar distancia. En esta clave, el psicoanálisis se asocia en este texto a otras teorías identificadas como “pos-” –posmodernas, posestructuralistas, etc.- tales como la deconstrucción de Derrida y las formulaciones de Foucault, y se opone a aquellas perspectivas que, como el marxismo, no pueden desprenderse de los rastros esencialistas que las habitan. Estos planteos empobrecieron tanto la matriz de lectura althusseriana como la propia puesta en juego del psicoanálisis. Sin embargo, tanto la perspectiva psicoanalítica como la “problemática althusseriana”, siguieron operando en este texto.

De esta manera, Laclau realizó una fructífera exploración de la lógica significante que le permitió vincular de forma productiva a través de la noción de discurso el papel de la contingencia y de las significaciones para pensar lo social. En este marco, comenzó a moldear una serie de categorías teóricas – articulación, lógicas de la equivalencia y de la diferencia, significantes flotantes y vacíos, etc.- que resultaron valiosas herramientas para conceptualizar lo social como terreno de constitución de las subjetividades políticas.

Ahora bien, si hablamos de un empobrecimiento de la matriz de lectura althusseriana en este que reconocimos como un “primer momento” en la aproximación de Laclau al psicoanálisis es porque al sostener que *“siempre que en este texto utilizemos la categoría de ‘sujeto’, lo haremos en el sentido de ‘posiciones de sujeto’ en el interior de una estructura discursiva”*<sup>159</sup> deja de lado una cuestión fundamental: la pregunta por la constitución de los sujetos políticos y el papel de las vivencias imaginarias en sus modalidades de intervención.

En un “segundo momento” atendiendo a los señalamientos de Žižek, Laclau comienza a problematizar su propio diálogo con el psicoanálisis. En estas formulaciones el tratamiento de la noción de identificación vuelve a poner en el horizonte la pregunta por las formas de constitución de los sujetos. Sin embargo, la dimensión más disruptiva del planteo althusseriano –el papel atribuido al registro lacaniano de lo Imaginario y por lo tanto, a las vivencias, para dar cuenta de la subjetividad- se encuentra por completo

---

<sup>159</sup> Laclau, E. Ob. Cit., 2004, p.156.

ausente. El acento de la apuesta de Laclau es otro: articular el registro de lo Simbólico con el de lo Real para trabajar en esta clave el carácter no suturado de lo social. Esta apuesta abre, sin duda, un camino de exploración y problematización que en Althusser no se encontraba directamente trabajado y que resulta fructífero a la hora de refutar las concepciones esencialistas del espacio social. Sin embargo, parados desde el punto de vista del psicoanálisis la noción de lo Real supone otras dimensiones de análisis ausentes en este planteo. En el tratamiento de lo Real como límite, falla o dislocación de lo simbólico la cuestión del goce a la que se encuentra unido en las elaboraciones lacanianas son dejadas de lado por completo. La articulación Simbólico/ Real que le brindó a Laclau herramientas para pensar de forma fructífera lo social como totalidad no suturada no deja espacio para explorar el papel de la dimensión afectiva –ya sea a través de la incorporación de lo Imaginario o de la vinculación entre lo Real y el goce- central a la hora de conceptualizar la subjetividad.

Recién en *La razón populista*, a la luz de la lectura de Joan Copjec, Laclau comienza a esbozar los carriles a través de los cuales incorporar la dimensión afectiva a su edificio teórico sin romper, sin embargo, con una puesta en juego de los registros lacanianos que deja afuera la articulación de lo Imaginario. Para Laclau, por lo tanto, el afecto se vincula exclusivamente con el problema del goce. Empresa en la que, de todas formas, no avanza en la construcción de herramientas concretas que le permitan hacer operativa su afirmación de que el afecto es fundamental a la hora de entender los fenómenos políticos. En este plano, y después de estos diversos rodeos, Laclau no logra ir más allá de las intuiciones althusserianas.

La exploración de los textos de Laclau y Althusser en busca de la participación del psicoanálisis en la construcción de herramientas para el análisis político que realizamos en el presente trabajo nos sitúa, de todas formas, en un umbral fructífero para indagaciones futuras. Es que la comparación y la confrontación de ambas lecturas señala un camino posible para sopesar la productividad del psicoanálisis a la hora de dar cuenta de la dimensión afectiva en los procesos políticos: la puesta en juego de herramientas teóricas que permitan trabajar esta articulación entre lo Simbólico y lo Real que ensayó Laclau sin descuidar el registro Imaginario, cuya importancia indicó Althusser. Sin desestimar la potencial productividad de otros conceptos (síntoma,

sinthome, plus-de-goce, etc.), consideramos que una investigación en torno del fantasma resulta especialmente fructífera. Es que esta noción permite vincular los dos conceptos desde los cuales Laclau avanzó en una reflexión sobre la dimensión afectiva de la subjetividad –identificación y *objeto a*- otorgándole, al mismo tiempo, un lugar al registro Imaginario. En este sentido, las observaciones que en *Visión de paralaje* realiza Zizek<sup>160</sup> sobre los límites de los planteos de Laclau apuntan en una dirección similar a la que aquí proponemos. Según Zizek:

*“Aunque Ernesto Laclau está en la senda correcta al enfatizar el rol necesario del objeto a para volver a operativa a una construcción ideológica, mutila la verdadera dimensión de este rol cuando lo restringe al hecho de la hegemonía (de cómo el vacío del Significante Amo debe ser llenado con cierto contenido particular). Aquí las cosas son mucho más precisas: dado que el objeto a es (también) objeto de la fantasía, la trampa reside en lo que uno se tiente de llamar, con Kant, el rol de “plan trascendental” jugado por el objeto a –una fantasía constituye nuestro deseo, brinda sus coordenadas, es decir que literalmente “nos enseña como desear”-. (...) la fantasía media entre la estructura formal simbólica y la positividad de los objetos que encontramos en la realidad, es decir que brinda un “plan” según el cual ciertos objetos positivos de la realidad pueden funcionar como objetos del deseo, llenando los lugares vacíos abiertos por la estructura formal simbólica”<sup>161</sup>*

---

<sup>160</sup> Slavoj Zizek utiliza el concepto lacaniano de fantasma para elaborar su propia noción de fantasía ideológica. Más allá de los puntos en común o las deudas que nuestro señalamiento puedan tener con su planteo, consideramos fundamental marcar un aspecto en el que su construcción teórica resulta débil. Zizek construye una oposición entre aquellas intervenciones organizadas por el marco de la fantasía ideológica que vela el carácter no suturado de lo social y aquellos actos propiamente políticos que apuntan a señalar, por el contrario, el carácter constitutivo del antagonismo. Desde nuestro punto de vista, esta oposición es un buen ejemplo de los límites de la transposición de conceptos de la clínica a la teoría política. ¿Acaso no es la apuesta clínica de atravesar el fantasma lo que opera como matriz que organiza esta oposición de Zizek? ¿Podemos pensar que la intervención de un sujeto colectivo que se posiciona fantasmáticamente como “objeto de las leyes históricas” no es política? Más aún, ¿acaso no estamos siempre en el terreno de la neurosis o la perversión cuando se trata de pensar las intervenciones políticas? O, en otras palabras, ¿No es, como sostenían Althusser y Balibar, siempre imaginario el elemento en el que se configura nuestra relación con el mundo y, por lo tanto, las intervenciones políticas a través de las cuales se moldean las significaciones en la vida social? Creemos que sólo rompiendo con la ilusión de una terapia colectiva, las categorías del psicoanálisis en general, y la noción de fantasma, en particular, pueden ser herramientas productivas para el análisis político.

<sup>161</sup> Zizek, S. *Visión de paralaje*, FCE, Buenos Aires, 2006, p. 63- 64.

El fantasma, tal como lo indica Zizek, aparece como una trama o una escena que, al tramitar el goce y configurar el deseo, organiza nuestra relación vivida con el mundo. Para finalizar, entonces, vamos a resaltar de manera esquemática tres dimensiones del concepto de fantasma que consideramos fructíferas para pensar la subjetividad y su participación en la institución de lo social. Estas tres dimensiones son, por lo tanto, tres vías posibles para el desarrollo de futuras indagaciones sobre el tema.

### **Una matriz imaginaria**

El fantasma puede caracterizarse como una escenificación o una trama narrativa de la relación del sujeto barrado con un objeto que lo complementa. Esta escenificación tiene, en los primeros años de la enseñanza de Lacan, el estatuto de una construcción imaginaria en la medida en que aparece como una respuesta subjetiva a la constitución estructuralmente fallida del sujeto. En esta escenificación, y más allá de la modalidad concreta bajo la que aparezca – ya sea bajo la forma de la fusión, de la dificultad o posicionando al sujeto en el lugar del objeto de Otro- la relación entre el sujeto y el objeto se presenta como posible.

En una ponencia de 1951<sup>162</sup> en la que expone su lectura del “caso Dora” de Freud, Lacan trabaja la noción de “matriz imaginaria”. Encontramos allí un antecedente del concepto de fantasma que el psicoanalista francés va a desarrollar en años posteriores. Dos cuestiones nos resulta indispensable indicar respecto de esta denominación. La primera es la de su relación con lo imaginario. Es que más allá de los deslizamientos que sufre el propio concepto de fantasma a lo largo de la obra de Lacan respecto de su estatuto imaginario, esta claro que esta escenificación da forma a la relación imaginaria de los sujetos con su mundo. En segundo lugar, la noción de matriz enfatiza la manera en que, al organizar las investiduras afectivas que moldean tanto las identificaciones como las elecciones de objeto, el “*fantasma determina el marco mismo de (la) realidad*”<sup>163</sup> en la que viven los sujetos.

---

<sup>162</sup> Lacan, J. “Intervención sobre la transferencia” en Ob. Cit., 1988, p. 204 – 215.

<sup>163</sup> Miller, J-A. *Los signos del goce*, Paidós, Buenos Aires, 2006b, p. 271.

## Tramitación significativa del deseo y el goce

Miller destaca el hecho de que el fantasma es un compuesto en la medida en que en su fórmula se articulan la imagen en función significativa con el sujeto simbólico. En sus palabras:

*“El fantasma realiza esta conjunción-disyunción entre una función simbólica y una función imaginaria, porque no debemos olvidar que, cuando Lacan promueve esta escritura, a es imaginaria. El fantasma pone en escena a los pequeños otros, las imágenes del otro. (...)*

*“... más adelante se modifi(ca) la definición del objeto a hasta convertirse en una función real. Entonces ya no tendremos el compuesto determinado por la conjunción- disyunción de lo simbólico y lo imaginario sino por la de lo simbólico y lo real. Es decir que a dejará de ser definido por el otro imaginario, heredero del estadio del espejo, para recibir el legado del objeto transicional de Winnicott, que lo convertirá en un fragmento de goce”<sup>164</sup>*

Más allá de este deslizamiento de lo Imaginario a lo Real en la conceptualización del estatuto de *objeto a*, la noción de fantasma aparece como un compuesto que articula dos dimensiones que responden a lógicas distintas: la dimensión significativa, por un lado, y lo que sin mucha precisión, en principio, podemos denominar afecto para englobar tanto el goce como el deseo.

Ahora bien, esta matriz de la subjetividad puede considerarse como un compuesto de elementos simbólicos, imaginarios y reales, también, si atendemos a su condición de “trama”. Es que el fantasma es una articulación significativa que toma necesariamente sus partes del campo del otro, del orden simbólico, de las significaciones instituidas. Sin embargo, a través de ellos se escenifican una configuración del deseo que involucra ya sea objetos imaginarios o una relación con el goce que, por definición, son más bien singulares<sup>165</sup>. Así, y en la medida en que en él se

---

<sup>164</sup> Miller, J.A. Ob. Cit., 2006b, p. 262 –263.

<sup>165</sup> Es importante resaltar que hablamos de una relación singular, y no individual, con el goce y el deseo. Si el psicoanálisis resulta productivo para pensar los sujetos de la política es porque su forma de concebir

tramitan deseo y goce, lejos de poder pensarlo como parte integral del orden simbólico, debemos entender al fantasma como un procesamiento propio de la subjetividad.

### **Efecto de sentido**

Miller llama la atención sobre otro aspecto del fantasma que resulta fructífero para una indagación respecto de los sujetos de la política. Esta escena que presenta una relación posible con el objeto (del deseo o del goce) y opera como una matriz o un marco que organiza la relación del sujeto con el mundo aparece, sin embargo, como un “*efecto de sentido de lo que no se puede decir*”<sup>166</sup>. Más aún, teniendo en cuenta el lugar que ocupa la fórmula del fantasma en el grafo del deseo que Lacan presenta en el seminario sobre *Las formaciones del inconsciente*<sup>167</sup>, Miller indica que en su trama el fantasma condensa todo el circuito de lo indecible por el propio sujeto. En sus propias palabras:

*“Desde el Otro hacia arriba esta el circuito de lo que no se puede decir, que asume distintas formas: el deseo, la pulsión, el significante correlativo a la ausencia o a la falta del Otro. El circuito de lo indecible se condensa en el fantasma, que por cierto está articulado, pero del cual no hay más para agregar”*<sup>168</sup>

Encontramos, entonces, en esta caracterización del fantasma como matriz imaginaria indecible que, a partir de una trama significativa configurada con los elementos brindados por las significaciones objetivadas organiza las vivencias imaginarias, las relaciones con el mundo, las identificaciones y, por lo tanto, las intervenciones políticas de los sujetos en una tramitación singular del deseo y el goce, puntos de partida fructíferos para avanzar en futuras indagaciones.

---

los sujetos como efecto nos permite romper con aquellas concepciones que oponen lo social a lo individual y brinda elementos para reflexionar sobre la singularidad de los sujetos colectivos.

<sup>166</sup> Miller, J.A. Ob. Cit., 2006b, p. 339.

<sup>167</sup> Lacan, J. *El Seminario, Libro V. Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Buenos Aires, 2005.

<sup>168</sup> Miller, J. A. Ob. Cit., 2006b, p. 340.

## **Bibliografía**

**Alemán, J.** *El porvenir del inconsciente. Filosofía/ política/ época del psicoanálisis*, Grama ediciones, Buenos Aires, 2006.

**Alemán, J.** *Notas antifilosóficas*, Grama ediciones, Buenos Aires, 2003.

**Alemán, J. y Larriera, S.** *Lacan: Heidegger*, Ediciones del cifrado, Buenos Aires, 1996.

**Althusser, L.** *Para un materialismo aleatorio*, Arena libros, Madrid, 2002.

**Althusser, L.** *Escritos sobre psicoanálisis. Freud y Lacan*, Siglo XXI, México, 1996.

**Althusser, L.** *El porvenir es largo*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1993.

**Althusser, L.** *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1970.

**Althusser, L.** *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1968.

**Assoun, P.L.** *Lacan*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

**Balibar, E.** *Escritos por Althusser*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.

**Braunstein, N.** *El goce. Un concepto lacaniano*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.

**Buenfil, R. N.** *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*, Plaza y Valdés Editores, México, 1998.

**Butler, J., Laclau, E., Zizek, S.** *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, FCE, Buenos Aires, 2000.

**Caletti, S.** *Marxismo, psicoanálisis, comunicación. Discusiones althusserianas*, Proyecto Ubacyt S813, 2006a.

**Caletti, S.** “Decir, autorrepresentación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación)”. *Revista Versión. Estudios de Comunicación y Política N° 17*, Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco, México, DF, 2006b.

**Caletti, S.** “¿Ciudadanía Global o Ciudadanía Precarizada?” en Reigadas, María Cristina y Cullen, Carlos A. (comp.) *Globalización y Nuevas Ciudadanías*, Ediciones Suárez, Buenos Aires, 2003.

**Caletti, S.** “Sobre globalidades, democracias y autoritarismos” en *Revista Zigurat*, Año 2 n° 2, Carrera de ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2001.

**Caletti, S.** “El hombre que está solo y espera muy poco. Apuntes para una reflexión sobre identidades y política en la Argentina contemporánea” en *Boletín de la BCN n° 120*, Identidad Cultural, Buenos Aires, 2000.

**Castoriadis, C.** *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona, 1983.

**Copjec, J.** *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y sublimación*, FCE, Buenos Aires, 2006a.

**Copjec, J.** *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2006b.

**Critchley, S. y Marchart, O.** (comp) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, FCE, Buenos Aires, 2008.

**De Ipola, E.** *Althusser, el infinito adiós*, SXXI, Buenos Aires, 2007.

**Derrida, J.** *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989.

**Foucault, M.** *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992.

**Foucault, M.** *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1979.

**Freud, S.** *Psicología de las masas y análisis del yo*, (1921) en *Obras Completas, Tomo XVIII*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

**Freud, S.** *La interpretación de los sueños* (ed. Or. 1900) en *Obras completas*, Tomos IV y V, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

**Grüner, E.** *La Cosa política o el acecho de lo Real*, Paidós, Buenos Aires, 2005.

**Hall, S.** “Significado, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas” en Curran, J. Morley, D. y Walkerdine, V. (comp.) *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*, Paidós, Barcelona, 1998.

**Lacan, J.** *El Seminario, Libro III, Las Psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2006.

**Lacan, J.** *El Seminario, Libro V. Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Buenos Aires, 2005.

**Lacan, J.** *El Seminario, Libro VII, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2003.

**Lacan, J.** *El Seminario, Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1999.

**Lacan, J.** *Escritos I, Siglo XXI*, Buenos Aires, 1988.

**Laclau, E.** *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*, FCE, Buenos Aires, 2008.

**Laclau, E.** *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.

**Laclau, E. y Mouffe, C.** *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Buenos Aires, 2004.

**Laclau, E.** *Misticismo, retórica y política*, FCE, Buenos Aires, 2002.

**Laclau, E.** *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

**Laclau, E.** *Emancipación y diferencia*, Ariel, Buenos Aires, 1996.

**Laclau, E.** (ed.) *The Making of Political Identities*, Verso, Londres, 1994.

**Laclau, E.** *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI, Madrid, 1978.

**Mazzuca, R. Shejtman, F. y Godoy, C.** *Cizalla del cuerpo y del alma. La neurosis de Freud a Lacan*, Berggasse 19 ediciones, Buenos Aires, 2004.

**Mazzuca, R.** (comp.) *Psicoanálisis y Psiquiatría: Encuentros y desencuentros. Temas introductorios a la psicopatología*, Berggasse 19 Ediciones, Buenos Aires, 2003.

**Miller, J-A.** *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 2006a.

**Miller, J-A.** *Los signos del goce*, Paidós, Buenos Aires, 2006b.

**Miller, J-A.** *El lenguaje, aparato de goce. Conferencias en Nueva York y cursos en París*, Colección Diva, Buenos Aires, 2000.

**Miller, J-A.** “Acción de estructura” en *Matemas I*, Manantial, Buenos Aires, 1986.

**Mouffe, C.** *Deconstrucción y pragmatismo*, Paidós, Buenos Aires, 1998.

**Ricoeur, P.** *Ideología y Utopía*; Gedisa; Barcelona; 1989.

**Sosa, M.M.** “Discurso y sujeto en Hegemonía y estrategia socialista de Laclau. Una mirada sobre el psicoanálisis.” en *Psikeba. Revista de psicoanálisis y estudios culturales*, n° 8, ISSN 1850 – 339X, Año 3, 2° cuatrimestre de 2008.

**Sosa, M.M.** “La teoría de la ideología de Louis Althusser” (ficha de cátedra), Teorías y Prácticas de la Comunicación III, Cátedra: Caletti, Tercera Unidad, 2° cuatrimestre 2007.

**Sosa, M.M.** “Sujeto y política: ¿la lógica del fantasma?”, ponencia presentada en las XI Jornadas de Investigadores en Comunicación. *Tramas de la comunicación en América Latina Contemporánea. Tensiones sociales, políticas y económicas*, Universidad de Cuyo, Mendoza, Argentina, Octubre 2007.

**Sosa, M.M.** “La política, el sujeto y lo Real en el análisis del discurso de Ernesto Laclau” ponencia presentada en las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores organizadas por el Instituto de investigación Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, (UBA), Septiembre 2007.

**Sosa, M.M. y Sarchman, I.** “Significante y goce en el pensamiento político. Un abordaje desde E. Laclau y S. Zizek” ponencia presentada en el Encuentro de Investigadores: “Estética, Memoria y Sujetos de la Política en América Latina

Contemporánea” Organizado por el proyecto internacional e interinstitucional de investigación “Democracia, Comunicación y Sujetos de la Política en América Latina Contemporánea” (UAMX, U. De G., UNC, UBA), Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Octubre 2006.

**Sosa, M.M.** “Las huellas del psicoanálisis en el análisis del discurso de Ernesto Laclau. Una indagación en torno a la noción de sujeto político” ponencia presentada en el VIII Coloquio Internacional Bariloche de Filosofía: “Filosofía y lenguaje”, Fundación Bariloche, Programa de Filosofía, Bariloche, Septiembre 2006.

**Stavrakakis, Y.** *Lacan y lo político*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2007.

**Vergalito, E.** “Posestructuralismo y sujeto: reflexionando desde Laclau” ponencia presentada en las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto Gino Germani, Buenos Aires, septiembre de 2007.

**Zarka, Y. C.** *Jacques Lacan. Psicoanálisis y política*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.

**Zizek, S.** *Visión de paralaje*, FCE, Buenos Aires, 2006.

**Zizek, S.** *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Paidós, Buenos Aires, 2001.

**Zizek, S.** *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México, 1992.